



**COLOMBIA CUENTA**

# Colombia e

SEXTO  
CONCURSO  
NACIONAL  
DE CUENTO

HOMENAJE A  
RAFAEL POMBO

RCN

MINISTERIO  
DE EDUCACIÓN  
NACIONAL

CUENTOS  
GANADORES  
2012

# cuenta



**MinEducación**  
Ministerio de Educación Nacional

**PROSPERIDAD  
PARA TODOS**



# SEXTO CONCURSO NACIONAL DE CUENTO

**33 899** participantes

estudiantes hasta  
séptimo grado

**11 836**

**15 647** estudiantes de octavo  
a undécimo grado

estudiantes  
universitarios

**4 257**

**2 157** docentes

mujeres (escritoras)

**19 664**

hombres (escritores)

**14 235**

**32** departamentos

municipios **839**

**5659** instituciones  
educativas

del sector oficial **3543**

del sector privado **2116**

**1014** del sector rural

**4645** del sector urbano

instituciones de  
educación superior **300**

**683** evaluadores

jurados internacionales **5**

**35** ganadores

# 1 CATEGORÍA ESTUDIANTES HASTA SÉPTIMO GRADO



LINA MARÍA  
ALAYON GALLO  
MONQUIRÁ 21



JUAN PABLO  
NOVOA GONZÁLEZ  
BOGOTÁ 27



MONICA  
INDIRA ARIAS  
BARRANCABERMEJA 33



LUCÍA  
VANEGAS DÁVILA  
BOGOTÁ 39



ANDRÉS SANTAIGO  
ÁLVAREZ RAMÍREZ  
EL TAMBO 43

# 2 CATEGORÍA ESTUDIANTES DE OCTAVO HASTA UNDÉCIMO GRADO



JIMMY ALEJANDRO  
ALDANA CASAS  
SIBATÉ 77



JUAN JOSÉ  
PATIÑO RUIZ  
ENTRERRÍOS 83



ANA MERCEDES  
MERIÑO FERNÁNDEZ  
BARRANQUILLA 91



LAURA LUCÍA  
RODRÍGUEZ PEÑA  
CALI 99



MARÍA JOSÉ  
RESTREPO BUITRAGO  
ARMENIA 105

# 3 CATEGORÍA ESTUDIANTES DE EDUCACIÓN SUPERIOR



MAURICIO ERNESTO  
QUICHE PARDO  
BOGOTÁ 141



CAMILO ANDRÉS  
MARTÍNEZ OSORIO  
BOGOTÁ 147



DIANA ISABEL  
DUQUE MUÑOZ  
MEDELLÍN 153



JAI ME ANDRÉS  
ÁLVAREZ PARDO  
BOGOTÁ 159



RAFAEL ARTURO  
PABÓN CORREA  
BARRANQUILLA 165

# 4 CATEGORÍA DOCENTES



JOHEMIR  
PÉREZ PERTUZ  
MONTERÍA 205



JESÚS ANTONIO  
ÁLVAREZ FLORES  
BUCCARAMANGA 211



GILMA ALICIA  
BETANCOURT  
MARADIAGA  
CALI 217



HERNÁN  
VARGASCARRÉN  
ZAPATOCA 225



JOAQUÍN ROBLES  
ZABALA  
CARTAGENA 231

# GANADORES 2012



JENNIFER  
IPIALES RIVERA  
CALI 49



DIANA VALENTINA  
LANDÁZABAL SUÁREZ  
VILLAVICENCIO 55



JUAN FELIPE  
RODRÍGUEZ CASTELLANOS  
MOSQUERA 59



SARA VALENTINA  
MIRANDA PÉREZ  
BOGOTÁ 65



NATALIA  
GARCÍA MEDINA  
BOGOTÁ 71



SANTIAGO  
EASTMOND HINCAPIÉ  
BOGOTÁ 111



SEBASTIÁN  
GIL TAMAYO  
PEREIRA 117



RAÚL  
LAVERDE YEPES  
BOGOTÁ 123



ALEJANDRO  
NIETO PÉREZ  
CAJAMARCA 129



LADY XIMENA  
ARIAS NIÑO  
CHARALÁ 135



KATHERINE  
AGÜERA RESTREPO  
BARRANQUILLA 171



ESTEFANÍA  
LEÓN ORTIZ  
BOGOTÁ 177



DAVID  
LANCHEROS DE LA CRUZ  
BARRANQUILLA 183



LUIS ENRIQUE  
LAMBIS BENÍTEZ  
SINCELEJO 191



PAULA CAMILA  
HERRERA GALEANO  
CHIA 197

MARÍA FERNANDA CAMPO SAAVEDRA Ministra de Educación

PATRICIA ESCALLÓN DE ARDILA Gestora

## COMITÉ TÉCNICO

### MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL

ROXANA DE LOS ÁNGELES SEGOVIA Viceministra de Educación Preescolar Básica y Media

MÓNICA PATRICIA FIGUEROA Directora de Calidad de Educación Preescolar, Básica y Media

MARÍA DEL PILAR CAICEDO Subdirectora de Fomento de Competencias,  
Viceministerio de Educación Preescolar, Básica y Media

SANDRA GIOVANNA CORTÉS Jefe Oficina Asesora de Comunicaciones,  
Ministerio de Educación Nacional

JEIMY ESPERANZA HERNÁNDEZ Gerente del Plan Nacional de Lectura y Escritura - *Leer es mi cuento*  
Viceministerio de Educación Preescolar Básica y Media

LUCÍA LEÓN MORENO Coordinadora de Programa para el Desarrollo de Competencias Básicas,  
Viceministerio de Educación Preescolar Básica y Media

NATHALY SOLANO HOYOS Plan Nacional de Lectura y Escritura - *Leer es mi cuento*  
Viceministerio de Educación Preescolar Básica y Media

FABIÁN MAURICIO MARTÍNEZ Plan Nacional de Lectura y Escritura - *Leer es mi cuento*  
Viceministerio de Educación Preescolar Básica y Media

### RCN RADIO Y TELEVISIÓN

ANA MARÍA GUERRERO Gerente Responsabilidad Social OAL

CONSTANZA ESCOBAR Asesora Responsabilidad Social, RCN Televisión

ALBA LUCÍA PAVA Gerente de Mercadeo Social, RCN Radio

JOHANSSON CRUZ LOPERA Asesor de contenidos, Concurso Nacional de Cuento RCN - MEN

### CRÉDITOS EDITORIALES

CÉSAR CAMILO RAMÍREZ Director editorial

BETUEL BONILLA, Edición

ROCÍO DUQUE SANTOS, Dirección de arte

CAMILA CESARINO COSTA, Diseño de carátula y páginas interiores

NATALIA BEDOYA, Diagramación

CAMILA FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA, Ilustraciones de la Categoría 1

ROGER ICAZA, Ilustraciones de la Categoría 2

JOHN JOVEN, Ilustraciones de la Categoría 3

MARCO CHAMORRO, Ilustraciones de la Categoría 4

ISBN: 978-958-705-800-0

IMPRESIÓN, / PRINTED IN COLOMBIA

IMPRESO EN COLOMBIA

INFORMACIÓN DEL CONCURSO NACIONAL DE CUENTO RCN-  
MINISTERIO DE EDUCACIÓN EN: <http://www.colombiaaprende.edu.co/concursodecuento>  
<http://www.canalrcnmsn.com>  
<http://www.rcnradio.com/>

<b>Estimados lectores</b>	MARÍA FERNANDA CAMPO SAAVEDRA, MINISTRA DE EDUCACIÓN	11
<b>Concurso Nacional de Cuento</b>	FERNANDO MOLINA - GABRIEL REYES C.	16

<b>CATEGORÍA</b> ESTUDIANTES HASTA SÉPTIMO GRADO p. 18	<b>1</b>	La ciudad de los perros azules	20
		Mi papá es un monstruo	26
		El gran volador	32
		La maleta de Lucy	38
		El misterio del tren de Alkatrán	42
		Dorotea	48
		No sabía lo que pasaba	54
		Juan Llamas salva el mundo de a poquitos	58
		Si les contara	64
		Flor en mi cabeza	70

<b>CATEGORÍA</b> ESTUDIANTES DE OCTAVO HASTA UNDÉCIMO GRADO p. 72	<b>2</b>	La reivindicación	76
		La sed del anciano	82
		La mano amiga	90
		La ruana de mi abuelo	98
		Revelación genética	104
		Tal vez en un bus	110
		Tic toc	116
		Eran truenos y sería lluvia	122
		Sangre en la arena	128
		Inocentada	134

<b>CATEGORÍA</b> ESTUDIANTES DE EDUCACIÓN SUPERIOR p. 136	<b>3</b>	El otro color	140
		Lester Young	146
		De flores y olvido	152
		El olor a muerte	158
		Con el cambio en los bolsillos	164
		Fotografías	170
		Mi izquierda	176
		Confites	182
		Maruja	190
		Augusto	196

<b>CATEGORÍA</b> DOCENTES p. 202	<b>4</b>	El hueco de la maestra Sarita	204
		Los falsificadores	210
		Pulgarcita	218
		Morir un poco	224
		Una flor para Virginia	230

<b>Acta del jurado</b>		236
SEXTO CONCURSO NACIONAL DE CUENTO RCN-MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL		



# Estimados lectores

**MARÍA FERNANDA CAMPO SAAVEDRA**

Ministra de Educación

**H**acer de Colombia un país de lectores es uno de los grandes propósitos del Ministerio de Educación Nacional. Se trata de un sueño muy ambicioso, lo sé, y los resultados tangibles de todos los planes, proyectos y acciones que durante el Gobierno del Presidente Juan Manuel Santos hemos implementado para lograrlo no se verán hoy, sino en varios años. Sin embargo, cada paso que damos nos acerca al objetivo.

Uno de esos pasos muy importantes es el Concurso Nacional de Cuento RCN - Ministerio de Educación. Se trata de uno de los proyectos con los que, desde el Ministerio, buscamos sembrar la semilla de la lectura y la escritura en todos nuestros niños y jóvenes, para desarrollar sus competencias comunicativas.

El principal objetivo del Plan Sectorial 2010-2014 “Educación de Calidad, el camino para la prosperidad” es mejorar la calidad educativa y cerrar las brechas de inequidad que nos impiden ser un país más justo, más moderno y más seguro. Buscamos que nuestros niños y jóvenes tengan las competencias necesarias para afrontar las exigencias del mundo actual y que, por sobre todo, también se

formen como ciudadanos integrales, capaces de comunicarse efectivamente y de asumir una posición argumentada y crítica frente a las diversas situaciones sociales, políticas, económicas y culturales que se presentan en su contexto. Ciudadanos respetuosos de lo público, que aprendan a ser tolerantes y a convivir en paz.

Y es en este punto donde se cierra el círculo porque, sin duda alguna, leer y escribir son procesos fundamentales para alcanzar este propósito. Por eso, el Ministerio de Educación Nacional le ha apostado a la democratización de la lectura y la escritura, al acceso libre a la información y al desarrollo de las competencias comunicativas y ciudadanas, con el fin de formar un país de lectores y escritores reflexivos, capaces de pensar y de consolidar un proyecto de vida basado en la autonomía y el pensamiento crítico, y de adquirir una ciudadanía plena, consciente y responsable.

Para lograrlo, el Gobierno Nacional creó, en 2010, el Plan Nacional de Lectura y Escritura “Leer es mi Cuento” (PNLE), un programa en el que trabajamos de manera conjunta con el Ministerio de Cultura y cuyo objetivo es, desde el ámbito educativo, lograr que los estudiantes colombianos incorporen la lectura y la escritura a su vida cotidiana, lean y escriban más y mejor, y se transforme la calidad de la educación.

El Concurso Nacional de Cuento RCN - Ministerio de Educación Nacional se enmarca como uno de los proyectos dinamizadores del PNLE, creado con el fin de promover la escritura creativa en niños, jóvenes y docentes del país para favorecer el desarrollo de sus competencias comunicativas y aportar a la formación de mejores ciudadanos.

Gracias a la alianza establecida entre el Ministerio de Educación Nacional y RCN se ha logrado construir una plataforma a través de

la cual docentes y estudiantes de toda Colombia se movilizan en torno a la lectura y escritura. Pero el Concurso va mucho más allá de una convocatoria masiva para el registro de historias: incluye talleres para maestros y estudiantes, espacios virtuales, procesos de evaluación de cuentos, y participación en eventos regionales académicos y culturales, entre otros.

En sus seis años de vida, el Concurso Nacional de Cuento (CNC) ha convocado a 188.914 colombianos de todas las edades, quienes han demostrado con su participación el ferviente deseo de expresarse, de ser leídos, de comprender la realidad a través de la lectura y transformarla a través de la escritura. En la 6° versión del CNC, homenaje a Rafael Pombo, se registraron 33.899 cuentos provenientes de todas las poblaciones y ciudades de Colombia. Estos cuentos fueron evaluados en cuatro fases por especialistas y expertos, quienes tuvieron la difícil tarea –durante seis meses– de escoger a los 35 ganadores del concurso. Resulta entonces muy emocionante asomarse a las historias ganadoras de esta versión y encontrar tanta variedad, calidad y talento.

Es maravilloso poder encontrar en un libro de cuentos la diversidad cultural y creativa de todo un país, diversidad distribuida en cuatro categorías. Esta selección de relatos habla de los distintos imaginarios de niños, adolescentes, jóvenes y docentes de Colombia; imaginarios que han sido liberados a través de la escritura y que, en muchos casos, nos muestran desde una perspectiva literaria la realidad nacional. La literatura nos ayuda a comprender lo que somos, de dónde venimos y, de alguna manera, nos transforma y prepara para lo que viene.

Esta 6° edición del Libro “Colombia Cuenta” reúne una colección de relatos que además de divertir, conmover y hacer pensar al

lector, podrán ser disfrutados en espacios lectores escolarizados y no escolarizados como los clubes de lectura, los talleres literarios, las bibliotecas públicas y escolares.

Hoy me siento muy honrada de presentarle al país este libro que nace del Concurso Nacional de Cuento, como proyecto dinamizador del Plan Nacional de Lectura y Escritura “Leer es mi Cuento”, y que se constituye en un mapa muy rico de nuestra diversidad y creatividad. Ojalá se convierta también en una guía que pueda servirnos para predecir las formas, contenidos y estilos de la literatura colombiana del futuro.

¡Disfrútenlo! ■



# Concurso Nacional de Cuento: Aportar al mejoramiento de la calidad de la educación del país

**FERNANDO MOLINA**

Presidente RCN Radio

**GABRIEL REYES C.**

Presidente RCN Televisión

**E**n el año 2007 se creó el Concurso Nacional de Cuento RCN-Ministerio de Educación Nacional (CNC) con el objetivo de promover la escritura creativa, fortalecer las competencias comunicativas y contribuir al mejoramiento de la calidad de la educación en niños, jóvenes y docentes colombianos.

Con el CNC, tanto el Ministerio de Educación Nacional como RCN Radio y Televisión, más que encontrar grandes estrellas y promesas de la literatura colombiana, buscan contribuir al fortalecimiento de las competencias comunicativas, al ejercicio de la reflexión crítica y la interpretación de la realidad, a través del acceso a las ideas literarias que renuevan permanentemente nuestra mirada sobre el mundo. Además de promover la participación de los estudiantes y docentes del país, este proyecto ofrece a docentes y estudiantes herramientas pedagógicas y didácticas a través de talleres de creación literaria y de una serie de recursos virtuales que les permite profundizar su conocimiento y mejorar sus habilidades en escritura creativa.

A pesar de ser un concurso netamente virtual, cuenta con una participación masiva de estudiantes y docentes en el país. Anualmente participan 35.000 estudiantes en promedio provenientes de más de 900 municipios de 1.102 que tiene Colombia.

En sus manos tiene usted un ejemplar que reúne los 35 cuentos ganadores que fueron premiados en el Hay Festival Cartagena 2013. Sus autores cautivaron al jurado de esta sexta edición del Concurso Nacional de Cuento RCN- Ministerio de Educación Nacional y lograron sobresalir entre los 33.899 cuentos recibidos en el 2012. En este Colombia Cuenta usted encontrará historias provenientes de diversas regiones de Colombia como lo son: Moniquirá, El Tambo, Villavidencio, Chalará, Cajamarca, Barrancabermeja, Mosquera, Armenia, Pereira, Barranquilla, Cali, Medellín y Bogotá entre otras. Estamos más que satisfechos de poder compartir el talento y creatividad de estos jóvenes colombianos. ■



# CATEGORÍA

BOGOTÁ

LUCÍA VENEGAS DÁVILA

La maleta de Lucy

39

BARRANCABERMEJA

MÓNICA INDIRA ARIAS

El gran volador

33



MONIQUIRÁ

LINA MARÍA ALAYÓN GALLO

La ciudad de los  
perros azules

21

BOGOTÁ

JUAN PABLO NOVOA GONZÁLEZ

Mi papá es un monstruo

27

## ESTUDIANTES HASTA SÉPTIMO GRADO

CALI

JENNIFER IPIALES  
RIVIERA  
Dorotea

49

VILLAVICENCIO

DIANA VALENTINA  
LANDÁZABAL SUÁREZ  
No sabía lo que pasaba

55

BOGOTÁ

NATALIA GARCÍA MEDINA  
Flor en mi cabeza

71



EL TAMBO

ANDRÉS SANTIAGO  
ÁLVAREZ RAMÍREZ  
El misterio del tren Alkatrán

43

BOGOTÁ

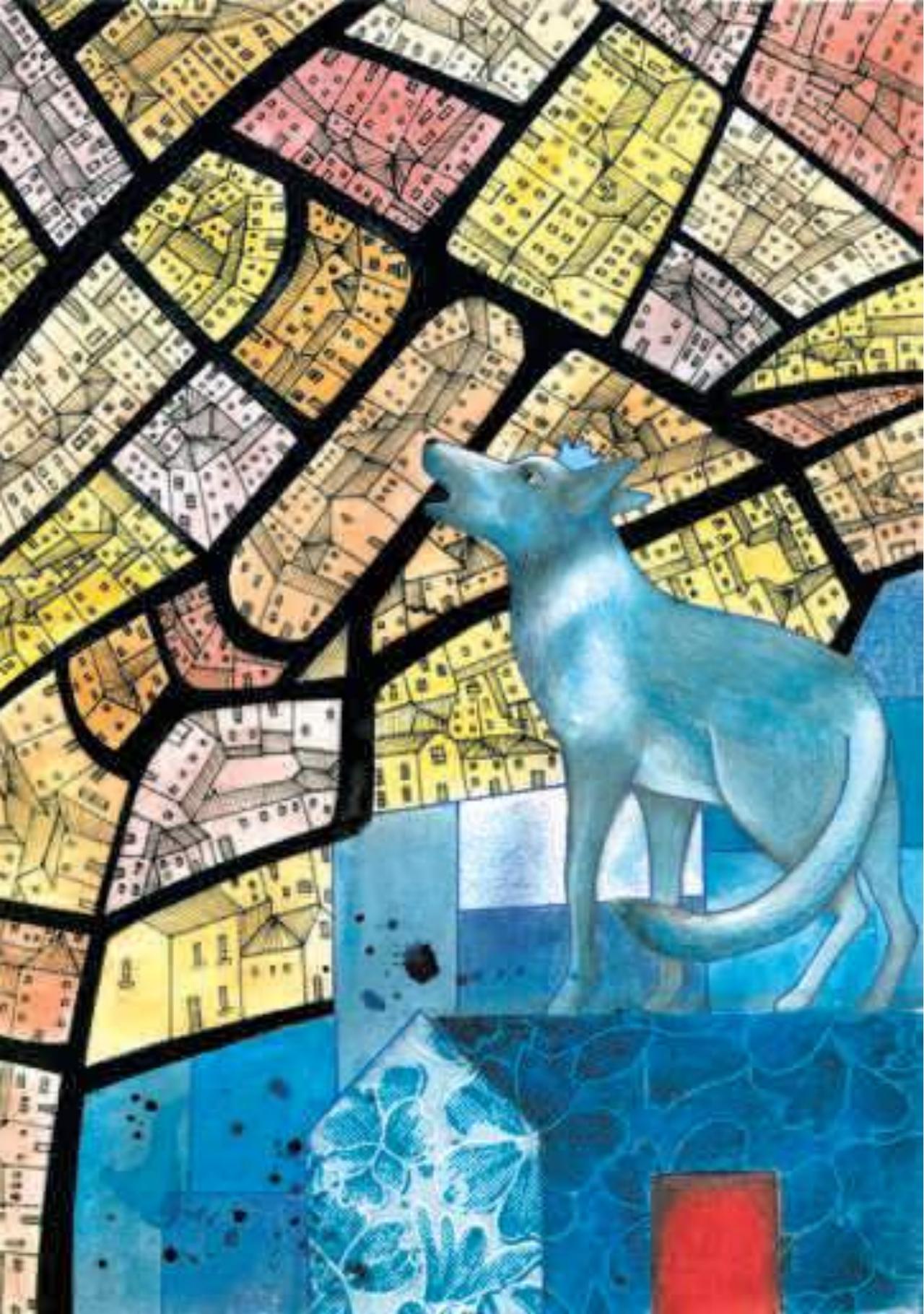
SARA VALENTINA  
MIRANDA PÉREZ  
Si les contara

65

MOSQUERA

JUAN FELIPE  
RODRÍGUEZ CASTELLANOS  
Juan Llamas salva el mundo  
de a poquitos

59



# La ciudad de los perros azules



**LINA MARÍA ALAYÓN GALLO**  
**MONIQUIRÁ**

Nací el 5 de enero del 2001 en Moniquirá Boyacá. Escribir, leer y dibujar son cosas que hacen parte de mi vida. Soy una niña como todas las demás, una niña común y corriente, una niña que hizo realidad el sueño de conocer personas importantes en la literatura, escribiendo un cuento con el que pude ganar este Concurso. Agradezco a

los organizadores del CNC por darme la oportunidad de participar en este evento, a mi familia, a mis profesores, en especial a la profesora Sandra, mi directora y profesora de español de grado sexto.

**Grado séptimo, Institución Educativa Antonio Nariño, Moniquirá, Boyacá.**

# La ciudad de los perros azules

LINA MARÍA ALAYÓN GALLO

**E**n un lugar desconocido para el resto del mundo había una pequeña ciudad, habitada sólo por animales de extraños colores. La ciudad estaba dividida en pequeñas comunidades o barrios, y en cada uno de ellos vivía una especie diferente, de un color característico; así, estaba el barrio de los caballos rojos, la comunidad de los cerdos verdes, la comunidad de las vacas moradas, el barrio de los conejos amarillos, etc. Siguiendo las órdenes del jefe supremo, todas las cosas, hasta el más pequeño objeto, en cada comunidad, deberían ser del mismo color de la especie.

En el centro de la ciudad se levantaban majestuosas las edificaciones de los perros azules, quienes gobernaban desde hacía muchísimo tiempo. Un imponente castillo de color azul celeste, con grandes salones, innumerables columnas y siete cúpulas, desde las cuales se podía divisar toda la ciudad, era el hogar del jefe supremo, Falkon, un enorme pastor alemán de color azul a quien todos los animales de la ciudad guardaban mucho respeto y admiración. Allí vivía, junto con su esposa Shira, sus dos hijas, Chily y Luna, y toda su servidumbre.

Según las leyes, los habitantes de cada comunidad no podían salir de los límites de cada barrio, ya que existía mucho odio y

rivalidades, y algunos se sentían discriminados por ser de un determinado color.

Un día llegó una perrita que decía llamarse Sacha, pidiendo ayuda a Chily, la hija mayor de Falkon. Dijo que no tenía familia ni un lugar dónde poderse quedar. Chily, que tenía un gran corazón, intercedió ante su padre para que le permitiera quedarse con ellos. El jefe estuvo de acuerdo, y ordenó que se le preparara una habitación.

Pocos días después, cuando ya se había ganado la confianza de Chily, Sacha le dijo que tenía mucha curiosidad de conocer la habitación de Falkon y Shira. Un día en que Falkon y su esposa tuvieron que salir a solucionar un problema que se había presentado en la comunidad de los cerdos verdes, Chily aprovechó para mostrar la habitación de sus padres a su amiga. Sacha observaba cada rincón de la hermosa habitación; de pronto, se quedó mirando un pequeño frasco de vidrio que contenía un líquido, y preguntó a Chily:

—¿Para qué sirve el líquido en ese extraño frasco?

Chily contestó:

—Es la medicina de mi madre, la toma todas las noches para poder dormir, ya que sufre de una extraña enfermedad que ningún médico ha podido curar y que, al parecer, se debe a una maldición que recibió de una malvada perra que estaba enamorada de mi padre y que, al verse rechazada, pidió ayuda a una hechicera para que le diera poderes y así vengarse de mi madre.

En un descuido de Chily, Sacha aprovechó para echar en la medicina de Shira una poción que tenía el poder de cambiar el color de quien la bebiera; con esto, pretendía que el jefe Falkon odiara a su esposa. Sacha sabía que estaba obrando muy mal, pero debía obedecer las órdenes de su madre, la perra malvada que había sido rechazada por Falkon hacía algunos años. Esa noche, al llegar a su habitación, Shira se tomó la medicina, sin sospechar nada raro.

Al día siguiente, Falkon quedó muy sorprendido al ver a su esposa de un color rojo brillante. Se sintió muy triste al pedirle que se marchara, ya que las leyes establecidas por sus antepasados le impedían vivir con alguien de distinto color al de la comunidad. Shira no tuvo otro remedio que abandonar el castillo e irse a vivir al barrio de los caballos rojos, donde la aceptaron y le brindaron protección.

Al cabo de algún tiempo, la pequeña Luna, que estaba muy triste por la ausencia de su madre, decidió hablar con su papá, le dijo que el color no debería ser lo más importante para convivir con alguien, sino la forma de ser de cada individuo, los sentimientos, la comprensión y el amor por la familia. Falkon quedó tan impresionado con las palabras de Luna que no sólo le pidió a su esposa que regresara, sino que cambió todas las leyes que habían regido hasta ese momento en la ciudad, para que todas las comunidades se pudieran integrar, sin importar el color o la especie.

A partir de ese día se terminaron las rivalidades y el odio que existía entre ellos. Para celebrarlo, Falkon ofreció una gran fiesta en el castillo, a la que absolutamente todas las comunidades pudieron asistir. Durante la celebración, Sacha confesó lo que había hecho, y pidió perdón ante todos los presentes. Falkon no sólo la perdonó, sino que además la adoptó como su hija y le agradeció por haberlo hecho caer en la cuenta de todas las injusticias que había cometido.

Shira regresó al castillo, y también perdonó a Sacha. Desde ese día vivieron muy felices. ■





# Mi papá es un monstruo



**JUAN PABLO NOVOA GONZÁLEZ**  
**BOGOTÁ**

Mi inspiración ha sido mi familia, mi mamá, mi papá y sobre todo mi hermanita que es cómplice de todas mis ocurrencias. Aparte de encantarme el Bmx, mi sueño es poder ser un reconocido chef, me apasiona la alta cocina. Escribir ha sido una experiencia inmensamente gratificante. Nunca

había participado en el Concurso y le agradezco a Dios por haberme brindado la oportunidad de compartir con todos esta increíble parte de mi vida.

**Grado séptimo, Institución  
Educativa Distrital Almirante  
Padilla, Bogotá, D.C.**

# Mi papá es un monstruo

JUAN PABLO NOVOA GONZÁLEZ

A veces no lo comprendo, me dice cosas que parece que estuvieran en otro idioma. Durante bastante tiempo se ha dedicado a trabajar. Sé que conoce mucho de su profesión, tanto así que labora de domingo a domingo y, por lo que escucho de él las pocas veces que habla con mamá, papá se ha vuelto imprescindible para la empresa en la que labora. Tal vez no se ha dado cuenta que para su familia es aún más importante.

Es un experto, pero pienso que se toma muy a pecho su labor, pues el poco tiempo que permanece en casa se dedica a realizar tareas de su trabajo. Continúa en el estudio, frente al computador, hasta que mi madre se levanta a llevarlo a su cama. Lo sé porque cuando dejo de escuchar los golpecitos de sus dedos sobre el teclado es porque ya se quedó dormido. A veces trato de prolongar su permanencia en las noches, llevándole un tinto, bien cargado, a eso de la medianoche, y aprovecho para que despeine mi cabello y me dé un beso en la frente. Luego regreso a mi cuarto, pero no cierro mi puerta para que de cuando en cuando pueda levantarme y, por la puerta entrecerrada, logre verlo al menos trabajando, y sentir que está en casa.

Trato de dormir bien mientras llega el amanecer, pues mi papá se levanta a eso de las cinco y media. Siempre quiero ayudar a

mamá a servirle el desayuno a mi padre. Él silba, y a veces canta mientras se baña, pero nunca entiendo qué canción es la que interpreta. Me gustaría aprenderla para que algún día él me escuche cantarla, de pronto lo hago sentir bien, si me oye, ojalá.

Lo acompaño hasta la puerta, con mi mamá, de quien se despide muy apasionadamente. Miro para otro lado mientras se despiden, luego le entrego su maletín y las llaves del carro, que lleva pagando desde que tengo uso de razón. Ésa es mi tarea de las mañanas. Después me abraza fuertemente. Su abrazo me dura toda la tarde.

Mi hermanita no se afana por sus abrazos o por sus besos, tal vez comprende que, mientras está dormida, mi papá la arrulla y la besa cariñosamente, pero ella nunca está despierta para darse cuenta.

Trato de ser muy buen estudiante, hago todas mis tareas. Cuando llega la entrega de boletines dejo muy poco por lo cual deban preocuparse mis padres. Algún día voy a ser como papá, aunque no quisiera tener que pasar tanto tiempo trabajando. Me gustaría tener una familia como la que tienen ellos ahora, pero un tanto mejor, poder compartir más tiempo. Sé que papá nos compra todo lo que necesitamos, pero su compañía la gozan más tiempo sus amigos en el trabajo.

Recuerdo que durante algún tiempo sentí terror por mi padre. Experimentaba un pánico inmenso cada vez que llegaba a casa, y mamá me reprendía cada vez que esto sucedía. A pesar de todo, papá sonreía y abrazaba a mamá.

Claro que todo esto comenzó desde la vez que vinieron a casa unos compañeros de trabajo de mi padre. Luego de unas horas de estar allí, comenzaron a dirigirse a mi papá diciendo que era un monstruo. Para mí eso fue lo más terrible que escuché durante mi corta existencia. No comprendía por qué le decían así. Corrí a mi cuarto, y lloré hasta que quedé dormido, aún lo recuerdo. Mi madre no se dio cuenta, pero a partir de aquel día ese señor era un

demonio para mí. Le temía demasiado. Fingía estar dormido para no ver sus ojos rojos y sus inmensas garras, que podrían destrozarme mi pequeño cuerpo con sólo un par de golpes. Por mi cuerpo corría sudor frío cuando sentía que se acercaba para tocar mi frente y fingir besarme; eso pensaba yo.

No aguanté mucho tiempo así, y le confesé a mi madre el terror que ese ogro sembraba en mí. Ella sonrió. Me explicó, durante toda una tarde, lo que significaba aquello. Ese mismo día llegaron a casa los hombres con los que mis padres habían hablado la ocasión anterior. Uno de ellos, tal vez el más viejo de todos, me sonrió, y comenzó diciendo:

Durante todo el tiempo que he trabajado en diferentes lugares del país, jamás había conocido a una persona que supiera tanto del oficio que desempeñamos, no he visto a alguien que parezca ser tan inteligente, o tan sabio, y que sea humano. Para nosotros dijo mirando a sus compañeros tu papá es un monstruo, es capaz de enfrentarse a cualquier desafío, a cualquier tipo de problema, a cualquier tipo de persona, y siempre vence, con la fortaleza de un monstruo, es invencible, y todos aprendemos de su gran poderío.

A pesar de mi corta edad, comprendí perfectamente sus palabras, se hizo entender de la mejor manera. Respiré profundamente. Corrí a los brazos del monstruo; ya no tenía garras, sus ojos eran color café, los más afectuosos que he visto. Tal vez, por mi niñez, no tuve palabras con qué pedir perdón, sólo lo abracé, dejé que me apretara hasta que me fue difícil respirar.

Desde aquel día, cada abrazo suyo me dura desde que se marcha, en la mañana, y despeina mi cabello, hasta que, en la noche, recibo su pesado maletín. Vuelve a estrecharme fuertemente, antes de sentarse a continuar con su trabajo. ■





# El gran volador



**MÓNICA INDIRA ARIAS**  
**BARRANCABERMEJA**

Nací el 10 de diciembre de 1999 en Barrancabermeja. La naturaleza que me rodea y la tranquilidad de mi corregimiento, hace fluir mi imaginación y eso es lo a mí me impulsa a seguir escribiendo, el maravilloso entorno en el que vivo. Mi cuento es para reflexionar sobre algunos animales que pueden tener una apariencia física muy desagradable y ocasionan

asco y repugnancia, pero, en el momento de saber los roles que cada uno ocupa, ahí si nos damos cuenta de la importancia de ellos. Estoy muy feliz de haber participado en este Concurso y todo el logro se lo dedico a Dios, a mi familia y a todos los que hicieron posible esto.

**Grado séptimo, Colegio Luis López de Mesa, Barrancabermeja, Santander.**

# El gran volador

MÓNICA INDIRA ARIAS

**E**xistió una familia (la familia Cuervo), que cuidaba un extenso territorio, ocupándose de la eliminación de cadáveres que aparecían en la región.

Esta inmensa área era dominada por Leopoldo, el gran león; Leonilde, su esposa; Leonor, su hija; y Leonardo, el travieso hijo menor. Su confortable cabaña, ubicada cerca de un hermoso lago, era visitada por los animales, quienes le llevaban alimentos, utilizando el burro para este fin. A la vez, les informaban de todo lo que acontecía en su entorno, pero para llegar a su sede debían anunciarse con anterioridad, pues existía un sinnúmero de controles para llegar a la morada real: el lago estaba infestado de voraces pirañas, de temblones que no dudaban en electrizar a cualquiera que quisiera pasar desapercibido. En otra parte había una gran montaña, en cuyos árboles más elevados permanecían atentas las águilas. En los árboles medianos, los monos hacían control, con gran algarabía, cuando notaban la presencia de alguien. En la superficie, las especies venenosas realizaban control del territorio. Sin embargo, existía una forma de llegar hasta el rey. Él tenía un comisionado de su entera confianza, el búho, quien acompañaba siempre al burro o a otros animales que acudían ante el rey. El búho, con

su ulular característico, anunciaba a los centinelas bajar sus armas para permitir el paso de los visitantes.

La familia Cuervo era muy odiada por la inmensa mayoría de los animales. Los acusaban de ser unos asesinos, pues muchas veces los encontraron devorándose a los animales, y eran delatados por ser los culpables de esas muertes. El búho le manifestaba al rey que no era cierto, pues la familia Cuervo sólo comía cadáveres, y eso era bueno, pues así no se propagaban las enfermedades y se mantenía la región limpia de malos olores.

Leopoldo tenía algunas dudas sobre la versión del búho, pues eran muchas las quejas que había recibido: la familia zorro manifestó que los cuervos habían asesinado una bella zorrilla, devorándola en un abrir y cerrar de ojos; el oso también los acusaba de tragarse un bello oseznó. Todos los animales los acusaban de haber asesinado a algún familiar.

Una tarde, Leonardo quiso atrapar una ardilla, la cual se escapó a la selva. Leonardo, agotado, trató de regresar a la mansión, con tan mala suerte que pisó una venenosa víbora; ésta reaccionó mordiéndole una pata, y Leonardo cayó muerto a pocos pasos.

Al anochecer, Leopoldo notó la ausencia de su hijo; sin embargo, le alentaba la esperanza, debido a que por ser un miembro de la familia real nadie atentaría contra él. Al día siguiente, el rey se levantó preocupado por su heredero. No había recibido noticias. Convocó a los mejores sabuesos para iniciar la búsqueda. Ordenó a los coyotes seguir el rastro y ubicarlo cuanto antes. Leonardo era muy joven y, por el calor, pronto su cuerpo empezó a descomponerse rápidamente.

La familia Cuervo inició su recorrido rutinario, y no fue difícil avistar el cadáver del joven león. Revolotearon sobre él. Luego el rey de los voladores descendió y clavó su pico sobre Leonardo, extrayéndole los apagados ojos. En ese momento, el resto de la ma-

nada arremetió contra el hijo del gran león. Se lo hubiera devorado en un santiamén si no es por la repentina aparición de la jauría que asomaba en el camino. La familia Cuervo se retiró rápidamente, y los coyotes recogieron el cadáver y lo llevaron ante su majestad. La noticia se regó por toda la comarca: la familia Cuervo asesinó al hijo del rey. La mayoría de los animales “celebraban” de cierto modo este acontecimiento, pues el rey, indudablemente, sentenciaría a la familia Cuervo a la extinción.

Llegó a la mansión el cortejo fúnebre. Se rompió el protocolo. El rey recibió el cadáver de su hijo. Hubo lágrimas de Leonilde y Leonor; el rey no lloró, pues debía mostrar su fortaleza, aunque por dentro estuviera destrozado. Empezaron las acusaciones contra la familia Cuervo. El sapo fue el primero en decir que no había duda, que esos muertos de hambre asesinaron al príncipe. Todos estuvieron de acuerdo, pues hacía algún tiempo que no sucedían muertes, y a lo mejor los cuervos estaban hambrientos. El búho interrumpió a los agitados acusadores, solicitando al rey una investigación para proceder más justamente. La familia Palomino alegó que el búho se había tragado a sus pichones, por lo tanto quizá eran compadres o socios con la familia Cuervo.

En ese momento dijo el rey: “Aquí se hace lo que yo diga, no quiero saber nada del búho”, y ordenó a los animales perseguir a la familia Cuervo por cielo y tierra, hasta desaparecerlos. El búho fue el primero en retirarse. Lo primero que hizo fue camuflar una cantidad de huevos que las hembras de la familia Cuervo habían depositado en un tronco, cerca de donde búho vivía, para brindarles calor y alimento al nacer, ya que sólo él comprendía la importancia de esta familia. Estaba seguro de que el rey algún día reconocería su error.

La persecución no se hizo esperar. Las águilas controlaban el tráfico aéreo; lobos zorros, serpientes e insectos cumplían con la

orden del rey: eliminar la familia Cuervo. Algunos cuervos, cansados, dormían en árboles, pero al despertar, los comejenes los tenían atrapados por las patas, y no tenían fuerza para liberarse; en otras ocasiones, se escondían en rocas, pero hasta allá llegaban las serpientes, y cuando no podían morderlos les escupían veneno. Eso hizo que las plumas de sus cuellos desaparecieran por siempre. Hubo un solo sobreviviente, el gran volador, quien haciendo un gran esfuerzo y camuflando su color negro en la noche oscura, burló la vigilancia, voló, voló y voló a miles de kilómetros, y durante algún tiempo permaneció oculto, alimentándose de lagartijas muertas.

Pronto la persecución terminó. Este territorio no era dominado por don Leopoldo. Todo allí era diferente. El gran volador extrañaba a su familia. En tierras de Leopoldo empezaron a pasar cosas inesperadas: enfermedades, muertes. Los animales se acusaban mutuamente. Sobrevino una plaga de moscas, diseminando enfermedades en toda la región. El rey león consideró que había cometido un grave error al no escuchar los sabios consejos del búho, y lo peor de todo era que le había dicho que no quería volverlo a ver. Intervino Leonor, suplicándole: “Padre, mande buscar al búho para ver si se arreglan las cosas”.

El rey envió a buscar las lechuzas para que trajeran al búho ante su presencia. Éste apareció y le dijo al rey que la única solución era permitir que la familia Cuervo volviera, que él, desobedeciendo sus órdenes, había amparado una gran nidada de huevos, los cuales empezaban a nacer y requerían alimento. El rey ordenó trasladarlos al palacio y alimentarlos frecuentemente. Pronto la familia Cuervo revivió y empezó a hacer mantenimiento a la región. El gran volador, al sentirse solo, tomó la decisión de regresar, y qué sorpresa, al llegar no vio águilas sino muchos, pero muchos hijos y nietos que surcaban los cielos. ■



# La maleta de Lucy



**LUCÍA VANEGAS DÁVILA**  
**BOGOTÁ**

En los catorce años de vida solo puedo referirme a la escritura como una de las cosas más fantásticas que puede haber. Un lugar donde se experimenta el arte como un modo de vida y las personas que lo incorporan en su diario vivir, hacen de su realidad una constante obra de arte. Puedo considerar que al escribir también se hace parte de esta obra colectiva, una obra donde solo se aporta desde el corazón

y dónde quién realmente dicta, es el alma. Espero haber demostrado con toda seguridad esto en mi cuento, mi placer por la escritura, mi amor eterno a la lectura y mi deseo de aportar a la “Gran Obra Colectiva”. La obra de esta sociedad, donde se vale soñar y vivir.

**Grado séptimo, Institución Educativa San José Norte, Bogotá, D.C.**

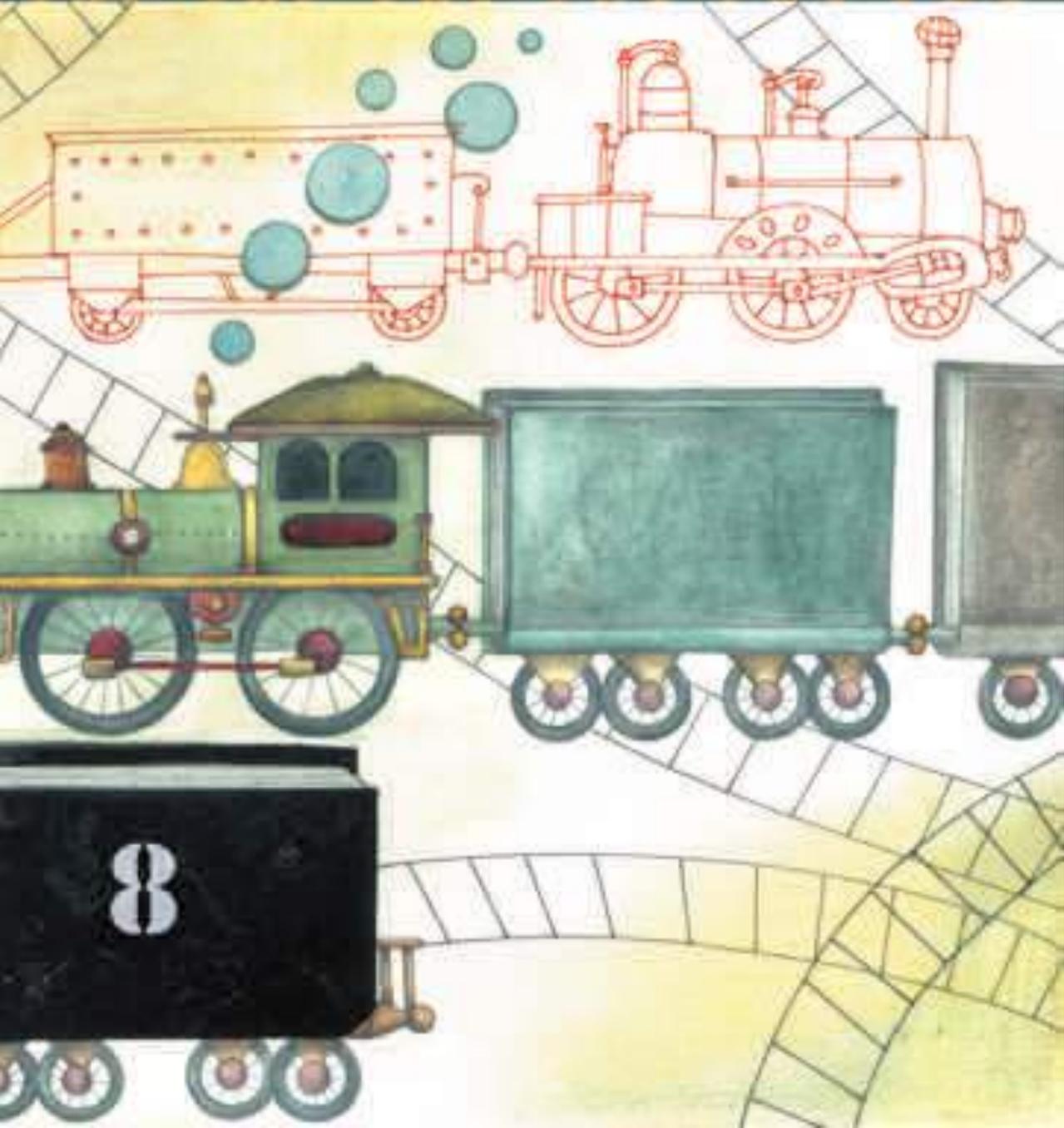
# La maleta de Lucy

LUCÍA VANEGAS DÁVILA

**N**os encontrábamos descansando en la sala cuando oímos el sonido del cerrojo de la puerta; instantes después aparecieron, a través de ella, mi hermana y mi padre. Al entrar, papá parecía preocupado y disgustado; me dirigí a la pequeña y pregunté: “¿Cómo te va, Lucy?”. Ella permaneció en silencio y se limitó a mirarme. Sus ojos nerviosos denotaban temor. No me atreví a repetir la pregunta, así que, buscando un tema de conversación, dije: “¿Qué tal estuvo tu día?”. Papá me miró, con súplica en sus ojos, y un escalofrío recorrió mi cuerpo. Lucy compuso una sonrisa apagada y comentó: “No volveré al instituto, no podre regresar nunca más”. Todos intercambiamos miradas de desconcierto; ella continuó: “Me han usurpado la identidad. Hoy llegué a mi clase de seis de la mañana y dejé mi maleta en el pupitre, salí del salón para ir al baño y, al regresar, no estaba el morral, me disculpé con la maestra y salí en busca de la mochila; para mi pena, no la encontré”. Lucy detuvo su narración, aclaró la voz y prosiguió: “Realmente estaba sorprendida. ¿Quién querría una maleta? ¿Por qué la mía? Estuve toda la mañana buscándola. Decidí volver al salón... pero al entrar, tropecé y caí bruscamente. Al levantarme, me pareció que nadie se había dado cuenta. Me apresuré y dije: ‘Buenos días’,

y me dirigí hacia mi puesto, pero una niña estaba sentada en éste. Entonces me acerqué y dije: ‘Con permiso’. Ni se movió. Pensé que mi tono de voz había sido muy leve, y dije: ‘Disculpa, pero éste es mi puesto y... ¡mi maleta!, profesora, he hallado mi maleta, pero... ¿Qué? Nadie me escuchaba. Alrededor de la niña estaban sentados mis amigos (entre ellos Alejandro, que no paraba de reír). Decidí averiguar quién era la niña que usaba mi puesto y no se molestaba siquiera por devolverme mi maleta. Me paré frente a ella. Era imposible darle crédito a lo que veían mis ojos. ¡Era yo! Esto era inverosímil, yo... yo...’. Papá detuvo la narración con un carraspeo brusco. Lucy rompió a llorar. Mi madre y yo aún no conseguíamos comprender, pero para nuestro asombro, Lucy interrumpió el silencio con una sonora carcajada. Papá nos lanzó una mirada rápida, que no fuera detectada por Lucy, y amablemente dijo: “Ha sido suficiente, creo que debes descansar, querida”. “Está bien”, respondió Lucy, y arrastró sus pies hasta la habitación.

Por unos instantes permanecemos en silencio, y luego, con tristeza en mi voz, pude pronunciar con torpeza: “Esto nos confirma...”. Las palabras se atropellaron en mi garganta y no pude continuar. Acudieron en mi ayuda las palabras de mi madre: “Que su enfermedad no tiene cura”. Papá se balanceó de un lado a otro, balbuceando algo incomprensible. Al cabo de un rato asintió, y vimos cómo corrían lágrimas por sus mejillas. Con nostalgia, nos informó del estado crítico de Lucy; ya se le había informado de su esquizofrenia. ■



# El misterio del tren de Alkatrán



## ANDRÉS SANTIAGO ÁLVAREZ RAMÍREZ EL TAMBO

Nací el 24 de mayo de 2001 en Popayán, Cauca y actualmente vivo en el Tambo. Escribir me divierte mucho, ha sido y seguirá siendo mi mejor experiencia, porque a través de ésta puedo dejar plasmados mis sueños de aventuras y mis anécdotas. Puedo expresar libremente lo que siento y pienso. Siempre he soñado con viajar y conocer muchos lugares, por eso en la mayoría de los cuentos que he escrito visito bosques, desiertos,

ciudades lejanas, la luna, el espacio y hasta el fondo de la tierra. Dedico este cuento a todos los niños porque de ellos son los sueños y la imaginación, a mi familia y especialmente a mis padres, Claribel y Carlos, con quienes sueño vivamos juntos por siempre.

**Grado séptimo, Institución Educativa Maestra Vida, El tambo, Cauca.**

# El misterio del tren Alkatrán

ANDRÉS SANTIAGO ÁLVAREZ RAMÍREZ

**H**ace mucho tiempo, un extranjero errante que viajaba por toda Latinoamérica había llegado a un país muy hermoso, en el que su principal medio de transporte eran los trenes. Llegó entonces a un pueblo pequeño y muy peculiar. En tanto que tomó un descanso, y mientras detallaba los transeúntes, de estaturas pequeñas y trajes coloridos, pasaron algunas horas. Empezó a caer la noche. Como era ya muy tarde, el forastero no alcanzó a abordar un tren para llegar a la ciudad que tenía como destino para ese entonces. Decidió alojarse en una posada muy pintoresca, y como no había opción, alquiló un cuarto para compartir con otro forastero.

—¡Buenas noches dijo el extranjero, saludando al habitante del cuarto que esa noche compartirían. Mi nombre es Alberich, y me temo que compartiremos esta noche la posada, señor.

De manera muy formal, un hombre de edad avanzada lo invitó a seguir, advirtiéndole:

—¡Adelante, mi nombre es Gustavo Guatavita, mmm... pero me dicen Guata, y ronco mucho en las noches;

Empezaron a hablar de muchos temas que compartían, y también hablaron de la elegancia de los trenes que circundaban por esas tierras.

Alberich, que apenas llegaba, le pidió un consejo al viejo Guata, a lo que éste respondió:

—Este es un buen consejo: no suba nunca al tren de Alkatrán.

Pasó la noche, y a la mañana siguiente, Alberich llegó a la estación de trenes, pero se llevó una sorpresa al darse cuenta que el único tren que iba a su destino era el tren de Alkatrán, y que además ningún otro tren saldría a su destino, sino hasta pasados cuatro días. Coincidentalmente, le informaron que el trayecto duraría cuatro días. En ese instante, recordó el consejo de Guata, pero no le dio mayor importancia, pensó que sólo se trataría de un tren algo sucio, maloliente o descompuesto, así que, sin pensarlo más, abordó el tren de Alkatrán.

Cuando subió, notó con sorpresa que no había más pasajeros. Por un momento se sintió intrigado, pensó en bajarse, pero era demasiado tarde. El tren partió de inmediato sin más pasajeros a bordo. Tomó asiento, se puso cómodo y empezó a disfrutar del paisaje, como era su costumbre. Pasado algún tiempo, escuchó una voz que le hablaba. Sorprendido, miraba y buscaba a su alrededor, pero no veía a nadie, así que se relajó y pensó que era sólo el cansancio el que le hacía escuchar voces extrañas; a pesar de todo, sentía un poco de temor.

Pasados unos minutos, escuchó de nuevo la misma voz, que le susurraba.

—¡Seré tu compañía por todo el trayecto...

De repente se dio cuenta de que era un duendecillo el que estaba sentado a su lado, pues era un hombrecito pequeñito, de pies y manos algo torcidas. Alberich, después de detallarlo, le preguntó sin mucho asombro.

—¿Cómo te llamas?

Y el duendecillo, con voz muy aguda, le respondió:

—¡Firindulapio, y nada en este tren es lo que parece.

Alberich, con un poco de temor, entabló una conversación con Firindulapio por algún tiempo, aunque éste, a veces, no respondía, o se desaparecía; se comportaba de manera inquieta. Alberich, un tanto asustado, le preguntó:

—¿Cuántos vagones hay en este tren?

—Quince vagones, pero te sugiero que te quedes en este séptimo si no quieres tener inconvenientes.

Llegó la noche, y era hora de dormir. El duendecillo se esfumó en una niebla que apareció dentro del tren. El viajero pudo descansar. Al tercer día las cosas eran igual. Alberich ya no tenía miedo de Firindulapio, pero se sentía aburrido, cansado, como si estuviera siempre en el mismo lugar y hubiera viajado más de ocho días; entonces pensó que si hubiera esperado cuatro días para abordar otro tren, que también en cuatro días lo llevaría a su destino, en ocho días estaría en el lugar anhelado. De manera repentina, y mientras pensaba esto, sintió un gran impulso por correr hacia el vagón número ocho del tren. En ese mismo instante recordó que Firindulapio le había advertido que no ingresara nunca a ese vagón.

Alberich, lleno de curiosidad y emoción repentina, se dijo: “¡Tan sólo una miradita no me hará daño!”. Al ingresar al octavo vagón se encontró muchos libros, como si fuera una biblioteca. Observó que en un armario, con puerta de vidrio y bordes brillantes, había un libro negro de forma muy curiosa, y aunque en la manecilla del mueble había una nota que decía “No abrir...”, no le importó. Abrió el armario y tomó el libro. En ese mismo instante empezó a oír unos ruidos muy extraños, que le producían mucho miedo. Al volverse, se dio cuenta que era Firindulapio, y que de repente se convertía en un monstruo horripilante. Alberich, a pesar de su gran temor, cogió el libro, corrió, se cambió de vagón

y soltó el octavo vagón, pensando que así se podría deshacer del monstruo, pero cuando esto sucedió, advirtió que Firindulapio era el conductor del tren, que sin él, el tren se iba a estrellar. Sin pensarlo mucho, al ver que el vagón rodaba sin rumbo, decidió tirarse a un río inmenso que había al borde, pero antes guardó el libro en su maleta de cuero impermeable para que no se mojara. Cuando logró salir del río, un poco estropeado, notó que el tren se acababa de estrellar y que estaba totalmente destruido.

Alberich se sintió confuso, caminó hasta llegar a una nueva estación de trenes, y qué sorpresa se llevó cuando iba a tomar otro tren para continuar su destino y observó que el que estaba listo era el tren de Alkatrán. Se acercó para confirmar si era el mismo, y se dio cuenta que sí era.

Muy sorprendido y asustado se retiró un poco de la estación y decidió abrir el libro; aunque la mayoría de páginas estaba en blanco, se detuvo en una que decía: “Mientras alguien conserve este libro, la historia se repetirá y el tren se reconstruirá”.

Alberich abandonó el libro en una banca de la estación y decidió tomar otro rumbo. ■



# Dorotea



**JENNIFER IPIALES RIVERA**  
**CALI**

Nací el 20 de septiembre del 2001 en la ciudad de Santiago De Cali, en la clínica Nuestra Señora De Los Remedios. Escribir es otra forma de poder expresar nuestros sentimientos. Este cuento se reflejó y se inspiró en mi vida y por mi abuela que falleció

hace 3 años. Me siento muy feliz por haber participado en este concurso porque gracias a esto se me abrirán muchas puertas.

**Grado séxto, Colegio Técnico  
María Elvinia, Cali,  
Valle del cauca.**

# Dorotea

JENNIFER IPIALES RIVERA

**E**stoy buscando lombrices en la huerta, acá entretenida mientras adentro ocurre aquello. Mi abuela siempre me anda diciendo que no lo haga, que me empuerdo toda y quedo cochina, como un muchacho de esos del pueblo y no como la damita que soy. Yo le hago ver a mi abuela que las lombrices que consigo son para echárselas a los peces, pero ella no me cree, y entra a la casa refunfuñando, aunque al rato está otra vez de a buenas conmigo.

La vida de mi abuela es tejer y tejer, aunque últimamente mi abuela ya casi no teje; este saco que traigo puesto y todavía está limpio, me lo tejió mi abuela; también el gorrito rojo que tengo guardado en el armario, unas medias para el frío que a veces me sirven para embolsar mamoncillos, y un saco que se deshilacha de lo viejo y tiene diez botones, también me lo tejió mi abuela; hasta a Gregorio, el otro día, le regaló un bonito chaleco de esos que usan los señores, y eso que Gregorio no es nada de mí ni de mi abuela.

Gregorio vive a un lado de la casa, en un cuarto muy pequeño y muy abrigado; es él el que se encarga de la mayoría de los quehaceres; hasta el mes pasado era mi abuela la que cocinaba, pero comenzó a confundir el azafrán con el cilantro y el ajo con la pimienta, y la comida empezó a saber toda desabrida y agria que

ni Juanito la quería. Entonces Gregorio, que ya se encargaba de la huerta, llevar a pastorear la vaca, alimentar los peces y las gallinas, empezó a encargarse también de la comedera de nosotros tres.

Cuando estoy de a buenas y saco hartas lombrices de la tierra, como ahorita mismo, me alcanza hasta para llevar al árbol del chirimoyo y ver comer a mirlos y canarios; después, junto las últimas que me quedan en el tarro y me las zampo todas a la boca, siento cómo dan vueltas en mi lengua y, cuando ya han jugado bastante, digo: “¡No más, se acabó el juego!...”, y glup... me las trago. Ellas se van derecho por mi gáznate, y no las vuelvo a ver más.

A veces me pongo las botas de mi abuela y voy al pueblo con Gregorio. Me entretengo en el camino cazando chapules o subiendo a los árboles a coger guayabas. Ya en el pueblo, le hago saber que me deje en el parque con las palomas, mientras él hace las compras. A mí me gusta reunir todo el maíz que tira la gente a las palomas, hasta la última pepa amarilla que queda en el suelo la recojo. Soy feliz tirando al cielo todas esas pepas, y ahí mismo ver llover palomas. Siempre me ha gustado estar más con los animales que con la gente. Cuando voy al pueblo, son los niños los que más se me arriman, pero no para saludarme o jugar conmigo, no, primero hacen la ronda y me gritan: “¡Fenómeno, fenómeno!”, así me gritan los niños cuando se topan conmigo...: “¡Fenómeno!”. Yo no sé lo que quiere decir esa palabra ¡fenómeno!, y cuando le pregunto a mi abuela, mi abuela tampoco la ha oído mentar, me dice que ha de ser una de esas palabras inventadas que se le escapa de la boca a la gente por andar desocupada. Los niños también me empujan; a mí me va entrando el coraje, y los persigo, pero cuando empiezo a corretearlos con todas las ganas que tengo de darles alcance, no he dado cinco pasos y ya estoy rodando por el suelo, porque mis piernas nacieron chuecas, más torcidas que las ramas

del pepinillo. Los niños aprovechan y se devuelven a darme más golpes y a magullarme por todo el cuerpo. Creerán que soy pelota. Cuando eso pasa, yo me quedo quieta como piedra y envuelvo mi cabeza con los brazos. Gregorio siempre llega tarde. Entonces, en todos lados me salen unas manchas coloradas que después se van poniendo negras y que, cuando apoyo el dedo, duelen. A mi abuela no le gusta verlas; yo se las escondo, poniéndome la ropa grande de ella o no saliendo de mi cuarto porque estoy indispuesta. Así le digo a mi abuela, que estoy indispuesta, porque si las ve, mi abuela no me deja ir más al pueblo, y por varias semanas. A mí me gusta mucho ir allá, no importa que a veces sea tan doloroso. Gregorio, a escondidas, me soba los pedazos de cuerpo magullados, y no le dice nada a mi abuela, es nuestro secreto.

Cada día mi viejita está más y más enferma. Hay noches en que no puedo pegar el ojo porque mi abuela se la pasa tosa que tosa, yo le cuento la tosera a mi abuela hasta que me voy quedando dormida.

Cuando hace frío y mi abuela al fin ronca en el cuarto de al lado, como el viejo Asdrúbal en la banca de la iglesia, Gregorio abre las puertas de mi habitación y viene a calentarme, se mete debajo de las sábanas conmigo y ahí nos quedamos acurrucaditos, como dos pichofué en su nido. Yo quiero mucho a Gregorio.

Gregorio es el hombre de la casa, eso dice mi abuela cuando está triste y se pone a recordar y empieza a hablarnos de despedidas. Yo no sé para dónde es que se quiere ir mi abuela, si aquí los tres estamos tan bien. Ella se acuerda de cuando la comadre Mélida se lo encomendó antes de irse, y mi abuela dice que le juró que cuidaría muy bien de su muchacho; yo digo que si la comadre Mélida volviera, vería al Gregorio hecho todo un hombre, grande y hasta con cabellos blancos en las sienes, como los caballeros de buena fortuna. Gregorio me dice que si nos quedamos solos me enseñará

a cocinar como me ha enseñado a coger lombrices; también dice que me enseñará a ser mamá. A mí me gustaría tener crías, como la Juana que tiene sus terneros.

Hoy, hace un rato, después de meses de estar diciendo que se iba, mi abuela al fin se fue. Eso me dijo Gregorio, aunque yo acabo de verla acostada en su cama, igual que siempre, como todos estos últimos días que sólo se levantaba para ir a hacer aguas. Pero cuando la toqué, la sentí tan fría como las piedras del río apenas amanece, tesa como cuando una gallina se queda tesa. La señora Ernestina, viuda de Camacho, nuestra vecina, está rezando padre-nuestros con el señor cura. Gregorio ha perdido el habla, y Juanito no hace más que aullar como cuando la luna está llena, pero esta noche no hay luna llena.

Estando adentro, a mí, no sé por qué, me comenzó a correr agua de los ojos, y empecé a sentirme muy rara, como con algo atravesado entre el pecho y el pescuezo. Entonces salí a la huerta a escarbar. Nunca lo había hecho a estas horas de la noche. Ahora sí le estoy haciendo caso a mi abuela, no dejaré que se me empuerque el vestido, escarbaré toda la noche cuidando de no ensuciarlo. Voy a cazar las lombrices que más pueda para que mañana, cuando salga el sol, pueda escurrirme a escondidas hasta el gallinero, luego a la alberca y al árbol del chirimoyo para dejarles a los animales toda la comida que voy a conseguir esta noche y, si sobran, yo misma, sin que mi abuela me descubra, también comeré con ellos. ■



# No sabía lo que pasaba



## DIANA VALENTINA LANDÁZABAL SUÁREZ VILLAVICENCIO

Nací un 24 de diciembre con un problema de corazón. Después de mucho luchar y varias cirugías, hoy me siento excelente. Agradezco a Dios, a mis padres, familiares, doctores y amigos que me han ayudado y me siguen animado a salir adelante, a tener fe y creer en mí. Leer y

escribir es una forma de expresar lo que sentimos, imaginamos, soñamos y es uno de los mejores pasatiempos que podemos tener.

**Grado séptimo, Institución Educativa Rural Vanguardia, Villavicencio, Meta.**

# No sabía lo que pasaba

DIANA VALENTINA LANDÁZABAL SUÁREZ

**E**n la mañana se despertó, se desvistió, fue al baño, fue a ducharse pero la llave estaba como rara porque no la podía abrir para bañarse. Como no se pudo bañar, se vistió y se fue a la cafetería a desayunar porque se le había olvidado traer lo del desayuno

Estando en la cafetería, se cansó de llamar a la mesera para que lo atendiera, así que se fue al trabajo.

Cuando llegó a la oficina, vio que un señor estaba sentado en su puesto. Se enojó y fue a discutirle al jefe. Éste no le contestó nada, por lo que se fue a tomar a un bar porque le habían quitado el puesto.

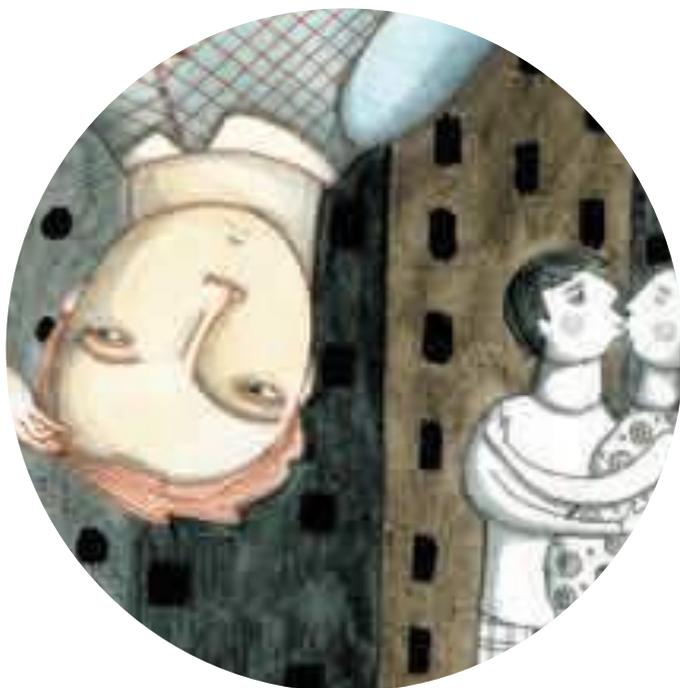
Pidió un Whisky. Como no lo escuchaban con tanto ruido, y vio que pasó frente a él un mesero con cervezas, quiso coger una, pero no alcanzó porque el mesero pasó muy rápido. Sentado en la barra, se puso a hablar con un señor. Estaba como loco porque le hablaba de un tema y el señor le contestaba otra cosa, así que se cansó.

Aburrido, fue a un parque y se sentó en los columpios. Casi se cae porque pasó un niño y empujó duro el columpio.

Mejor fue a sentarse en una banca. Estando sentado allí, mirando a los que pasaban, llegó una señora gorda, por lo que le tocó correrse, o si no se le sentaba encima.

Miró el reloj y vio que eran las 4:00 p.m., hora del cine. Se fue para allá porque estaban presentando una película muy interesante. Al término de la película, se fue para la casa. Miró que estaba abierta y que había mucha gente. Corrió a ver qué sucedía. Al entrar, la gente estaba llorando. Lo raro era que estaba toda la familia. Entró a su habitación y se vio muerto. Había muerto por una bala perdida.

Entendió el día tan extraño que había pasado. ■





# Juan Llamas salva el mundo de a Poquitos



**JUAN FELIPE RODRÍGUEZ CASTELLANOS  
MOSQUERA**

A mi hermanita Lucía “Súper Chiki” y a mi “tita” Lucía en el cielo... ¡Gracias por llenar mi alma de dulzura! Quise que mi cuento, -una tarea escolar- que propuso Mayerly (mi mamá y profesora a la vez) para la clase y para el CNC, le recordara a todos que cualquier persona, sea niño, niña o adulto se puede convertir en súper héroe realizando actos de buena voluntad con los demás. No pensé en ganar,

pero ¡sí en ser leído! Dedico este sueño a mi hermanita Lucy, compañera de lecturas, escritos y aventuras; a mi familia: Lucía y Juan en el cielo por enseñarme a ser humilde y solidario, a Marina, Hugo, Maye y Yeisson (todos mis papás) por creer en mis ideas; a mis profesoras y compañeros.

**Grado sexto, Liceo Moderno  
San Gabriel, Mosquera,  
Cundinamarca.**

# Juan Llamas salva el mundo de a poquitos

JUAN FELIPE RODRÍGUEZ CASTELLANOS

**Y**o soy Juan Llamas; soy el héroe del Porvenir... Así me dice mi mamita cuando me ve alzando paquetes de arroz en la bodega; cuando hago mi tarea solito; o también, cuando vemos películas de terror, abrazo a la miedosa de mi mamá para que se le quite el susto; y cuando le ayudo a mi papito Hugo en el supermercado.

Soy Juan Llamas, el dueño del calor humano para dar a los corazones fríos. Tengo seis años; soy alto, un poquito gordito y morochito; tengo ojos grandotes que conquistan. No se dejen engañar porque sólo sea un niño; ésa es mi identidad secreta. En realidad, soy un gigante, con un corazón inmenso como una montaña, que puede sentir lo que los demás sienten. Este súper-poder me lo teletransportó mi bisabuelita Lucía antes de irse para el cielo a acompañar a su gran amor, Juanito. Puedo leer los ojos de los demás, y saber cuándo están tristes, cuándo están contentos, cuándo están malgeniados, cuándo son malos o buenos.

Tengo súper-fuerza, y a veces súper-mirada de malgenio para cuando no me escuchan; tengo un súper-oído que escucha primero lo que los demás me dicen. Siempre espero a que los demás entren o salgan de algún sitio. Es mi poder de súper-cortesía, y siempre estoy atento para cuando alguien pide ayuda.

Todos los súper-héroes tienen un súper-amigo; la pequeña Cá-mili es la mía. La llamo “La Pepa”. Sus ojos son grandes, también

son estirados hacia los lados, y el color es como verde mezclado con café. Camili es muy pilosa porque siempre contesta de “primis”, siempre sabe la respuesta de lo que pregunta la *teacher*; su súper-poder es la velocidad mental.

También está Estiben; es más grande que yo, tiene diez años y está en segundo, conmigo, porque está repitiendo el año. No es tan piloso como Cámili, pero tiene otros súper-poderes. Es muy fuerte y sabe todo lo que tiene que ver con el reciclaje. Lo llamo “Ecoboy” porque siempre piensa en reciclar.

Me faltaba escribir de Lucía. Ella es mi hermana. También tiene súper-poderes. La llamo “Súper-Chiki”. Es pequeñita pero fuerte; tiene una mirada láser que paraliza a quien la mire. Tiene micro-garras para rasguñar villanos (o cuando “le sacan la piedra”; yo ya tengo algunas de sus marcas). Su poder más fuerte es el mega-grito que aturde e hipnotiza a quien la escucha, haciendo que desde el más grande hasta el más chiquito haga lo que ella quiera, y eso que sólo tiene dos añitos.

Mi hermanita y mis amigos me ayudan a mí, Juan Llamas, a salvar el mundo de a poquitos: cuando llegamos al colegio vamos al salón de los hermanitos menores, los bebés de pre-kínder y kínder, y les alistamos las mesas y las sillas; cuando alguien en el salón no entiende la tarea, nosotros le explicamos; cuando alguien no trajo onces, compartimos; cuando a algún compañero se le olvidó traer la cartuchera, le prestamos los lápices; cuando almorzamos, llevamos la loza y la bandeja a la cocina; cuando la *teacher* tiene hambre, le damos permiso de que coma algo; cuando alguien pelea con otro compañero, los ayudamos a que se vuelvan amigos; o separamos la basura en canecas de reciclaje... Y así nos la pasamos, haciendo estas y otras tareas de súper-héroes.

Mi vida de héroe ultra-secreto empezó un día cualquiera, que será recordado por ser un día de lágrimas y tristeza para mí y mis

compañeros. Estaba con mis compañeros en clase de Lengua Castellana; había llegado la habitual hora de lectura y debimos subir a la biblioteca del colegio para mejorar nuestra velocidad lectora. Todo transcurrió con normalidad: leímos algunos cuentos, coloreamos y escribimos unas preguntas que nos dictó la *teacher*. Luego, ordenamos las sillas rojas y las mesas de la sala de lectura, de esas que parecen una pizza, de tal modo que quedaran seguiditas y pegadas. Nos pusimos a hacer la fila para bajar de nuevo al salón, y al escuchar la indicación de la *teacher*, que decía: “Por favor, bajen por el lado de la...”, “pared”, contestamos todos, y bajamos. Al llegar a nuestro salón, encontramos algo desastroso, nuestras maquetas del relieve en plastilina y arcilla, y nuestros computadores, que habíamos hecho en icopor y cartón, estaban completamente despedazados, pisoteados, sucios e irremediablemente inservibles. Todos nos pusimos a llorar, mientras recogíamos la basura que aquella hecatombe había dejado, y nos hicimos la pregunta más misteriosa: “¿Quién nos pudo haber hecho algo tan horroroso?”.

La *teacher* intentó calmarnos, pero no pudo, porque ni ella misma podía entender lo que estaba viendo. El llanto y desasosiego de todos alertó a las demás *teachers*, y pronto llegaron a la zona de la tragedia, como dicen en el noticiero. Los demás niños de los otros salones llegaron a ver, llamados también por su curiosidad, y en ese entonces fue respondida nuestra pregunta cuando una de las niñas de kínder señaló a los dos niños más pequeños del colegio, Miguel y Daianne, y dijo: “Ellos fueron”.

Con mis acongojados compañeros, los volteamos a mirar. Vimos dos pequeñas caras escondidas y apenadas, que al sentirse observadas se pusieron a llorar con espanto, temiendo un castigo inevitable. Al verlos llorar, y al saber que nuestros hermanitos más chiquitos de tres años, en una increíble travesura, nos dañaron todo el esfuerzo

gastado durante las vacaciones de Semana Santa, paró nuestro llanto con un aire de resignación. Al fin y al cabo, eran tan sólo bebés.

Ese día conocimos el sabor amargo de la frustración y la impotencia. La *teacher* nos explicó que ése era el nombre de esos sentimientos de dolor que sentíamos, y de no saber qué hacer ante este suceso, porque no podíamos hacer nada. ¿Cómo íbamos a dejar que castigaran a los más chiquitos si también eran nuestros hermanitos consentidos y los queríamos mucho? Pues, ¿qué más íbamos a hacer?... La *teacher* habló con ellos, y luego los llevó al salón y, con esas voces que casi no se entendían, nos pidieron perdón. Nosotros les dijimos que sí, y aun así el dolor se quedó un rato más en nuestro salón aquel trágico día.

Pero no todo fue malo; aquel día también nos dimos cuenta de los súper-poderes que teníamos. Pudimos ver las cosas de otro modo, aprendimos a ser tolerantes y comprensivos; aprendimos lo que era la paciencia; ahora queremos y disfrutamos más nuestras clases, consentimos, jugamos y estamos más pendientes de las niñas y los niños más pequeños; tenemos dos familias, una en la casa y otra en el colegio... Pero las dos lecciones más importantes que aprendí aquel día fueron: conocer el verdadero significado del perdón, que “perdonar es sanar, y limpiar el corazón de toda idea de desquitarme de lo que me había pasado y olvidar el dolor”; y la segunda lección, que “no importa cuántas veces me caiga, siempre debo levantarme y empezar de nuevo”.

Soy Juan Llamas. Me convertí en héroe gracias a mis compañeros de segundo y de preescolar, y ahora me estoy convirtiendo en escritor gracias a este cuento... Pues bien, adiósito, mis amigos, porque ya me están llamando para “salvar el mundo de a poquitos”. Voy a cumplir con otra súper-tarea para Juan Llamas: tratar de hacer dormir a la inquieta de mi hermana; parece ser que sólo me hace caso a mí. ■



# Si les contara



## SARA VALENTINA MIRANDA PÉREZ BOGOTÁ

Nací en el año 2004 en Bogotá, pero crecí en Cali. Mi papá es bogotano y mi mamá es caleña y yo soy una buena combinación de los dos. Estudio en el Liceo Pichincha de Cali, no he sido la niña más aplicada en el Cole, pero la insistencia de mi mamá y mis profes ha dado frutos. Ya no soy tan perezosa para el estudio, mis profes, entre pelea y pelea para hacer las tareas, sé que, en el

fondo, se sienten tan orgullosos como mi familia. Lo que me motivó a escribir este cuento fue el deseo de demostrarles a todos que yo también podía, una motivación que tal vez suene a venganza, pero es así como les conté cuatro días de mi vida.

**Grado cuarto, Liceo Pichincha,  
Bogotá, D.C.**

# Si les contara

SARA VALENTINA MIRANDA PÉREZ

**M**i mamá me dijo que un cuento puede ser contar lo que me pasó en el día, que hiciera esto y lo inscribiera en un concurso. Mi hermana hace años lo hizo y ganó. Mi mamá y mi papá se fueron de viaje gracias a mi hermana, y como que mi mamá quiere pasear otra vez, porque no hace más que insistir: “Escriba algo, escriba algo que quién quita”. Por eso tomé la decisión de contar lo que me pasó cuando mi hermana se ganó su tal concurso, qué tal si le doy un viajecito de regalo de madre.

Eso pasó hace años. Yo era chiquita; tenía cuatro años. A mi hermana siempre le ha gustado comer libros. Lee como loca. Mi mamá cuenta que antes de saber leer le encantaba que le leyeran, en cambio a mí, uch. Bueno, ahora sí me gusta medio leer. Mi abuelo me lee mucho, y hay cosas que sí me gustan, pero es que hay cosas tan aburridas...

Como les iba contando, a la come libros de mi hermana le pidieron en el colegio que escribiera un libro de cuentos para una tarea. ¿Y qué pasó? Que le quedó gustando. Eso ahora era coma libros, y haga para que otros sapos comieran. Bueno, libros no, tampoco es tan inteligente, pero sí escribió varios cuentos. Todo mundo le hace fiestas porque le dicen ‘la talentosa’. Mi mamá dice

que eso va en la sangre, me imagino que es para que yo me anime; pero la mamá de mi abuelito decía que al que le gusta le sabe, a lo mejor a mí me guste más bailar, cantar o criticar.

La come libros vio que en televisión decían del tal concurso, y miedosa y sin contarle a nadie mandó el cuento. La muy avispada puso el teléfono de mi mamá. Como a mitad de año la llamaron a decirle que iba entre los 90 finalistas. Mi mamá, esa noche, llegó del trabajo caminando en las punticas de la emoción. Claro, 'la talentosa' iba de 90 como entre chorro mil personas. ¡Qué orgullo! Le dijo: "Mijita, lo importante no es ganar, sino participar, ya había participado y eso era ya un premio".

Mi mamá, sin que mi hermana hubiera ganado, se sentía la mamá de una gran artista. Caminaba como un palomo, contándoles a las amigas. Yo, como estaba tan chiquita, ni me importaba, porque la verdad, ni entendía. Creo que cuando uno está chiquito lo más importante es que le den comida y que lo arropen cuando se acuesta, y como hasta ese momento mi mamá seguía paladeándome desayuno, almuerzo y comida, no había ningún problema.

Mi hermana siguió yendo normal al colegio, y mi mamá al trabajo. Pasó un resto de tiempo. Cuando llegaron las vacaciones, mi mamá seguía en el trabajo, normal, pero nosotras sí estábamos en la casa. Una noche mi mamá llegó tardísimo. Ella siempre llegaba en la tarde, y ese día llegó en la noche. Mi abuela nos había servido la comida, pues ese día llegó con mi abuelo; los dos no entraron caminando, sino volando. Mi hermana y yo estábamos en el comedor. Mi mamá tenía cara de payaso en película de terror, con esa risa que no se borra así le corten la cabeza al payaso, y mi abuelo, ni decirlo.

Mi mamá empezó a contar todo. Trabajaba en una empresa donde no podía entrar el teléfono y le tocaba dejarlo en un locker... Bueno, el caso es que mi mamá tenía que ir hasta donde mi abuelo

para que él la llevara a la casa. Cuando ella sacó el bolso del locker, revisó el celular y encontró que tenía un mensaje de una señora, en el buzón, diciendo que era del concurso y que necesitaba urgente a mi hermana. Donde trabajaba mi mamá no había cómo devolver la llamada, pero mi mamá, como buena bruja, adivinó que mi hermana había ganado. Dizque saltaba en una pata por la calle cuando se iba a subir al bus, pero como todavía era una sospecha no le dijo a nadie. Los compañeros del trabajo la miraban como si se le hubiera corrido el champú. Cuando se bajó del bus, se fue corriendo hasta donde mi abuelito. Al frente del trabajo de él venden minutos a celular, y de allí llamó.

Eran como las 7:00 p.m. cuando llamó. Le contestó una señora. Mi mamá le dijo que había recibido un mensaje, y ella le podía informar a mi hermana. La señora le confirmó que mi hermana había ganado, que el premio era un viaje a Cartagena con todo pagado, para ella y otra persona. A mi mamá hasta mareo le dio. Le tocó cogerse de la pared para no irse al piso. Cuando la señora colgó, mi mamá gritó desde el otro lado de la calle que mi hermana se había ganado el concurso. Fue un baile de mi abuelo y mi mamá en medio de la calle, como si se lo hubieran ganado ellos. Cuando mi mamá nos estaba echando todo ese carretazo, y llegó al punto donde la señora era del concurso, mi hermana se paró, y cuando le dijo que había ganado se tiró al piso y empezó a moverse como una lombriz. Todavía yo no me imaginaba lo que iba pasar; sólo veía que todos estaban contentos, y nada les borraba la sonrisa de la cara. Mi mamá pidió permiso en el trabajo, llamó a la profesora de español de mi hermana y le contó que había ganado y que en enero se iban para Cartagena.

Pasó el fin de año, y así como se acabó con buenas noticias empezó con malas. La mamá de mi abuelo se enfermó y murió. Mi mamá lloraba y lloraba, tanto así que se enfermó. Por ahí derecho, yo también.

El caso es que a la semana que murió la abuela de mi mamá, viajaron a la premiación, y fue cuando me di cuenta que se fueron y me dejaron. Dicen que las trataron como princesas, que cuando llegaron al aeropuerto no la creían, y que sólo esperaban que fuera una pega de ésas que hacen por televisión; pero no, se subieron al avión y volvieron a la semana. Mi mamá me llamaba por las noches a preguntarme cómo estaba, si me estaba portando bien. Si le preocupaba tanto, ¿por qué no me llevó?

No puedo decir que la pasé mal con mi abuela. Ella me consiente mucho, me daba la comida y me arropaba al acostarme. Igual, ¿qué le costaba a mi mamá llevarme, aunque fuera cargada, así como lo llevan a uno a veces en el bus? Pero no, se fueron y me dejaron con mis abuelitos. Mi abuelita, muy contenta, y mi abuelito todavía triste por la muerte de su mamá, y claro, ellas de viaje, en la playa. Yo todavía ni la conozco.

Mi papá llegó a Cartagena detrás de ellas, y tampoco me llevó. Se dieron vida de reyes, los tres, sin mí. Cuando volvieron de Cartagena, a mi hermana, en el colegio, la recibieron como si hubiera venido de la guerra, con honores a la bandera, hasta en el cuadro de honor la montaron. La entrevistaban por radio y televisión, trajeron chorrocientas fotos en la playa, jugando con arena, en teatros, durante la premiación con gente famosa, ¿y saben cuál es el mayor descaro? A mí me trajeron un vestidito playero, una camiseta con un dibujo de las murallas, y un letrero que decía “Cartagena” y que, definitivamente, no combina ni cinco con los aretes en forma de sombrero. Ahí tengo guardadita la camiseta, para cuando yo vaya a la playa envolverla en papel regalo y dársela a mi papá como recuerdo de mi viaje, que se fueron y no me llevaron. ■



# Flores en mi cabeza



**NATALIA GARCÍA MEDINA**  
**BOGOTÁ**

Nací en Duitama Boyacá el 4 de septiembre de 1998. Tengo 14 años. Actualmente vivo en Bogotá. Cuido a dos tortuguitas: Manuela y Donatelo. Cuando presenté el cuento estaba en séptimo en el colegio Liceo Formación de Bogotá, donde incentivan mucho la lectura y creación de textos literarios.

Me gusta escribir, leer y pintar, actividades que me permiten sentir más la vida y crear. Al escribir mi cuento jugaba con seres fantásticos que ayudaban a superar un momento difícil.

**Grado séptimo, Liceo  
Formación, Bogotá, D.C.**

# Flores en mi cabeza

NATALIA GARCÍA MEDINA

**E**ra el tercer mes de tratamiento de quimioterapia y mi cabello comenzaba a caer. Todas las mañanas, cuando despertaba, encontraba en mi almohada cantidades de crespos. Mi mamá, algunas veces, me traía regalos para distraer mi angustia y mi aburrimiento. La habitación de la Clínica tenía un ventanal grande, y por ahí se me escapaban los sueños, entre las copas de los árboles que alcanzaban a verse; en la mañana era hermoso despertar con el canto de los pájaros, pero con el tiempo la misma ventana, la misma habitación, ya no escuchas ni ves nada.

A las pocas semanas, cuando ya no tenía nada, nada de pelo, se me ocurrió que las flores que usaba adornando las uñas pegarían también en mi cabeza. Una a una las fui colocando, hasta que aquello parecía un jardín. Así estaría bien mientras me volvía a crecer pelo. Sin embargo, a los pocos días observé que las flores no se caían al bañarme, y sus colores eran más intensos. Me acerqué al espejo y vi pequeños duendecitos y hadas saltando de flor en flor. Era algo novedoso. Jamás había visto algo así. Eran personitas tiernas y tan diminutas que apenas se veían. Me llamó la atención que usaban adorables zapaticos negros de charol, y al pasar dejaban una sombra con polvillo brillante que se quedaba en las flores.

Era extraordinario.

Una tarde sentí que uno de estos duendecitos se bajó de mi cabeza, deslizándose luego por la almohada; después lo vi corriendo entre los cables del suero. Traté de cogerlo y, de pronto, brincó a la mesa donde estaban las drogas. Se metió en los algodones, rodó encima de las aspirinas, hasta el teléfono, y allí pasó oprimiendo los números. Parecía que se divertía, pero finalmente saltó, quedando pegado en un esparadrapo. El pobre luchaba y luchaba, pero no lograba desprenderse. De repente, dos figuritas aladas llegaron a ayudarlo, hasta que lograron liberarlo. Fue entonces cuando entró la enfermera de turno a aplicarme la droga y, entredormida, pude notar que en su bandeja se llevaba al duende y a las dos hadas, al lado de las jeringas y demás medicamentos. Entonces reaccioné y le pedí un vaso de agua. Ella dejó la bandeja y me lo trajo. Mientras la bebía, ellos escaparon...

Hoy, varios años después, mi cabello me ha crecido; pero es raro, esta mañana, cuando me peiné, encontré una florecita en el cepillo. ■





## CATEGORÍA

CALI

LAURA LUCÍA RODRÍGUEZ PEÑA

La ruana del abuelo

99

BARRANQUILLA

ANA MERCEDES

ERIÑO FERNÁNDEZ

La mano amiga

91



SIBATÉ

JIMMY ALEJANDRO

ALDANA CASA

La reivindicación

77

ENTRERRÍOS

JUAN JOSÉ PATIÑO RUIZ

La sed del anciano

83

## ESTUDIANTES DE OCTAVO A ÚNDECIMO GRADO

BOGOTÁ

SANTIAGO EASTMOND  
HINCAPIÉ

Tal vez en un bus

111

PEREIRA

SEBASTIÁN GIL TAMAYO

Tic Toc

117

CHARALÁ

LADY XIMENA

ARIAS NIÑO

Inocentada

135



ARMENIA

MARÍA JOSÉ RESTREPO BUITRAGO  
Revelación genética

105

CAJAMARCA

ALEJANDRO

NIETO PÉREZ

Sangre en la arena

129

BOGOTÁ

RAÚL LAVERDE YEPES

Eran truenos y sería lluvia

123



# La reivindicación



**JIMMY ALEJANDRO ALDANA CASAS**  
**SIBATÉ**

Una vida en la que la lectura y la escritura tienen mayor relevancia que otras actividades. No he leído mucho, pero cada uno de los libros leídos me ha marcado profundamente. He sentido también la necesidad de contar algo a los demás, de representar a través de mis historias algunos

conflictos que ocurren en la psicología humana, en los entornos agrestes en que viven muchas personas. Basado en esto, escribí mi cuento.

**Grado once, Institución Educativa General Santander, Sibaté, Cundinamarca.**

# La reivindicación

JIMMY ALEJANDRO ALDANA CASAS

**E**ntré. El recinto estaba lleno de mesas, con clientes sentados en sillas de madera. Casi todos hablaban y reían fuertemente, enardecidos por el licor y el ambiente festivo del lugar. Me senté al fondo del establecimiento. Rosendo, el dueño del bar, estaba detrás del mostrador, haciendo anotaciones en una libreta. Al levantar la mirada, se dio cuenta de mi presencia y me sonrió. Llevó unas botellas de cerveza hasta mi mesa y comenzó a hablarme: “¿Qué has hecho, muchacho?”. “Nada”, respondí, “esta semana estuve encerrado en la casa”. “Mejor así”, dijo Rosendo, “parece que varios rebeldes fueron abatidos. Desde que el capitán Suárez desapareció, Cárdenas tiene el poder, y no descansará hasta desmoronar a las fuerzas rebeldes”. Pude notar que la voz de Rosendo, siempre amable y firme, esta vez parecía más apagada y temblorosa. “Sería mejor que dejaras de ayudarlos. Cárdenas no tendrá piedad”. Apenas me hubo dicho esto, se dio la vuelta y regresó a su lugar, detrás del mostrador.

Durante los siguientes minutos permanecí abstraído, pensando en los rebeldes asesinados. Resonaban en mi cabeza las palabras de Rosendo, cuando escuché unos pasos en la entrada. Un señor bajo y rechoncho, vestido de uniforme y con la frente alta y cuadrada se encaminaba directamente a la mesa junto a la ventana de la calle.

Los dos hombres que lo acompañaban venían armados con fusiles. Uno de ellos le gritó a Rosendo para que los atendiera. Cuando Rosendo les hubo tomado el pedido, se acercó a mi mesa y me dijo: “Ven, muchacho. Ayúdame a llevarles el pedido a esos señores”.

Les llevamos unas copas de cristal y dos botellas de vino blanco. Mi mirada se posó en el hombre gordo, en su apellido Cárdenas plasmado con letras doradas en la placa que llevaba en el pecho. Se acomodó en su silla, algo bruscamente, y me preguntó: “¿A qué se dedica?”. “Soy nuevo en el pueblo. Aún no tengo trabajo”, le respondí con tranquilidad. “¿Ha oído hablar del capitán Suárez en algún otro pueblo?”. “No”, respondí secamente. “Yo no lo conocí personalmente”, dijo Cárdenas, “se rumora que los rebeldes pudieron haberlo asesinado. De cualquier manera, aquí estoy para reemplazarlo y reprimir cualquier ataque. Muchos del pueblo han decidido unirse a mí. Si desea, usted también puede hacerlo”. Al terminar de pronunciar estas últimas palabras, noté que el bar estaba mortalmente callado. Habían bajado el volumen de la música, y hasta los hombres más habladores y ebrios permanecían expectantes, como esperando a que yo dijera algo. “No, capitán, muchas gracias”, dije. Cárdenas puso una cara que, a mi parecer, era de disgusto. Rosendo ya se había marchado, requerido por un cliente. Regresé a mi mesa.

Uno de los hombres de Cárdenas ahora me estaba escrutando con sus ojos entornados, oscuros y brillantes. Al poco rato se elevó de su asiento, inclinó un poco la cabeza para que Cárdenas le murmurara al oído, y entonces se me acercó. Era alto, robusto, con unos miembros atléticos y unos rasgos severos en el rostro moreno y redondo. “No le caíste bien al oficial”, me dijo en un tono brusco y autoritario. Guardé silencio. “Incorpórate, que voy a requisarte”. Puso una de sus enormes manos en mi hombro. Le di un manotazo y me resistí. Cuando me di cuenta que él se disponía a des-

enfundar su revólver, me apresuré a sujetarle la mano con fuerza. Comenzamos a forcejear durante varios segundos, en los que él y yo, respirando como bestias salvajes, tratábamos de arrebatarnos el arma. En uno de los movimientos improvisados y rápidos alcancé a colocar mi dedo sobre el gatillo. Lo apreté. Un estruendo monumental sacudió el bar. Todos los clientes huyeron despavoridos. El uniformado estaba doblado en dos, arrodillado en el suelo y con las manos sobre el vientre. Un chorro de sangre roja y espesa brotó de su herida, manchó sus ropas y formó una luna en el tablado polvoriento.

Escuché pasos de nuevo. Cárdenas estaba junto a mí, apuntándome con su pistola. “Ya sabrá lo que le va a pasar”, me dijo con aire burlón. Rosendo, temblando de la cabeza a los pies, trató de intervenir en favor mío. Cárdenas le cruzó el rostro con una soberana bofetada, y le advirtió que se fuera si no quería correr con mi misma suerte. Rosendo me miró con los ojos llenos de lágrimas y salió por la puerta del patio. Cárdenas me preguntó: “¿Es usted uno de los rebeldes, verdad? No tiene por qué responderme. Uno de sus compañeros lo delató”. Sabiendo que estaba a punto de morir, vacié mi rencor sobre aquel rufián. “Sepa usted, capitán Cárdenas, que no estoy arrepentido de nada, pues corregí mis pasados errores con unos actos que me dejan un poco más tranquilo”. Me miró con perplejidad. No entendía lo que le estaba diciendo. Entonces abrí la cremallera de mi chaqueta y me la quité lentamente. El capitán Cárdenas y su hombre se quedaron con la boca abierta. En mi franela militar, una placa en el pecho, dorada y reluciente, se componía de unas letras doradas que me acreditaban como el capitán Suárez. ■





# La sed del anciano



**JUAN JOSÉ PATIÑO RUIZ**  
**ENTRERRÍOS**

Nací en este pequeño pueblo del que quizás nunca habían odio hablar y que de seguro nunca conocerán; pero a mí me ha entregado los mejores 15 años de vida. Me gustan todas las artes, especialmente la música. Interpreto el clarinete. Escribí mi cuento pensando en cómo me sentiría en el futuro si recordara

qué tanto destruí nuestro planeta, qué tan poco hice para mejorar la sociedad en la que vivo; quizás ese viejo sediento sea yo, no lo sé.

**Grado noveno, Institución Educativa Entrerríos, Entrerríos, Antioquia.**

# La sed del anciano

JUAN JOSÉ PATIÑO RUIZ

**E**ra un día muy corriente para David. Su aburrida rutina comenzaba con una rápida desinfección con jabón y un poco de “ácido tratado”. La cabina, en la que ocurría todo su proceso de limpieza, era la misma a la que su abuelo continuaba llamando baño, la que su padre detestaba porque le traía melancólicos recuerdos del ayer y lo único que se le asemejaba a los fantásticos escritos que quedaban. Luego de salir de la cabina, un humanoide lo vestía con un exótico y estrafalario ropaje, constituido por una tela libre de bacterias, cubriéndolo de pies a cabeza. El espacio entre su cuerpo y la tela era mínimo, tan apretado como su hogar, el cual, por los últimos incrementos en el número de habitantes, se reducía a 43 metros cuadrados. David continuaba con su idea: su vestimenta era tan monótona como toda su vida.

—Lo mismo de siempre, querida— respondía su padre a una cotidiana e incoherente pregunta de su esposa, mientras David subía por el diminuto ascensor.

—¿Y qué es lo de siempre, querido?— preguntaba ella de forma irónica, quizás para amenizar el ambiente, o simplemente por un proceso casi mecánico.

Él suspiró y comenzó a leer:

—“Las uniones del norte continúan su arremetida contra la confederación euro-asiática, ahora luchan por los últimos territorios de la península Escandinava que, según recientes investigaciones, podrían contener en su interior cuevas ricas en oxígeno limpio”. En otras noticias, querida— continuó: —“En el océano Pacífico los niveles de material radioactivo aumentan, y en el territorio de Pakistán cesa la lucha por el petróleo”.

—¿Quién ganó? —preguntó un poco inquieta.

—¿Qué crees? —respondió David, intruso en la conversación y conocedor de la situación.

—¿Uniones del Norte? —preguntó ella, con un tono temeroso.

David asintió. Su padre continuó la lectura del periódico de la mañana, pues la inmensa cantidad de papel acumulado en los almacenes de la ciudad obligaba a los diarios locales a adelantarse hasta cinco ediciones. No faltaba la ocasión en la que su padre se encontrara leyendo periódicos que trataban de acontecimientos que sucederían en cuatro días.

David ni miró la máquina desayunadora, pues más que su estómago, su cerebro estaba harto de comer comida pre-fabricada, elaborada por robots, empacada por robots, distribuida por robots, dispensada por robots y, a falta de apetito, también consumida por robots.

David tomó la mascarilla, introdujo la contraseña en el panel de la puerta y salió rápidamente, antes de que grandes cantidades de vientos contaminados se adentraran en su casa inteligente, un nombre que David detestaba, ya que era el más correcto para la edificación, pues últimamente construcciones cuadradas, de hierro, recubiertas de plástico, vidrio y abono, ¡simple mierda de vaca!, eran mucho más inteligentes que toda la humanidad.

Pasaba toda la tarde fuera de casa, y a pesar de sus conocimientos, sabía que era peligroso pasar demasiado tiempo en el cuarto

ambiente. Sustentaba su soledad con la búsqueda de objetos extraños, los cuales casi siempre eran encontrados entre escombros de antiguos edificios. En sus pasadas expediciones encontró artilugios tan extraños como discos, pedazos de madera, plumas, fotografías verdes, envolturas, juguetes y relojes. Pero aquel día encontraría algo aún más extraño, diferente y único para la época.

David buscaba entre ladrillos y bloques de cemento rotos, entre ventanas oxidadas, entre largos y despedazados tubos. De repente, de un tubo goteaba un líquido transparente que caía sobre la tierra y era absorbido por el polvo. David, más curioso que nunca, se acercó y tocó, escuchó con sus pequeñas orejas su golpecito sobre el suelo. Acto seguido, probó la sustancia; tal y como lo presentía, no tenía sabor.

Rápidamente sacó de su transportador un raro envase, observó con sus inmensos ojos por el agujero del tubo y se llevó la inesperada sorpresa de que sólo quedaban, a simple vista, 19 o 20 gotas más. Abrió el envase y lo colocó al final del tubo. Lo que faltaba era cuestión de esperar. Con afán e impaciencia contó: 1, 2, 3, 4, 5... 22 gotas. Sin perder tiempo salió apresurado a su casa. Antes de abrir la puerta, guardó el envase en su valija, pues no era necesario que todos se enteraran del singular suceso.

Al entrar, se dirigió de inmediato a su cuarto, bajó por el diminuto ascensor y se encerró con contraseña. No paraba de caminar de un lado a otro. Sus pensamientos eran infinitos interrogantes. Al no encontrar con quién desahogar sus sentimientos, comenzó a hablar consigo mismo:

—¿A quién mostrar tan magnífico descubrimiento?

—Creo que lo más viable es mostrárselo a mis padres.

—¿Eres tonto, o qué? ¿Acaso conoces poco a tus padres? Escasa atención te prestarán.

—Entonces, ¿qué hago? Yo sólo vivo con mis padres y con el loco del...

—¡El abuelo!

Abrió el bunker que se encontraba bajo su cama, bajó de un salto las doce escaleras y, como siempre, encontró al olvidado peludo individuo, sentado cabizbajo contra una esquina del cuarto, con lagañas que se asemejaban más a unos dedos. Sus años le impidieron llevar una vida moderna. Por culpa del llamado progreso fue desplazado de la cotidianidad familiar. David no hablaba mucho con él, pero era el único que se preocupaba por su estado.

—¿Qué haces aquí, niño? No ves que estoy ocupado —refunfuñaba el abuelo con el habitual tono irónico que se respiraba en la casa.

—No mientas, anciano, como siempre, estás perdiendo el tiempo.

—Siempre te lo repito: ¡Estoy leyendo!

¿Sí? Y por curiosidad, ¿qué lees?

El abuelo hizo una pausa en sus alegatos, giró la mirada y observó con sus ojos apagados la fotografía de su difunta esposa.

—El pasado, hijo, el pasado. Pero, ¿para qué has venido? El pasado no es algo de tu incumbencia. —De nuevo el abuelo giró su cabeza.

David recordó el épico fin por el que venía a ver al viejo.

—A mostrarte esto —Sacó el envase del transportador y, con un gesto, se lo ofreció al anciano, el cual seguía con mirada de águila hacia la esquina.

El abuelo se giró. Por la maravilla de sustancia que se encontraba ante él, abrió por primera vez en cincuenta años, por completo, sus marinos ojos, los mismos con los que contempló el mundo por primera vez, los mismos que se enamoraron de su esposa, los

mismos que presenciaron el milagro de la vida, los mismos que se encontraron con la oscuridad de su actual morada. Sin pensarlo dos veces, le arrebató el envase, lo abrió y bebió hasta la última gota del cristalino líquido.

—¿Qué hiciste? —gritó David alterado.

—Tenía sed —respondió con calma el abuelo.

—¿Sed de qué?

—Pues, si hablamos poéticamente, tengo sed de alegría, de valores, de costumbres, de tradiciones, de hogar, de familia, de árboles, de aire limpio, de tranquilidad, de amigos, de juegos, de Dios, de campo, de limpieza, de educación, de literatura, de lectura, de comunidad, de solidaridad, de amor, de relatos, sed de pasado, sed de todo lo que se ha perdido: sed de vida. ■





# La mano amiga



## ANA MERCEDES MERIÑO FERNÁNDEZ BARRANQUILLA

Elegí escribir porque es la única forma de recrear la vida a mi manera. Montar un escenario donde sólo yo tengo el control y expreso todo lo que quiero decir, jugando con las palabras. Además de agradecerle a Dios por darme todo lo que tengo, le agradezco a mis padres por apoyarme, a mis amigas por aguantarme y al colegio donde

estudio por haberme inculcado esta necesidad insaciable por leer. "Somos del mismo material del que se tejen los sueños, nuestra pequeña vida está rodeada de sueños" William Shakespeare.

**Grado décimo, Colegio  
Buen Consejo, Barranquilla,  
Atlántico.**

# La mano amiga

ANA MERCEDES MERIÑO FERNÁNDEZ

La puerta estaba abierta y se asustó al pensar que podía tratarse de su padre, ya que sólo él portaba la llave.

Subió las escaleras casi corriendo, rezando para no encontrarse con una mala situación, pero cuando entró a la azotea notó que aquella persona ya no estaba sentada, sino de pie.

Era un chico. Tenía los brazos extendidos hacia los lados, como si quisiera abrazar algo, en su caso la muerte, porque estaba demente.

—¿Acaso estás loco? —gritó ella, a unos metros de distancia.

Temía que saltara y alguien pensara que había sido ella quien lo hubiera empujado. Él la ignoró.

—¿Estás sordo?

—¡Lárgate de aquí! —contestó él.

—Baja de allí o llamaré a la policía.

Él empezó a reír.

—Antes de que llegue, ya habré saltado.

—¿Qué? —gritó ella, asustada—. ¿Piensas saltar? —Le llamó la atención las botellas de cerveza que estaban en el suelo. Cayó en la cuenta de que él estaba ebrio—. Mejor baja de allí antes de que te arrepientas.

—Jamás me arrepentiré —dijo casi murmurando, y se tambaleó un poco cuando el viento de medianoche apareció por sorpresa.

—¡Santo Dios! —gritó ella, angustiada. Estaba a punto de llorar por los nervios—. ¿Por qué quieres saltar?

—No le importo a nadie.

Al instante, reconoció su voz. Se trataba de su compañero de Física. Se sentaban juntos desde 4º grado, pero nunca hablaban, ya que pertenecían a dos mundos muy diferentes.

—¿Que no le importas a nadie? ¡Tienes cientos de amigos!

—¿Amigos? Deberían llamarse hipócritas en vez de amigos.

—¿Y tu familia? ¿No crees que se sentirán mal al perderte?

Él sonrió.

—Mejor ni los menciones, porque saltaré más rápido. Vete. La única forma de que baje de aquí es saltando.

Hubo un leve silencio. Él sintió que ella se había acercado unos pasos. La miró.

—¿Te conozco?

—Somos compañeros de Física, de hecho ayer hicimos una evaluación juntos... ¿No recuerdas?

Él se quedó en silencio, signo de que no tenía ni la menor idea de quién era, pero ella estaba acostumbrada a ese tipo de cosas.

—Bájate de allí, por favor —volvió a insistir.

—No te metas en mi vida.

A pesar de ser medianoche, el sonido de los autos era casi ensordecedor. Tenían suerte de que nadie hubiera notado lo que ocurría en la azotea del hotel.

—¿Sabes? —habló ella después de un corto e incómodo silencio—. Puedes desahogarte, tengo todo el tiempo para escuchar, y es mejor opción que lanzarte al tráfico desde la azotea de un hotel.

—¿Acaso no te dije que no te metas en mi vida? —gritó enoja-

do—. ¿Para qué quieres escucharme? ¿Y qué te hace pensar que le contaría mi vida a alguien como tú?

Ella se enojó.

—¡Pues entonces lánzate, y asegúrate de que tu cabeza golpee el pavimento tan fuerte como para que acabes con tu patética vida de una vez! —gritó y caminó hacia la puerta, pero se detuvo al escuchar que él estaba riendo.

—Eres chistosa.

—Estoy hablando en serio —dijo ella, acercándose de nuevo, y luego suspiró. Sabía que aunque lo intentara no se iría hasta que él estuviera a salvo. Algo hacía que se quedara, algo que ni siquiera sabía qué era.

—Mi padre murió hace unos días —dijo él, mirando los autos que pasaban a gran velocidad, mientras que ella se quedó en silencio para seguir escuchando—. Dejó grandes compañías, y mi madre no quiere tener nada de lo que él dejó, así que todo pasará a mis manos... Es mucho para mi edad; pero me prepararé cada día de mi vida para este momento, y sé lo que debo hacer. Es muy difícil explicar... No entenderías.

—Puedo intentarlo. ¡Vamos!

—Eres muy terca. ¿Alguna vez te lo han dicho? —dijo riendo.

Ella sonrió.

—Un socio de mi papá quiere quitarme todo lo que me ha dejado.

—Esto parece una novela.

—¿Te estás burlando? —preguntó enojado—. Sabía que no podía contar con nadie.

—No me estaba burlando, sólo era mi punto de vista —dijo ella un poco disgustada—. Lo siento.

Hubo silencio. Se escuchó el viento, que se hacía cada vez más fuerte.

—Tranquila, suelo decepcionar a todos... Ni siquiera te conozco. Sé que me odias...

—No te odio —interrumpió ella.

—Vete. Tendré en cuenta tu idea de golpear mi cabeza contra el pavimento.

—Olvida eso —dijo riendo, y se subió a su lado, con mucho cuidado.

—¿Qué haces?

—Si te lanzas, entonces me lanzaré contigo.

—¿Estás loca?

Ella empezó a reír.

—¿Cómo te atreves a preguntarme eso en tu posición?

Él se quedó en silencio; luego se sentó con mucho cuidado para no resbalar.

—Mi novia me engañó con un amigo, y si mis notas siguen decayendo, el socio de mi papá se saldrá con la suya... No cuento con el apoyo de nadie.

—Yo puedo ayudarte —insistió ella.

Él la miró. Era la primera vez, en tantos años, que sus miradas se cruzaban de esa forma. Los ojos de él eran grises claros; los de ella, azules. Se quedaron mirando, hasta que ella reaccionó y notó que no se sentía para nada incómoda al verlo directamente a los ojos. Él sintió lo mismo.

—Mi nombre es Andrés —dijo, y extendió su mano.

Ella la apretó

—Carolina.

—Eres la chica que ayer German empujó y se cayó con los libros.

Ella asintió.

—Lo siento.

—Olvidalo, ni siquiera le doy importancia a eso.

Andrés suspiró y miró hacia la calle. Ya los autos no producían mucho escándalo. Carolina lo miró por unos segundos. Notó cómo su rostro mostraba preocupación, y más que eso, tristeza.

—Tú no quieres saltar.

—Ahora estoy confundido... Tal vez acabo de encontrar a alguien que sí me escucha. Tú me escuchas, pero el problema es que no me entiendes... No puedes devolverme a mi padre, asegurar lo que me pertenece... No puedes convencer a mi mamá de que me perdone... —dejó de hablar al sentir que estaba a punto de romper en llanto.

Carolina guardó silencio.

—Te agradezco que quieras ayudarme, pero para mí todo esto acabó. Ya no soy el mismo de antes, y ni siquiera me reí cuando te vi en el suelo... Eso es malo.

—Gracias, ¿no?

Andrés sonrió.

—Deberías dejarme saltar a mí solo... Tienes mucho más que yo.

—Mi vida no es perfecta.

—Pero aun así sonrías. A mí me cuesta hacerlo, de verdad.

—Te prometo que lo harás pronto, sólo confía en mí.

Andrés negó con la cabeza.

—Entonces saltaré contigo —dijo enojada.

—No puedes.

—No puedes permitirme o negarme algo que yo quiero hacer, saltaré contigo —dijo, y se arrimó más a su lado, haciendo que sus hombros se rozaran. Cerró los ojos y se inclinó hacia adelante, con mucho cuidado.

—¡Estás loca! —gritó Andrés, enojado, mientras la agarraba del brazo.

Ella abrió los ojos y lo miró. Estaba a punto de gritarle que dejara de ser tan estúpido, pero se contenía.

—No mereces esto —dijo él.

Ella sonrió.

—Tú tampoco.

Andrés se quedó en silencio. Era justo lo que Carolina quería, que se diera cuenta del error que iba a cometer. Una lágrima salió de sus ojos. Ella se quedó observándolo, casi con lástima.

—Perdón por hacerte pasar por todo esto... No era mi intención.

—No digas nada —interrumpió ella, y le extendió la mano.

—Vámonos de aquí, hace mucho frío—.

Hubo un leve silencio. Andrés observaba la mano de Carolina, luego reaccionó y la agarró. Se levantaron con mucho cuidado y bajaron del muro. ■





# La ruana de mi abuelo



**LAURA LUCÍA RODRÍGUEZ PEÑA**  
**CALI**

Yo nací en Cali, Valle del Cauca. Pero fue en las montañas de Sevilla donde mediante ideas, letras y fantasía decidí escribir acerca de mi gran inspiración y fortaleza: mi familia. Quiero

agradecer al Concurso por esta maravillosa experiencia.

**Pontificia Universidad  
Javeriana, Cali, Valle del Cauca.**

# La ruana de mi abuelo

LAURA LUCÍA RODRÍGUEZ PEÑA

**L**a ventana de mi cuarto se abrió de par en par, dejando entrar un frío aterrador que me estremeció. Todavía era temprano. Escuché a mi papá salir a trabajar por la puerta. Un olor inconfundible invadió la habitación, el de chocolate recién preparado por mi mamá. Me levanté, cerré la ventana, abrí el baúl grande de la sala y saqué la ruana que había sido de mi abuelo. Era perfecta, no dejaba entrar el frío, era tan grande que dejaba arrastrando una parte de ella.

Me senté en el sofá de la sala. Mi mamá, como siempre, había sentido mi presencia desde que me paré de la cama. Cuando vio que estaba en el sofá, sirvió dos tazas de chocolate con queso. Me acomodé y no perdí de vista el chocolate, hasta que estuvo en mis manos.

Mi mamá se rio y se sentó a mi lado. Nos volteamos de tal forma que quedamos de frente. Me miró y me dijo:

—Te voy a contar una historia: tu abuelo usaba esa ruana casi a diario, no recuerdo muy bien cómo la consiguió, pero no olvido el día que llegó con ella a la casa. Venía de un viaje largo, y nos trajo a tus tíos y a mí un regalo, una carpa muy grande en la que cabíamos todos. —Tomó un sorbo de chocolate y siguió—: Ese fin de sema-

na fuimos todos a la finca paterna, donde estaba mi tío Jesús con todos nuestros primos. A mí me encantaba esa finca, en especial porque tenía sótano y era el lugar perfecto para esconderme cuando jugábamos escondite. Ese día, mi padre me explicó que el sótano era para cuando venían los “pájaros” en la guerra bipartidista, y allí era donde se escondían de ellos. Menos mal y no se usaba para eso. Otra cosa de la que me acuerdo era cuando al despertarnos, muy temprano, la abuelita Teresa nos tenía preparadas arepas en forma de animalitos, como perros, patos, etc.

“Con el tiempo vimos a mi padre envejecer, y siempre que se sentaba a ver televisión no le podía faltar su ruana para mantenerse caliente. Cuando mi hermana teresa creció, se fue a estudiar a México, y así cada uno de los hijos nos fuimos a estudiar a la universidad. Entonces mi mamá y mi papá se quedaron aquí en Sevilla. Tiempo después llegó Teresa con la primera nieta para tus abuelos: Karen. Era una bebé hermosa, pequeñita, que parecía una muñeca. Sin embargo, tu tía Teresa tuvo que partir de nuevo, y dejó a Karen en la casa de los abuelos. Ellos, fascinados, la “chocholeaban” sin parar, tanto que Karen nunca se podía quedar dormida hasta que el abuelo viniera y la arrullara con su ruana”.

Entonces a mi mamá se le vinieron unas lágrimas, pero las ahogó tomándose el chocolate que le quedaba, que ya para entonces estaba frío. Yo, que ya había terminado el mío, la abracé, y ambas oímos la ruana que combinaba el olor a café, a campo y a madera del baúl en donde estaba guardada.

Mi mamá siempre había sido muy apegada a él, y su muerte, a pesar del tiempo, aún era muy dura para ella.

En ese momento alguien golpeó la puerta. Me levante a abrir y me encontré con Karen, muy cambiada. Saludó eufóricamente. Iba a empezar a contar muchas cosas de su carrera universitaria hasta

que vio la ruana, se conmovió y empezó a recordar lo que le habían contado, cómo el abuelo le había enseñado a caminar y la llevaba al colegio. Conversamos un rato, hasta que decidimos almorzar.

Después de comer un delicioso plato de fríjoles hay que reposar porque uno queda más que satisfecho, así que nos sentamos en la sala. Tocaron a la puerta. Sabíamos que era mi tía Teresa. Ella nos saludó, y mientras entraba a la casa nos contó de sus nuevos tejidos, pero cuando entró a la sala y vio la ruana, suspiró y nos dijo:

—Aquí está “la ruana”. Me acuerdo cómo la llevaba mi papá todos los días, a pesar del sol ardiente de algunas tardes. Él siempre decía: “Porque de pronto cuando regrese está lloviendo”. Esta ruana hermosa, que al principio era de color blanco, con cuadros, y que con el tiempo adquirió un color beige, como el que tiene ahora. También recuerdo una vez que le compré una chaqueta de las que estaban de moda en esa época, para que la alternara con la ruana, pero sólo la usó una o dos veces. La ruana, en cambio, siempre fue su prenda preferida. Algunas tardes aprovechaba para ponérsela, con su sombrero, y se iba para el café Vesubio. Era algo típico ver en esos días de neblina un paisaje lleno de señores con ruanas y sombreros.

Mi tía, que había estado viendo la ruana por un largo rato, detallando sus costuras y todos los detalles, volteó la cabeza y miró a mi mamá como con gesto de nostalgia. Mi mamá se levantó y nos apresuró para que estuviéramos listas a tiempo, en especial porque la puntualidad no es algo típico de nuestra familia.

Todas nos paramos; cada una fue a un lugar diferente de la casa. Nos alistamos. Cuando eran las 4:45 salimos rumbo a la iglesia San Luis Gonzaga, a la misa de mi abuelo, que ya cumplía tres años de haber fallecido. Allí estaban mi papá, los tíos, los primos y muchos otros.

Al terminar la misa todos se reunieron en mi casa, tomaron café, y cada uno, al ver la ruana en la sala, iba contando una anécdota diferente. En un instante todos nos quedamos en silencio y sentimos la presencia de mi abuelo, el olor de cuando cruzaba la puerta con la ruana puesta. En ese momento noté que la ruana no estaba donde la había dejado. Fui a mi cuarto y vi a Karen acurrucada con la ruana, como si el abuelo la estuviera arrullando igual que cuando era bebé. Todos fueron a ver, y les dio un poco de nostalgia. Era como si pudiéramos verlo acostado frente a ella.

A la mañana siguiente, las calles estaban llenas de neblina, pero a diferencia de antes la gente ya no se cubría con ruanas de lana, sino que todos tenían chaquetas. Yo era la única que tenía puesta la ruana de mi abuelo. ■





453444

# Revelación genética



**MARÍA JOSÉ RESTREPO BUITRAGO**  
**ARMENÍA**

Nací el 22 de septiembre de 1995. Amante de la música, los libros, el baloncesto, los animales y los paisajes del Quindío. Me ha gustado escribir desde que empecé a leer. Encontré en las letras una forma de crear mundos distintos, donde todo lo que yo quiero puede ser real. Encontré la forma fascinante de describir un beso sin decir que lo es, y que, quién lo lea, quede atrapado por las letras y pueda percibir

las sensaciones que intento transmitir. ¡Esto es magia para mí! Tuve la fortuna de compartir con buenos lectores y de escuchar opiniones respecto a mis escritos, ir corrigiendo, leyendo y aprendiendo más y más. El reconocimiento obtenido en el Concurso es una motivación, una razón para continuar escribiendo.

**Grado once, Colegio San José (Circasia), Armenia, Quindío.**

# Revelación genética

MARIA JOSÉ RESTREPO BUITRAGO

**T**oc, toc, toc, los nudillos golpeando el acero, como el sonido del viejo tambor que mi papá toca en días de nostalgia. Ésa era la señal de que a mi primo, Martín Weisz, ya le quedaba poco aire. De inmediato fui al viejo escritorio que le perteneciera a mi familia, desde mi tatarabuelo, y saqué el papel en que estaba el nuevo código de seis dígitos para abrir la caja fuerte. Mi hermana, Martín y yo hacíamos esto una y otra vez, en intervalos exactos. Era un reto más allá del juego, pues tratar de emular a nuestro tatarabuelo, Erich Weisz, conocido en el mundo de la magia y el escapismo como Harry Houdini, era nuestro sueño secreto...

Conocimos sus hazañas de escapismo porque nuestros padres siempre alardeaban de ellas en toda ocasión. El tatarabuelo Houdini, entonces, se fue convirtiendo para Martín, mi hermana Gladys y yo en una obsesión... No obstante, al llegar los tres a los doce años —pues debo aclarar que somos contemporáneos—, nuestros padres empezaron a ocultar todo rastro del tatarabuelo, no se nos permitía preguntar nada, y ocultaron las maravillas que nos habían sido reveladas. De hecho, los tres hicimos un pacto, y no renunciamos a todo aquello que nos mantuviera atados a Houdini. Por supuesto, nuestros padres lo han ignorado en varios años, piensan

que lo hemos olvidado. Tenemos fotos, reportajes de prensa y algunas prendas de vestir; con todo esto nos disfrazamos, le hemos levantado un altar e impostamos ser él. Suponemos también que en este inmenso caserón, fruto de su herencia, debe haber más elementos que nos acerquen a él.

Al salir de la caja fuerte, Martín infló su pecho con una bocanada de aire y sonrió, pues se había desatado de manos y pies totalmente en menos segundos que la última vez, lo cual era un reto para mí, porque siempre marcaba la diferencia ganándoles. Esa rutina nos hacía reír a carcajadas, sin explicación alguna. En mi caso, era como si no fuera yo. La verdad, no tenía una explicación satisfactoria para ellos, por soltarme cada vez en menos tiempo. En lo que sí coincidíamos era en que meternos en la caja fuerte, heredada también de Houdini, y sentir un poco de ahogo, era uno de nuestros juegos preferidos. Recuerdo que cuando decidimos iniciar estos escapes lo hacíamos todos los días, pero luego el estudio y el trabajo no nos lo han permitido con esa misma frecuencia, mas, aquí estamos de nuevo los tres, de manera inquebrantable. ¡Por fin ha llegado mi turno! La espera ha sido larga, y mi ansiedad por romper la estadística de Martín es mi aliciente.

Sonriendo, me he metido en la caja para simular serenidad. Pienso, como siempre, que voy corriendo por estos inmensos potreros, que me reconocen desde niño, en una escueta libertad. Esta vez son esposas las que atan mis tobillos. Puedo usar las manos... Ellos cierran la puerta. El espacio lo reconozco apenas, me parece más reducido ahora. He debido encorvarme para hacer las maniobras justas, los movimientos perfectos que me permitan soltarme de las esposas... Pero el espacio no es igual, no estoy logrando hacer la tarea con soltura... Ahora tengo las rodillas pegadas del pecho y la respiración se me dificulta, pues la temperatura ha subido

de manera inusual y me invade una nueva ola de calor. No soporto más... Es hora de salir, aunque no me haya soltado...

Toc, toc, toc. Les he dado mi señal... Ya deben abrirme... Pasan los segundos y nada... Esta sensación de encierro empieza a desesperarme. Puedo oír mi corazón... Y pareciera tener eco... El espacio me sigue, por alguna razón inexplicable, más reducido... Por mi frente empiezan a resbalar gotas de sudor. Mi respiración se agita con celeridad... Toco más fuerte: Toc, toc, toc... Nada... Abanico mi rostro con las manos y espero ganar un poco de aire... Estoy muriendo, y ellos ni se inmutan... El pánico y el sudor han hecho que limpie mis manos en mi camisa... ¡Oh! ¿Y este papel en mi bolsillo?... ¡Estoy perdido!... Es la clave...

Sin explicación alguna, logro abrir desde dentro la caja fuerte. Respiro profundo, aunque me siento atontado, como si acabara de despertar de la anestesia después de una larga operación... Siento mis manos más grandes, y en mis tobillos las esposas están abiertas. Martín y mi hermana tienen los ojos desorbitados, y aunque les sonrío, huyen despavoridos... Casi no logro tenerme en pie. Mi cuerpo está más pesado. Debo sostenerme de las paredes de este largo vestíbulo que da a una de las salas de recibo... Quizá Martín y Gladys estén allí... ¡Ah! El cuerpo me duele intensamente; ya casi llego, lo sé porque casi puedo tocar el espejo de cuerpo entero que linda con la sala, y al pararme frente a él, veo a Harry Houdini que me devuelve la mirada... ■





# Tal vez en un bus



**SANTIAGO EASTMOND HINCAPIÉ**  
**BOGOTÁ**

A mi familia, a mis amigos y a "Isabel". "Es común que en las noches de insomnio sea teóricamente más decidido que durante el día, en los hechos"  
Ernesto Sabato (El túnel).

**Economía, Universidad de los Andes, Bogotá, D.C.**

# Tal vez en un bus

SANTIAGO EASTMOND HINCAPIÉ

**D**ecidí montarme en un bus, tal vez porque era muy tarde y necesitaba llegar rápido a casa, o tal vez porque en realidad no tenía mucho dinero para gastar. De todas maneras, tomé uno muy pequeño, que me habían dicho me dejaría a sólo tres cuadras de mi casa. Subí, y en el pasillo me llevé la grata sorpresa de poder escoger el puesto donde quería sentarme. Tal vez no había muchas personas por las fiestas de fin de año, o tal vez, simplemente, a nadie le sirve esa ruta, y bueno, teniendo en cuenta que va hasta mi casa, es entendible.

Me dirigí hacia el fondo del pasillo, buscando tener un asiento cerca de la puerta de salida. Pasé unas filas y me senté en la silla que daba hacia el pasillo, evitando que tal vez cualquier persona pudiera aplastarme contra la ventana, o peor aún, me cerrara el paso al momento de salir sin antes haber intentado entablar una larga conversación acerca del clima bogotano o el horrible tráfico de la ciudad.

Esperando sin ansias el trayecto que aun faltaba, me di cuenta de que en realidad sólo habíamos dos personas en el bus. Diagonal a mí estaba sentada ella, en la silla que daba hacia el pasillo. Tal vez fue precavida, al igual que yo, y pensó en todos los posibles beneficios de ese lugar, o tal vez, simplemente, decidió sentarse ahí para escuchar de cerca el radio del conductor y olvidarse del viaje que la esperaba.

Era muy bella, joven, de mi edad, creo. Tal vez su nombre era Martina, o Sofía, o tal vez se llamaba Isabel. Sí, la verdad, tenía más cara de Isabel.

Isabel tenía la piel muy blanca. No era pálida, ni parecía enferma, simplemente su piel era así, casi perfecta. Tal vez Isabel era de esas mujeres que se preocupaba mucho por cuidarla, y utilizaba muchas cremas. Siempre odié las cremas, y no porque piense que no las necesito, sino porque me recuerdan la terrible sensación de untarme con la mermelada del desayuno. Por otro lado, tal vez Isabel no utilizaba nada, tal vez, por regalo de Dios, obtuvo una piel que jamás necesitaría mantenimiento.

Isabel tenía el pelo largo y liso. Era un pelo realmente negro, de esos que parecen reflejar la luz cuando el sol les da directo. Era de noche, tal vez la noche lo hacía más negro, pero yo seguía imaginando cómo sería su pelo al sol, cómo sería ella al sol. Tal vez su pelo olía rico, porque tal vez, al igual que su piel, cuidaba mucho de él. Siempre he pensado que una mujer debe oler bien todo el tiempo. Su ropa, su cuerpo, su pelo, olores que en realidad las identifiquen. Para mí, Isabel debe oler muy bien, no un olor perceptible a metros, pero sí un olor imposible de olvidar. Sí, así debe oler Isabel.

Fue difícil para mí porque ella volteaba su cabeza en raras ocasiones para mirar su zapato, o el piso sucio del pasillo. Fue difícil, pero después de varios intentos logré ver sus ojos. Ella jamás me vio, pero yo sí pude ver sus grandes y cansados ojos, esperando impacientes que el trayecto terminara. Tenía ojos color café claro, color miel. Color “miel”, diría mi mamá en uno de sus chistes al tratar de describir los ojos de mi abuelo, que eran iguales a los de Isabel. Aunque repetía el mismo comentario, siempre me produjo risa por el hecho de escuchar a mi mamá decir una grosería a medias. Los ojos de Isabel eran profundos, miraban con cansancio pero

con ternura, con inocencia. Eran ojos curiosos, llenos de amor y de paciencia.

En un momento, se agachó para tomar su maleta, la abrió y sacó una libreta y unas gafas. Al abrir la libreta parecía estar llena de anotaciones, tal vez nombres o direcciones de sus amigos y familia. Tal vez Isabel tenía mala memoria, como yo, y necesitaba de su agenda para recordar pequeños detalles y cosas sin importancia. De repente se puso sus gafas con marco rosado, leyó algunas cosas que había escrito en páginas anteriores y, con un esfero muy mordido en la parte de atrás, escribió algo en la página en blanco que seguía. Tal vez escribió el nombre de alguien, tal vez un recordatorio para comprar más cremas, o shampoo, o tal vez la hora de su cita con su odontólogo o su amante.

Isabel se veía bien con gafas. Resaltaban sus ojos color miel. Tal vez le gustaba leer, como a mí. Es una suposición realmente estúpida pensar que a todas las personas que tienen gafas les gusta leer, pero tal vez a Isabel sí le gustaba, y lo disfrutaba más tomando café, como yo. Jorge Luis Borges un día dijo: “Que otros se jacten de las páginas que han escrito; a mí me enorgullecen las que he leído”. Para mí fue siempre una gran frase, y fue fácil sentirme identificado con ella. A pesar de jamás haber escrito algo (hasta ahora, al parecer) siempre me sentí orgulloso de todas las páginas que leí. También, a pesar de ser un dato tonto, me siento igualmente orgulloso de haberlas leído todas sin necesidad de gafas, algo que demuestra que no son necesarias para todos los lectores. Claro que a Isabel se le veían muy bien.

Pensándolo bien, tal vez a Isabel no le gustaba el café, pero podría tomarse un té o un chocolate mientras leía. Yo podría prepararle lo que le gustara. A pesar de que mi mamá no me dio muchas oportunidades de cocinar, sí me enseñó a preparar cosas como

huevo, chocolate, arroz, y claro, a servir bien el cereal. Siempre dije que sabía lo necesario para sobrevivir en la cocina, y en realidad lo sabía, por lo menos lo necesario para preparar lo que le gustara a Isabel cuando fuera a leer en la sala, o tal vez en la cama.

Al guardar de nuevo en su maleta la agenda y las gafas, noté lo impaciente que estaba al darse cuenta que el tiempo avanzaba muy lento. Tal vez Isabel estaba cansada y necesitaba con urgencia una ducha. Tal vez alguien la esperaba y quería llegar a verlo. Nunca quise pensar en otra compañía que en un gato. No quería pensar que la esperaba otra persona. Simplemente tenía afán porque su gato Ramón la esperaba con ansias en casa. Tal vez tenía afán porque se había acabado su comida, y podría estar muriendo de hambre el pobre animal. Siempre me han encantado los gatos, y por eso esperaba que Isabel estuviera impaciente por culpa del suyo. En realidad, me hubiera gustado acompañarla y decirle que todo iba a estar bien. Me hubiera gustado abrazarla. Realmente pensé en lo que me hubiera gustado que un día Ramón se acostara plácido y durmiera sobre nuestros pies, los pies de Isabel y los míos.

Era realmente extraño, pero tal vez sentía la necesidad de estar con ella, de comprar sus cremas, de comprar su shampoo. Tal vez sentía la necesidad de escucharla mientras me hablaba. Tal vez sentía la necesidad de preparar café, té o chocolate para ella cuando quisiera leer con sus gafas de marco rosado que resaltaban su inocencia. Tal vez, y sólo tal vez, necesitaba tener una desesperada pero profunda esperanza de que en algún momento mi supuesta Isabel voltearía su cabeza por un segundo y, con su mirada color miel puesta sobre mí, me entendería también. ■



# Tic toc



## SEBASTIÁN GIL TAMAYO PEREIRA

Nací en Pereira y he vivido en Dosquebradas mis 16 años de vida. Actualmente estudio medicina en la Universidad Tecnológica de Pereira. La pasión por la escritura de este amante de los libros ha sido constante desde sexto grado. Fueron tres días y tres noches en medio del striptease invertido de Vargas Llosa y en la búsqueda del lector in fabula de Eco, un fin de semana apurado y estrepitoso

como los sucesos del personaje, dándole vida a "Tic toc".

Agradezco a quienes formaron parte del proceso creativo: Damaris Echeverri, John Fredy Ramírez y Mauricio Suárez, y sin duda, agradezco también a mi familia, por su notable apoyo, y especialmente a mis padres, por darme la educación que ahora empieza a dar frutos.

**Grado once, Colegio San Juan Bosco, Pereira, Risaralda.**

# Tic toc

SEBASTIÁN GIL TAMAYO

**I**mpulsada por la alarma mal coordinada, y animada por la lluvia, la noche se prolongó y dio lugar a una estrepitosa carrera con su agitada culminación.

Baja las escaleras apresuradamente. Revisa de nuevo su portafolio, asegurándose de que éste contenga lo necesario para llevar a cabo las diligencias del día. Se da cuenta de que varios documentos se encuentran en su auto.

Sale de casa mientras termina de organizarse. Camina mirando al suelo, observando las grietas en el pavimento y el musgo creciendo en ellas. Recuerda la humedad característica de las construcciones aledañas a su antiguo hogar. Observa el reloj, y tropieza por ello. Sigue caminando. Evita el contacto visual y habla consigo mismo en voz baja, se prepara para la que será la reunión más importante de su vida.

Se hace tarde, y así como aborrece esperar, odia ser la razón de la tardanza. Acelera el paso, se ve obligado a ver la cara de los demás transeúntes al acercarse a una de las principales autopistas de la ciudad. El sol lo molesta. Pierde la concentración debido al ruido característico del centro de la capital. Frunce el ceño y se endereza.

Se burla con discreción al ver a tres personas discutir ávidamente el titular de un periódico amarillista. “No descansaría en paz”, piensa, “si por una muerte trágica termino apareciendo en ese tipo de publicaciones sensacionalistas”.

Acostumbrado a ver los defectos en todo, detecta las imprudencias de los conductores, los graves atropellos a la lengua en la forma de hablar de quienes se encuentran cerca, se molesta al ver los titulares de noticias políticas en los puestos de comerciantes informales, e incluso señala lo poco práctico que es guardar su auto en un parqueadero lejano a su domicilio, especialmente cuando la urgencia lo requiere de inmediato.

Se resigna. En tal ambiente no es posible recuperar la concentración que busca desde hace unos minutos. Tiene un *déjà vu* al ver caer a una joven de su bicicleta. Completa su “visión” cuando cree observar un búho en un árbol del parque por el que transita.

Siente un extraño afán que lo hace acelerar el paso una vez más. Tiene un mal presentimiento, y el tic tac del reloj empieza a agobiarlo, parece que no llegará a tiempo.

Su cuerpo celebra el tropezón por el que pasa cuando un desnivel en el asfalto fuerza un receso. Revisa su traje, acomoda su corbata y, tras irritarse un poco, sigue caminando. Semejantes pequeñas no arruinarán su día.

Un perro callejero, un mendigo, varios vendedores ambulantes, un restaurante reconocido por sus exquisitos platos y una cantidad considerable de autos es lo que le presenta la ciudad. “¿Qué mejor imagen”, se pregunta sarcásticamente, “puede haber de esta sociedad? ¿Es esta escena, tan sutil pero a la vez tan obvia, la obra de algún artista?”. Conociendo la decepcionante respuesta, resuelve ignorar la situación y seguir su camino.

Tic tac, tic tac. El sonido de las manecillas del reloj se hace evidente. La gota de sudor deslizándose por su frente indica la presencia definitiva del estrés y el cansancio.

Tic tac, tic tac. Cae el primer rayo. La que prometía ser una cálida tarde se torna fría y gris.

Tic tac, tic tac. Pareciera que el reloj aumenta su frecuencia. El empuje de las piernas se vuelve casi involuntario, siente un impulso proveído por una fuerza misteriosa. Los músculos de los muslos empiezan a pasar factura a quien perdió el control de los mismos.

Tic tac, tic tac. Ya no camina; ahora trota. Ya no hay sólo frío, también hay lluvia.

Tic tac, tic tac. Su portafolio se vuelve un estorbo; su común movimiento, una carrera; su preocupación, acuciante.

Tic tac, tic tac. A pesar de los contratiempos, parece que lo va a lograr. “¿Valdrán la pena tantos apuros?”

Tic tac, tic tac. Una cuadra y un cruce lo separan del encuentro con su auto. Ahora corre. Se olvida de todo. Llegar a tiempo es su objetivo. La nublada vista y el mojado suelo no son más que triviales e insignificantes obstáculos para él.

Tic tac, tic tac. Nunca más que ahora el tiempo vale oro. Planea ahorrar hasta la más mínima porción posible de éste.

Tic tac, tic tac. Se vuelve hereje. No presta atención a las señales de tránsito, ni al movimiento de los brazos de las personas que se encuentran a su alrededor, ni a los carros que, pasando por encima de los charcos, castigan a quienes se encuentran cerca.

Tic tac, tic tac. Se apura al cruzar. Ignora las luces y el ensordecedor sonido del claxon del auto que marcó el final de su trayecto. Su sino fue como las gotas de lluvia, repentinas, aceleradas y de trágico final.

Aun cuando el tic tac ya no es un problema, aun con la perturbadora imagen transparente de sí mismo, y sorprendido por la irónica ausencia de Caronte, que indica su anunciado destino después de su vertiginosa carrera, su primera reflexión sigue la misma línea de la naturaleza de su actual existencia, y es característica de su personalidad. Con valentía y cierto cinismo se dice a sí mismo: “Debí haber utilizado el puente peatonal”. ■





# Eran truenos y sería lluvia



**RAÚL LAVERDE YEPES**  
**BOGOTÁ**

Nací el 20 de marzo de 1996. Toda mi vida, tranquila y sin mayores preocupaciones, la he vivido en la ciudad de Bogotá, la cual concibo como ese paraíso urbano que florece en medio de la calidad cosmopolita y los problemas que siempre aquejan a las grandes metrópolis. De esa manera también concibo a

Colombia, como una nación que se mantiene entre la felicidad y la violencia. Allí nace mi cuento, en cualquier pueblo remoto de un país con una realidad particular como cualquiera, pero particularmente nuestra.

**Grado once, Liceo Navarra,  
Bogotá, D.C.**

# Eran truenos y sería lluvia

RAÚL LAVERDE YEPES

**E**ran truenos. Tenía la esperanza de que lo fueran. Cerré los ojos con fuerza, como pensando que en cualquier momento despertaría. Pero no lo hacía, no era una pesadilla. Me levanté de la cama y miré el cielo en busca de los truenos. Sólo encontré un cielo despejado, con un infierno bajo él. Sólo pensaba en ella, en ir a abrazarla, en escapar juntos, en irnos lejos, donde ya no hubiera truenos a medianoche. Y sólo pensaba en ella, y sólo la vi a ella en medio de los gritos: bella, triste y pálida. Y miré el cielo, y estaba despejado, y soñé que fueran truenos, y desperté y me di cuenta de que los truenos no salen de un cañón.

El ataque duró doce horas. La policía resistió hasta la tercera. De un segundo a otro todo fue gritos, todo lágrimas, todo balas que rompían el aire y el silencio. Nada quedó en pie. La comandancia de Policía fue la primera en caer. Tenía que ser la primera en caer. Sacaron a los policías, uno a uno, mientras el fuego empezaba a consumir los primeros barrios. Los colocaron en línea, en medio de la plaza. Lo siguiente fueron cuarenta tiros de gracia que retumbaron uno a uno en la historia del pueblo. Tiros de gracia que significaban el fin de la paz y el comienzo de un infierno: el comienzo de un pueblo que se quedaba sin ley. Todo lo veía con

ella en mis brazos, con sus últimas palabras, con todos los edificios y casas y todo el mundo derrumbándose sobre sí al unísono de su último suspiro. Lloré, lloré como nunca lo había hecho, y la abracé como siempre quise hacerlo. Como nunca lo volvería a hacer.

La enterramos al día siguiente. Más bien, los enterramos al día siguiente. Nunca vi tanta tierra removida ni tantas palas en movimiento. Todos éramos lágrimas, y todos llorábamos en silencio, todas las torres se derrumbaban mientras dábamos el último adiós a nuestros seres queridos. Y ella estaba ahí: no estaba sola, no era la única víctima, pero era mi víctima, era la dueña de aquellos ojos cafés que llevaría siempre conmigo. En aquel momento pensé en irme, y me di cuenta de que ya no podría hacerlo.

De un día para otro nos consumieron. Se agolparon en cada esquina y se adueñaron de cada hectárea de tierra existente en esos parajes. Se adueñaron de los caminos, de las salidas, del mundo, y sólo nos regalaron nuestro pueblo para vivir: para empezar a morir. Y nunca nadie vino. Aquellos que nos habían regalado el almuerzo en la fecha electoral no aparecieron, y el alcalde nunca se pronunció. Él sí se fue. Él sí tuvo el dinero que lo sacara del infierno.

De ahí para adelante la vida seguía normal, pero ya nada era igual. Era normal ver a las muchachas llorando con sus pantalones blancos y sus manchas rojas. Era común ver muertos en cada esquina. Hasta las campanas sonaron por última vez. Porque es que había quienes no soportaban la situación. Y entre ellos estaba el padre Jorge. Él siguió con sus misas y sus indirectas hacia ellos. Muchos lo soportaban porque el fusil no quita la fe, y el respeto por Dios seguía presente. Un día nos dimos cuenta de que Dios nos había abandonado. Las campanas empezaron a sonar desde temprano. Un hombre cerró la entrada de la iglesia. Durante días las campanas sonaron, y nadie daba cuenta del padre. De un mo-

mento a otro pararon. Un minuto después se escuchó un disparo. Murió cansado. Murió en la casa de Dios. El general había matado al Señor. Las campanas sonaron por muchos días; el sol lo haría por mucho más.

La sequía empezó a alargarse más de lo normal. Todo empezó a escasear. Por un momento se vieron ante algo sobre lo que no tenían control, algo a lo que no le podían disparar. La situación empezaba a complicarse, y ellos se empezaron a desesperar, se volvieron más irritables de lo normal. Lo que no corría en agua de lluvia corría en sangre inocente. Empezaron a irse. Empezaron a matarse entre ellos. Los desertores caían muertos a pocos metros de la última frontera. Los amigos se mataban entre sí. Una vez vi a uno que tuvo que fusilar a su propio hermano. La violencia era tan sádica que él había sido el encargado de esa ejecución. Sin embargo, no duró mucho. Esa misma noche aprendió a utilizar el fusil en sentido contrario.

Días después, el día llegó: el agua se había extinguido. No había una sola gota de agua en todo el pueblo. Me senté en mi silla mecedora y decidí que esperararía la muerte, que la falta de agua y alimento terminarían por matarme. Diez minutos después empezó a llover. No lo creía. Decidí que ni siquiera intentaría despertarme porque no valía la pena salir de aquel sueño. Salí a la calle y abrí la boca en busca de una gota de agua que me devolviera la vida, la misma gota que todos buscaban, la gota que la esperanza necesitaba. Y la gota cayó en mi lengua. Y era tan deliciosa como una gota de mar. Era, en efecto, una gota de mar. Tomé otras en mis manos, y las probé, y me di cuenta de que Dios no había muerto, sino que jugaba con nosotros como muñecos de trapo. Era agua salada. Ni una sola gota de agua dulce. No lo podía creer, no entendía cómo caía agua salada del cielo. Nadie lo entendía.

En aquel momento todos maldijimos todo, maldijimos a Dios, los maldijimos a ellos, que sólo habían traído desgracia al pueblo. Las ancianas decían que era castigo por la muerte del padre Jorge. Muchos de ellos lloraban, se culpaban, mientras el general no sabía qué hacer, no sabía a dónde apuntar el fusil. La desesperanza nos consumió por un segundo. El pueblo se derrumbaba mientras del cielo caía maldita agua salada. Ellos también la probaron. También hubo tiros al aire, maldiciones, hombres arrodillados con escupularios en las manos. Hombres con las bocas al cielo. La lluvia se hizo torrencial, y el pueblo empezaba a encharcarse de agua de mar. Dios había creado el cielo como una bóveda de agua salada, hoy la abría para nosotros. Para nosotros y para ellos.

Después de varios días, la lluvia no paraba, y no paró. La desesperación empezaba a consumirnos. Algunos intentaron escapar y desertar, pero los que no morían por balas en la espalda caían bajo los derrumbes de tierra en todos los caminos. Dios nos había encerrado en un maldito pueblo que se ahogaba en agua salada. Del cielo caía tanta agua, y estábamos tan sedientos. La lección no se hizo esperar: muchos de ellos cayeron en tal desesperación que abrieron sus bocas al cielo; tras consumir mucha agua morían intoxicados y deshidratados. Tantos eran aquellos que morían así que allí lo entendí todo.

Entendí que aquel día moriría, o mañana, o cualquier día de estos. Eso ya no importaba. Afuera el mundo se deshacía en lluvia, y los disparos suicidas empezaban a sonar a lo lejos. Si cuarenta tiros marcaron al pueblo, estos doscientos más vengarían un poco a nuestros muertos. El pueblo acabaría allí, sediento y mojado.

En aquel momento me di cuenta de que Dios me sonreía, que Dios es tan justo como malvado y sarcástico. En aquel momento me di cuenta de que Dios también la había amado. ■



# Sangre en la arena



**ALEJANDRO NIETO PÉREZ**  
**CAJAMARCA**

Nací el 25 de noviembre de 1995. Mi vida gira en torno a la pasión que siento por los caballos, la pintura, la escritura y la música. Considero que la vida y la integridad de un animal son tan importantes como la de un ser humano y de allí nace mi cuento, una manera distinta de sentar protesta contra su abuso,

enfocando mi escrito hacia las corridas de toros. Se trata de darle voz a quienes no la tienen, se trata de cambiar mentes, todo por medio de lo que escribes.

**Grado once, Institución Educativa Técnica Nuestra Señora del Rosario, Cajamarca, Tolima.**

# Sangre en la arena

ALEJANDRO NIETO PÉREZ

**E**stoy aquí, vacío en mi oscuridad, en este cuarto frío y lóbrego como la sala de espera antes de salir hacia el final, el final de una vida sin vida, de una paradójica preparación para la muerte... Todo gracias a aquellos seres oscuros que han marcado trascendentalmente mi principio y ahora mi final. Por ellos estoy aquí, pues es difícil olvidar que el hombre, sin derecho, nos ha declarado malditos, ha decidido, sin permiso de Dios, que naciósemos para morir lentamente en un ruedo, atravesados por el filo de una espada, empapados en nuestra propia sangre; tal vez por eso ninguno de nosotros ha visto la vida como un preciado tesoro, sólo como un crudo martirio.

Se escuchan trompetas y redoblantes. El furor de la papayera anuncia el inicio de nuestra desdicha.

Luego llega a mí aquella absurda y burlesca palabra: “¡Ole!”, en la que celebran cada exitosa humillación del torero, o mejor, del asesino cobarde que en verdad es. La pureza del aire se contamina con el hedor de la sangre de aquellos que han salido al ruedo antes que yo. Mi tiempo desciende, cual reloj de arena, mientras un silencio fantasmal cubre la plaza. Tal vez una espada se prepara para cumplir con su fatídica función... Nuevamente la alegría estalla. Es la noticia

del fin de una vida infeliz, pero hipotéticamente la muerte es un descanso seguro para él, como para cada uno de nosotros es aun preferible ser cubierto con su indeseable velo que sufrir un padecimiento lento y torturante, además de humillante, que desgarrar con horror la imponente alma de un toro. Dos más repiten la anterior tortura. Un inexplicable sentimiento me susurra al oído que sigo yo, soy el sexto y último toro de la tarde. Mi respiración se acelera. El latido de mi corazón me ensordece. Cada minúsculo sonido retumba en mis orejas. Mi puerta sube... Todas mis memorias se condensan en un solo instante. Es ahora... y nada más. Todo sucede lentamente. Mis pasos estremecen la arena mientras la luz calcina mis ojos.

Salgo... El bullicio de la gente estalla. El furor llega a su máximo nivel. Todo es tal cual un coliseo romano. Mis impulsos se vuelven incontrolables al ver que me encuentro sin salida. Sólo intento acabar con lo que se me cruce, pero el malvado ingenio de los humanos es un arma difícil de vencer, pues allí, refugiados tras las tablas, se encuentran los antagonistas de mi historia, aquella que se acerca cada vez más rápido a su final.

Al fin veo, frente a frente, a mi más grande enemigo, el tan mal llamado maestro. Pisa el ruedo, vestido de lentejuelas y maldad, presentándose airoso ante un público rebosado de ceguera e ignorancia. Prepara el capote tentando mis más oscuras fuerzas, y aún con el dolor de mi cuerpo siento estallar todos mis instintos. Me lanzo enfocado sólo en una cosa: matar... Pero burla mi ataque, dejándome desconcertado ante los giros del capote. “¡Ole!”, se escucha en las barreras. Me dispondré a caer más en su engaño. Muestra el capote nuevamente. No pierdo pista al atacar. Me lanzo sin disposición a ser burlado y embisto, pero sólo rasgo su absurdo traje. Sólo un roce insignificante que dio cuenta al “torero” de lo que estoy dispuesto a hacer.

Regresa el cobarde, ignorando lo que para él tengo preparado. Ya nada importa, si el destino está escrito, entonces moriré, no sin antes haberme vengado, y aunque la venganza no es precisamente la mejor salida, si se le ve desde el lado en que estoy parado no cabrá duda de lo placentera que es. Me muestra el capote, invitándome hacia él. Ataco sin perder mi punto de concentración. En mi sangre se acumulan burbujas que hierven de furor. Creyendo que seguiré el capote, continúa ingenuamente, y con mis recuerdos, fuerza y dolor confluidos en uno solo, hundo mis cuernos en el pecho del falso maestro que tanto odio. Imagino lo que siente, porque yo ya lo siento. Cae al suelo, sumergiéndose en un mundo completamente distinto, mientras la sangre, ahora de él, baña la arena. Todos corren en su ayuda, pero ya muerto llena de silencio toda la plaza.

Me encuentro colmado de satisfacción. He saciado mi sed de venganza, de justicia, pero aun así no me siento como creí. Cuando ya lo hecho está, me doy cuenta de que su muerte no es el seguro de mi vida, pero por lo menos ya no moriré con tanto veneno dentro de mí. Mi fuerza se agota mientras la tarde se aleja, y ahora que ya no queda nada, espero resignado el rumbo de mi vida. Contradictoriamente, mientras mi muerte va a llenar de júbilo y triunfo a toda la plaza, la muerte de un torero la cubre con un manto oscuro. Será que es porque consideran que un asesino tiene más derecho a vivir que alguien que lucha puñalada a puñalada por aferrarse a la vida.

Lamentablemente esto no termina aquí, pues alguien más se encargará de terminar lo que el anterior dejó. Aunque quisiera reanudar mi venganza, mi alma y mi cuerpo no responden. Con el lobo bañado en sangre espero que todo acabe. El torero se acerca, temeroso con la muleta, pero tiene que insistir para que lo más recóndito de mí lo siga. Ahora caigo de rodillas, sin la fuerza sufi-

ciente para levantarme, pero de no sé dónde algo me ayuda a hacerlo. Al fin desenfunda la espada y apunta con frialdad. Unos pocos pañuelos blancos se elevan al viento pidiendo por mi perdón, aunque no haya cometido ningún pecado, pero muerte se paga con muerte, y el torero continúa.

Nuestras miradas se encuentran mientras él apunta decidido. Pareciera leer algo en mis ojos que al final ignora. Un sentimiento completamente indescriptible me llena. El silencio de la plaza es sobrecogedor. Ahora cada uno se lanza hacia el otro con un destino completamente distinto: la gloria, la humillación, la vida, la muerte...

Un fuego ardiente penetra mi interior quemando cada rincón de mi cuerpo. Mi alrededor se enmudece, y la luz se oscurece. Siento cómo me ahogo en mi propia sangre, que llena a borbotones mis pulmones, saliendo por mi boca. Caigo lentamente al suelo, escuchando cada vez más bajo aplausos y silbatinas. Rosas rojas caen en la arena mientras mis ojos se cierran para siempre, culminando al fin este suplicio. Veo por última vez la arena teñida de rojo, del rojo de la sangre, mi sangre... en la arena.

Una vuelta al ruedo. Mi verdugo sale en hombros por la puerta grande; yo, arrastrado hacia el desolladero. Cuán difícil es entender la complejidad de la mente humana, que germina puros y blancos pensamientos y en el camino se tiñe de maldad, de la maldad que sólo el mismísimo demonio puede otorgar, consumiendo todo a su paso, incluso a sí mismo. Pero yo ya carezco de vida, si es que la tuve, y ahora soy sólo un fantasma, de entre tantos que vagan buscando un lugar donde descansar. ■



# Inocentada



## LADY XIMENA ARIAS NIÑO CHARALÁ

Nací el 12 de diciembre de 1997 en Bucaramanga, Santander. He vivido en Charalá desde los nueve meses de vida. Todos mis años de estudio los he cursado en el Colegio José Antonio Galán. Pinto al óleo desde los siete años y tengo una gran imaginación, me gusta plasmar todo lo que veo en mis cuadros. Decidí escribir este cuento porque me gusta que algo simple sea muy grande. Disfruto el ambiente en que vivo. El Concurso me dio una gran oportunidad de plasmar mis

sueños en papel. Quiero invitar a todas las personas para que lean y escriban, esta puede ser una manera de ocupar el tiempo libre sanamente. Le agradezco al profesor de español, Miguel Lamus, por todo su apoyo y energía para poder sacar este proyecto adelante y a la vida esta oportunidad que me ha dado.

**Grado noveno, Colegio José Antonio Galán, Charalá, Santander.**

# Inocentada

LADY XIMENA ARIAS NIÑO

Los perjuicios de la moda se desvanecieron; son reinas y punto, felices con su obesidad marcada o con su esbelta figura de palmera; todas dispuestas a compartir su gracia en los grandes banquetes o en las humildes viandas.

No nacieron en palacio, ni en cuna de oro; brotaron en un campo abierto donde las refrescó el rocío de la mañana y las abrigó el sol de muchos días. En su prematura adolescencia les llegó la muerte cuando una tropa armada invade su reino, entrando por la sala de honor hasta las alcobas de las princesas. Sin guardia que las protegiera, las arrancaron de sus sillones y prepararon su salida. A las gorditas, en mallas apretujadas; a las esbeltas, ligadas por su cintura; todas en grandes batallones, sin formación definida.

En un ceremonial de embarque ultra-rápido son encerradas en cárceles rodantes que las llevarán a su destino incierto. No hablan, no ríen, no protestan mientras descienden asfixiadas desde la cumbre nevada de sus tronos hasta el valle ardiente. En cada plaza, en cada puerto, una anónima comitiva las recibe sin protocolos ni consideraciones; menos hay príncipes que ojeen sus encantos, pero todas, separadas de sus entrañables vínculos, como si llevaran un código de destino, arriban a mansiones, castillos, restaurantes y domicilios de barriadas varias.

Separadas de sus lazos de nobleza no tienen cabida en las alcobas, sino en la cocina. Unas doncellas, sin importar su estirpe, les irrespetan su cuerpo y la emprenden contra sus lujosos trajes; las desvisten, las fulminan con cortantes láminas, o las vuelven añicos para adobar sus gustos.

Lloran obligadas las cocineras por la partida de sus inocentes princesas víctimas. Celebran en el banquete desde el papa hasta el más humilde feligrés de la comarca. Y yo, la más sensible de las cocineras, pido a todos que se haga una gran fiesta, a ti, la cebolla, anónima reina de reinas de la cocina, portadora del gusto, animadora de platos, cuchillos, tenedores y ollas. ■



# 3

## CATEGORÍA

BOGOTÁ

JAIME ANDRÉS  
ÁLVAREZ PARDO  
El olor a muerte

159

MEDELLÍN

DIANA ISABEL  
DUQUE MUÑOZ  
De flores y olvido

153



BOGOTÁ  
MAURICIO ERNESTO  
QUICHE PARDO  
El otro color

141



BOGOTÁ  
CAMILO ANDRÉS  
MARTÍNEZ OSORIO  
Lester Young

147

## ESTUDIANTES DE EDUCACIÓN SUPERIOR

BARRANQUILLA

KATHERINE AGÜERA

RESTREPO

Fotografías

171

BOGOTÁ

ESTEFANÍA LEÓN ORTIZ

Mi izquierda

177

CHÍA

PAULA CAMILA

HERRERA GALEANO

Augusto

197



BARRANQUILLA

RAFAEL ARTURO PABÓN CORREA

Con el cambio en los bolsillos

165

SINCELEJO

LUIS ENRIQUE

LAMBIS BENÍTEZ

Maruja

191

BARRANQUILLA

DAVID LANCHEROS

DE LA CRUZ

Confites

183



# El otro color



**MAURICIO ERNESTO QUICHE PARDO**  
**BOGOTÁ**

A mi padre.

Todo lo que quise decir de este relato ya está en el mismo, o bajo su superficie.

**Medicina, Universidad  
Nacional de Colombia,  
Bogotá, D.C.**

# El otro color

MAURICIO ERNESTO QUICHE PARDO

**P**ara contar la historia, debo comenzar por mi historia, y podría contarla de otra manera, pero prefiero iniciar así.

Desde que era un niño, cada palabra, para mí, venía asociada a un color; en cualquier palabra y en todo sonido se me aparecían manchas de distintos pigmentos. Así, las noches eran aterradoras, con los sonidos de los grillos transformados en una lluvia de punticos verdes, y el canto ocasional del búho como una deformidad azulosa que se zarandeaba igual a una serpiente sin cabeza.

A los once años me diagnosticaron sinestesia, un desorden neurológico con nombre de figura literaria. Entonces todo fue más llevable. El ocre gastado del término ocaso, y el vino tinto lustroso en las notas del violín, ya no me hacían dudar de mi juicio. Incluso a veces, lector, me sentía hasta de buenas en la vida, porque a pesar de ser un ser humano normal tenía una especie de don, un regalo. En especial, cuando además de un color me llegaba un sabor, como el nombre Carolina, que caía en forma de un haz de luz roja y una ligera piquiña en el paladar, casi de fresa. Obviamente no siempre todo era bueno: el pito de un carro, por ejemplo, era un color similar al de la carne podrida cuando se seca al sol y a los gallinazos; los ruidos de vacas y la mención del Boro me encandi-

laban de un blanco rechinante; y discursos políticos o títulos de *best-sellers* me dejaban la visión nublada de un vómito multicolor, y el buche empalagado de algo parecido a lo que debe saber la mierda. La mayor parte del tiempo era una carga.

Me empecé a refugiarme en las bibliotecas no porque las vocales de Rimbaud me produjeran una empatía de bienestar por identificación, sino porque todos allí eran silenciosos, y si alguien molestaba, uno lo mandaba a callar. En una biblioteca conocí a Carolina. Esos lugares fueron importantes para mi vida, por eso estudié, para ser bibliotecólogo, y sufrí mucho. Recuerdo que tras leer a los modernistas pasé un día en cama, y el piso no dejaba de moverse.

Al llegar a la ciudad me alojé en el apartamento de una tía. Ahí conocí al viejo Job, portero en el edificio. Era también un campesino del Meta, de algún pueblito que comenzaba con “M”. De barba blanca y ojos cansados, hablaba casi nada, y en algunos días parecía un poeta ebrio e indigente que escapaba del frío del infierno.

Es importante decir que me agradaba porque el color de su silencio era muy bonito, porque el silencio es un sonido, y porque hay distintos tipos de éste: el silencio de velorio no es igual al de un ascensor; a su vez, esos no son nada parecidos al silencio tras el amor. Y aunque el silencio del viejo era un silencio agradable, con sus grisecitos bailarines, yo lo visitaba en la portería más por compasión. En el mundo hay personas que han sufrido tanto que se les puede ver desde fuera. Yo bajaba a fumar a eso de la una de la mañana, y él, desde su ruana, me miraba. Yo pensaba: “Uno no sabe lo que la gente tiene que pasar”; él pensaría algo como: “Ya viene a llenarme esto de colillas”.

Trabajaba por comida y techo. Dormía junto a la portería, en una covacha. Sus únicas posesiones eran unas cobijas donadas, una estampa de un santo y una foto de un bebé de brazos con una mu-

jer. Mi tía, de vez en cuando, casi lo mataba con bocaditos y postres caducados que no aceptaba botar y que él comía por necesidad.

La tarde de mayo en que Carolina me terminó, el mundo se me vino abajo. “Me estoy acostando con otro hombre”, me había dicho, y luego me acabó, retractándose: “Perdón, con un hombre de verdad”. El veneno en las palabras de una mujer que descubre una infidelidad puede ser muy efectivo. Sabía que aquellas frases eran una retaliación contra mí, y habían funcionado. Pero esa historia no importa, lo que importa es que esos días fueron duros, y para los sinestésicos la depresión puede aumentar la mezcla de percepciones sensoriales. Cada sonido, por mínimo que fuera, se sobreponía a mis ojos y se embutía en mi boca; estaba ciego entre matices y gustos desagradables.

Me alejé de todo para estar en paz. Sólo soportaba dos sonidos, la voz de una caleña cantante, en un bar de blues, y el silencio de Job, el celador. El viejo me caía bien. A veces pensaba que si él fuera mi padre no me molearía a palo. Discutíamos de futbol o jugábamos parques, eso era mi convalecencia. En noches de aguardientes platicábamos de damas. Aun así el viejo nunca habló de la familia. En la foto sólo miraba el portarretratos, y cuando suspiraba se le iban las palabras. Él fue buen amigo, y tal vez un buen padre para ese niño.

Creo que pasar por los peores lugares de la sociedad lo había hecho aprender de la condición humana. A su manera, era un pensador, no un filósofo de café sino uno de verdad. Y ahora que está muerto pienso en el buen Job, con su enorme tristeza en el rostro, sus verdades crueles, la mirada entrecerrada de león resabiado que llegaba a veces a asustar y su media sonrisa, que me parecía la de alguien a quien el mundo ya no le puede hacer nada porque ya le hizo todo lo que pudo y no lo acabó.

Una noche le pregunté por su familia. No respondió. Esa noche se embriagó hasta la inconsciencia, las botellas le entraron de un sorbo. Más tarde, esa noche, desde una mesa, vi cantar a la caleña. Cuando ella se quedó dormida de cansancio en mi cama, por primera vez en mucho tiempo los sentidos entraron en su lugar, llegó la paz. Bajé para fumar mi cigarro de la madrugada, con cuidado de no despertar a la tía. Entre las rejas del ascensor me vino una luz roja, la luz de una ambulancia parqueada en la acera. Al parecer, al final la media sonrisa no le alcanzó a ese viejo león para sostenerse a la vida. Lo hizo en la zona ventral de los antebrazos, con cristales de una botella de vodka.

En la parte trasera del portarretratos de plástico había una nota y dos nombres. Y este es el asunto, lector, que hasta ese punto yo nunca había visto un color inexistente, pues el ojo humano sólo puede ver la radiación electromagnética correspondiente a lo que llamamos luz visible, una longitud de onda entre 400 -el negro- y 700 -el rojo- nanómetros. Ninguno de nosotros podría ver, imaginar o soñar un color por fuera de esa gama. La incapacidad de pensar algo jamás visto me hacía creer que las ideas originales eran imposibles. Todo se basaba en una influencia. Pero era allí, al leer esa simple nota sin importancia detrás de una foto tomada en una plaza de pueblo, y no en los siglos de literatura universal y maestra acumulada en mis bibliotecas, donde vi el otro color, la verdadera creación, algo que no se puede describir por la inutilidad de poder imaginarlo.

A veces me da por pensar que el asunto de ver aquel color en esa nota fue debido a que yo conocía al viejo Job, su historia y la de su familia. Mientras que no está demás decir que la elección de mi carrera fue más por amor al silencio que a las letras o los libros que las contenían. Y respecto a ese color, supongo que debe ser parecido al sonido de pronunciar lo que el viejo sentía por su familia. ■



# Lester Young



**CAMILO ANDRÉS MARTÍNEZ OSORIO**  
**BOGOTÁ**

Quería medirme, por decirlo de alguna manera. Hace un tiempo que escribo y a muy pocas personas les había mostrado lo que hacía. Pero uno no puede confiar del todo en el juicio de sus allegados cuando se trata

de estos asuntos. En cambio, la impersonalidad de un concurso sí se presta para probarse.

**Filosofía, Universidad de los Andes, Bogotá, D.C.**

# Lester Young

CAMILO ANDRÉS MARTÍNEZ OSORIO

Alejandra y yo amamos el jazz. Nos gusta detenernos en los mercados de pulgas y, de golpe, descubrir alguna joya de vinilo y pasar así algunas tardes. De algún modo los dos creemos que el jazz es una prueba y una representación de un estado humano más elevado, que es posible tal estado, que es posible la perfecta condición humana.

Hace algunos días me enteré de un club de jazz que no conocíamos. La noticia era emocionante, pues en esta ciudad filistea y gris es difícil conseguir sitios así, mucho menos sitios que se dediquen exclusivamente al jazz, que no lo perviertan con otras incursiones en el espectro musical, que no lo mezclen y lo estiren en toda clase de fusiones y amalgamas inextricables. Alejandra y yo lo aceptamos: con el jazz, el jazz que nos gusta, somos todo lo puristas que no somos ni seremos jamás en otros campos.

Le comenté lo del club y quedamos de vernos allí ese viernes en la noche. Visto desde afuera, el sitio era digno de un cuento: el toldo negro y las letras doradas de la pared de la entrada eran perfectamente discordantes con esas calles, tal vez demasiado vulgares (demasiado desencantadas), que lo orlaban. Al entrar, las expectativas que nos habíamos hecho gracias a la fachada se disiparon

rápidamente: el interior no era mucho más que un conjunto de mesas de una madera burda y una tarima a todas luces muy estrecha y muy cercana para favorecer cualquier sonido. En las paredes colgaban los retratos más conocidos de los más conocidos. Por esa abierta simpleza, Alejandra me dirigió una mirada que era ya una sentencia que me imponía el imperativo de una redención futura. De cualquier modo, nos sentamos y pedimos un par de cervezas.

Después de unos minutos de escuchar una selección de música no del todo desatinada, hubo movimiento en la tarima. El que supusimos dueño del local se encaramó en el escenario hechizo. En una voz de feria o de circo anunció el espectáculo de la jornada: esa noche, damas y caballeros, tendríamos el placer de escuchar la música deleitosa de Lester Young. Pero no, no era lo que estábamos pensando, no se trataba de un homenaje, pues “en este sitio no hacemos homenajes”; se trataba de que el mismísimo Prez asistiría (se estaba preparando en su camerino). Él mismo nos tocaría su música, él mismo daría el espectáculo. Alejandra y yo intercambiamos una mirada que sugería algo así como una vergüenza ajena, acompañada de una desaprobación profunda y definitiva. Imaginamos que el dueño del local se habría conseguido a algún moreno saxofonista, probablemente caleño o de alguna región remota del Pacífico, y que lo iba a ataviar con el atuendo del *jazzman*, que lo iba a adornar con el sombrero que Prez solía llevar en ocasiones y con el cigarrillo. Lamentablemente tuvimos razón. Por fin apareció el hombre en el escenario, causando la risa de algunos de los presentes; otros no pudieron controlar los mismos gestos de reacción ante la vergüenza que ya nosotros experimentaríamos.

El moreno tomó su lugar en el centro de la escena y la banda comenzó con los primeros acordes de “I Can’t Get Started”. Desde el principio noté que había algo extraño en esa interpretación, pues

estoy seguro de conocer todas las versiones grabadas de la canción, y el moreno no seguía ninguna de ellas, lo cual significaba que la treta que entrañaba una sustitución de ese tipo no era del todo reprochable. Pero tal vez por razones de inclinación sensitiva me tomó unos segundos más el notar que lo que me sorprendía precisamente de esa interpretación era su inusitada fidelidad, pues definitivamente se ajustaba, era pura, exacta. En el aire se morían las notas de esa cadencia decadente que tanto amaran los que amaron a Lester Young, Alejandra y yo incluidos. Tal vez, sin creérmelo del todo, miré a Alejandra, y la ensoñación de sus ojos y la de los ojos de los demás presentes confirmaron mi juicio (mi extremo temor).

El moreno se había levantado de la butaca, y su silueta, a contraluz de los reflectores, invitaba al cerebro a percibir allí al Young verdadero, al Young real y concreto. Entonces yo, entonces nosotros, no pudimos dejar de percibir en el moreno de la tarima algo así como una aparición imposible o una reencarnación insólita. Pues él, que al principio no había sido más que una versión criolla de la leyenda, un títere bien arreglado, poco a poco se iba transmutando y alterando en un proceso semejante al de la conflagración creadora, en un llegar a ser fulminante y a la vez atemorizante que sucedía a través de las notas. No pudimos dejar de reconocer esos labios gruesos y marrones que abrazaban la boquilla del saxo, la forma tan particular de tomarlo entre sus manos oscuras, como si fuese un pedazo de metal incandescente o una rosa etérea que no se quiere estropear con el tacto. Los ojos medio saltones, la posición de la espalda, todo nos sugería a Lester.

Como siempre, la música nos transportó vilmente, nos extrapoló de nuestro siglo y de nuestra ciudad y nos llevó a otros sitios y otros tiempos. Bien podíamos estar en Nueva York o en Chicago, en plena década de los veinte o de los treinta, al piano podía ir Nat

“King” Cole, y Billie Holiday podía ser la mujer que esperaba sentada en la barra, envuelta en un vestido seda, esperando para subir a la tarima. Nada era seguro y todo era seguro mientras la canción agonizaba en sus últimos acordes. Detrás del saxo, el hombre nos vapuleaba y se reía de nuestros prejuicios espacio-temporales, pues todo era presente a través de esas notas que recordaban a la muerte, como bien apuntara Cortázar. También, desde un rincón, el dueño del local sonreía en el gesto de la labor cumplida.

Tal vez Prez, al morir demasiado pronto, se fue sabiendo que los giros metafísicos de la existencia le guardarían una última presentación, aquella reincidencia dulce que a todos nos maravillaba en ese instante. Tal vez simplemente él ya vivía en su música a pesar del tiempo, y hasta de sí mismo: nos la había dejado en el mundo, acechando en cualquier armario, en cualquier mercado de pulgas, en cualquier esquina sórdida del trópico, como ésa en la que nos encontrábamos. Era inmortal.

El show se terminó y todo fue de nuevo la tarima, el moreno con el sombrero demasiado pequeño para su cabeza. Al salir, Alejandra y yo caminamos hacia la esquina para tomar un taxi. La miré a la cara. Adiviné en sus ojos la marca del placer y la absoluta confusión. Al día siguiente no hablaríamos de eso, jamás hablaríamos de eso, pues en el fondo lo sabíamos imposible, incluso absurdo: el moreno siempre había sido el moreno. Sin embargo, mientras esperábamos en la esquina, en la noche fría, Alejandra y yo teníamos la plena consciencia de haber vivido ese tipo de fenómenos que algunos, por consideraciones diversas, terminan por llamar un “milagro”. ■



# De flores y olvido



**DIANA ISABEL DUQUE MUÑOZ**  
**MEDELLÍN**

Luego de un trabajo de campo en Jericó (Antioquia) para el curso Etnología de Colombia en tercer semestre de Antropología en la Universidad de Antioquia, llegué contagiada por los mitos del pueblo, sus paisajes y su belleza. Me había quedado viendo un atardecer lluvioso en la plaza del pueblo y así, invadida por ese sentimiento y pensando en los escritores que produjo

esa tierra y comprendiendo de dónde había llegado su inspiración, me senté a escribir el cuento que anexé al informe de campo. Lo escribí de un tirón y permanece intacto desde la primera vez que lo escribí; no le he corregido nada de contenido, solo una que otra coma.

**Antropología, Universidad de Antioquia, Medellín, Antioquia.**

# De flores y olvido

DIANA ISABEL DUQUE MUÑOZ

**A**l fin se ha quedado quieta la mecedora; ya tus pies raquíticos, Amanda, no logran moverla. Se ha quedado quieto también el pueblo: las calles están desiertas, no se mueve un alma, no se escucha ningún chismorre. Y en medio del frío como de cementerio que reina a estas horas de la madrugada, lo único que se mueve, quizás, es la sopa que mecemos en la caldera de vez en cuando para que no se pegue. Suben imperantes las burbujas que rompen las capas del tiempo y la realidad. ¡Ah!, bueno, es cierto, también se mueve la lluvia, mientras lava las estatuas de la plaza, cagadas por las palomas, sobadas por tanta mano hedionda. ¡Bendita lluvia! ¡Tan soberana ella!

¡No me importa que no hables! Quédate callada que, al fin y al cabo, ya has dicho mucho toda la vida. Seguí mirando tu pueblo con esos ojos como de halcón, afilados por el paso de los años y la desilusión de la vida. Sentada has estado, sin más que hacer, en este balconcito de madera que se mantiene en pie, más por obstinación que por finura. Estas tapias de tu casa inspiran ocaso desde afuera. ¿Viste la flor que sembré en la gotera del techo?

Vos seguí atrapando, en ese cabello blanco que hace años no cortás, toda la neblina que arropa estas montañas. Pero, ¡por la misericordia de Dios!, ¡cambiate ese vestidito gastado de flores!, que ya parecen marchitas y huelen como a agua de florero, igual que

la boca de don Vicente... ¿Sí viste que ese viejo no pasa por aquí desde hace días? Habrá que ir por él al cementerio.

Ayer pasé por allá y estaba Dulzaina, hablando como siempre con ese perro sarnoso que no abandona su bata. No vi a nadie más, solamente estaba, como cosa rara, ese sujeto blanco y frío que se cree con derecho a pedir silencio, y esos pobres vigilantes con su trompeta en la mano, listos para darle un trompetazo al primero que ose abrir el pico. Nadie más. Una que otra tumba tenía flores, por eso, esta vez el ramo que te traje no fue tan grande. Esos líchigos visitantes ya han olvidado a los nuevos huéspedes, ¡y los pobres que juraban no ser olvidados jamás!, ¡ahí tienen!, ¿no que no? ¡Si para eso se inventó la muerte, para el olvido! O... ¿qué decís vos?

Esta tarde me encontré con Sarita por las escalas. Estaba furiosa porque, imagínate pues, que ya le agregaron otro chisme a su historia. No sé si te acordás de ella, la pobrecita que se murió unos días antes de hacer la primera comunión. Pues la historia fue esta: la mandaron a comprar unas cosas a la tienda, y por ese tiempo, ese viejo barrigue-sapo de don Pánfilo estaba estrenando carro, ¡sabiendo que estas calles no aguantan tanta chatarra! Pues no se fijó, y aplastó a la niña cuando venía con las cositas para el almuerzo ¡Así de simple! Y tan chismosa es la gente que no se perdió un ápice del entierro. ¡Como era la primera estripada por un carro en este pueblo!... Eso era un suceso histórico. Ahora resulta que ella dizque es un espanto. La metieron en cuentos de apariciones, ¡con testigos y todo! Dicen que se aparece con el vestido de la primera comunión, y que, como no lo habían terminado, está lleno de alfileres que se le clavaron en el cuerpo; entonces aseguran que anda por ahí, ensangrentada y haciendo maldades. Estaba toda indignada la pobre, preocupada por tanto señalamiento; la invité a tomar el algo para que nos cuente el resto.

Lo otro que andan diciendo es que el caballo de doña Enriqueta, el que perdió una patita, ya dizque es un espanto: ¡un corcel sospechosamente grande que se pavonea por las calles del pueblo!

¿Ve, es que no me vas a hablar, en serio? ¡Repondeme pues, vieja malagradecida, o no te vuelvo a visitar! Se te olvidó tomarte las pastillas, esa droguería completa que te mandó el médico y que de nada te sirve porque ya te olvidaste de mí. ¡Vieja ingrata! No volviste al cementerio, y ahora, para colmo, te hacés la que no me ves, y creés que yo soy boba. ¿Para qué le contaste a Marieta esa historia tan trillada? ¡Chismosa! ¡Dizque soy un espanto! ¡Habrás visto, vieja embustera! ¡Huy, sí, esas rosas las trae un fantasma todas las noches, se las roba del cementerio! ¡Hasta de ladrona te has atrevido a llamarme!

Quedate pues en tu silla, aprovecharé que yo me tengo que ir, pero me llevo la caldera. Por ahí escuché los pasos de esa niña, parece que te trae el desayuno... ¡Decile que te cambie este vestidito!, ¿sí?

Ya me voy, Amanda, me voy pero vuelvo. Ahora no podés mover la mecedora, y eso es un aviso del tiempo; te has venido marchitando como una flor vieja en un florero, como una de esas margaritas que pusiste los primeros días después de mi entierro, y olvidaste poner las rosas que en vida prometiste... Olvidaste a tus muertos.

No importa, vieja, mientras tanto, yo te espero. Regaré en tu cama, en la cabecera de tu almohada, el tiempo y el no tiempo. Traeré para ti las flores que no me llevas al cementerio y me sentaré a esperar que se rompa la vela podrida que te sostiene a la vida. Esperaré a que el machete de la muerte le dé un planazo a la llamita obstinada que se mantiene prendida en el charco de esperma que fue tu vela, tu vida.

Voy a rebujarte el cabello haciéndome pasar por el viento, y voy a cambiar todos los días las flores de tu cuarto, verás que así, mientras te espero, serás tú la muerta, y yo, la que visite el cementerio. ■





# El olor a muerte



**JAIME ANDRÉS ÁLVAREZ PARDO**  
**BOGOTÁ**

Hijo de Lucía y Jaime. Hermano de Javier, nieto de Francelina (a ellos y a toda mi familia y amigos, dedico este cuento). Algún día decidí escribir y decidí que lo haría toda mi vida. El riesgo reside en poder sobrevivir con las letras. Si me sirvieran de alimento, no pasaría hambre nunca. No sé por qué empecé a escribir, tal vez

por la necesidad de combatir una realidad o mis propios sentimientos. Hoy sé que esa práctica define cada día en mi vida y es la extensión de mi espíritu.

**Comunicación social y Periodismo, Universidad Central de Bogotá, Bogotá, D.C.**

# El olor a muerte

JAIME ANDRÉS ÁLVAREZ PARDO

**L**a hija mulata observa a su padre; parece moribundo. No cree en sus parpadeos, mucho menos en la pequeña montaña que se crea en la sábana que lo cubre cuando, en sus pulmones, entra aire... Se desinfla con lentitud, y el gesto del hombre que la engendró la convence de que el cielo negro pronto se posará, eternamente, en sus párpados. Una lágrima en la mujer alcanza a delinear el contorno de su ojo; no logra escapar, pero es el preámbulo a un dolor que aún se mantiene pasivo en su guarida, como un lobo esperando a su presa. Sólo necesita percibir su olor para cercarlo y atacar en cualquier momento. Paciencia, lenta paciencia, virtud del dolor.

En el patio de atrás, la multitud se agolpa, esperando una respuesta, algunos cayendo en desesperación, pues la reja blanca les impide ver al héroe del pueblo, al hombre que curó males con aguas cristalinas que provenían de su saliva, que cicatrizó heridas arrancándose un trozo de su piel y posándola sobre la grieta sangrienta... El pueblo no permitiría que el hacedor de milagros, como se le reconoce, fuera recogido por el cielo.

En las afueras los rumores recorren las bocas. Se escuchan toda clase de creencias sobre la enfermedad: se dice que bebió azufre azul, cuando el diablo vino de su cueva, a la salida del pueblo,

y cambió sus medicamentos por dicho veneno. También, que lo atacó una plaga filipina de alacranes que viajaban en las gotas de lluvia, e inclusive se susurra que el beso de una sirena en celo le hizo explotar el corazón. Pero no se conoce el motivo real.

Un ventarrón poderoso azota el pueblo, despeja a la multitud y alza polvos dorados. Algunos parches de arena alejan a los habitantes, quienes se resguardan en sus hogares de madera y mármol.

La mulata sale a la puerta principal y ve cómo la rejilla se abre; trata de cerrar la puerta, pero un bastón hecho de cáscaras de coco se atraviesa, forzando la puerta a abrirse... El polvo ataca el rostro de la mujer, quien sube las escaleras y entra al cuarto del hacedor. Cierra la puerta y no advierte la presencia del extraño objeto tropical. La hija mira a su padre y, junto a él, al bebé que convierte a la hija en madre, y al hacedor, en abuelo.

El niño Ojos de miel llora lágrimas dulces. Teme. Pasa la furia de las nubes. La casa adquiere un silencio intimidante. El bebé captura el sueño. El hacedor aprieta sus grandes párpados. Un caminillo de sangre escapa por una de las esquinas de sus labios gruesos. La mulata deja a Ojos de miel en la cuna, con una vacilación inquietante, desconocida; sabe que se acerca el final, y sus sentidos desesperan.

Toma un poco de papel para limpiar la sangre de su padre, se gira de cara a la cama donde está él y, a su lado, aparece un ser que oculta su espalda con una larga bata, hecha con hilillos de mango. La mujer detiene su cuerpo y observa absorta; tiene miedo. Sus pupilas caminan sobre el raro espécimen, quien mueve su mano izquierda y acaricia la piel sin pelo que yace en la cabeza del hacedor. La mujer se condensa con el ruido y se expone silenciosa. La bata cae, y se descubre una espalda hecha con columnas de largas habichuelas. Debajo de éstas, dos troncos de madera de cedro, gruesos, que no encajan con su espalda.

El ser amorfo termina su exposición con pies de pera cortados a la mitad. Es un corte fino, y cada parte conforma un pie... La mujer apenas sube la mirada y ve su cabeza: un melón pelado, tono naranja ocaso. La figura se da la vuelta y queda al frente de la mujer, quien empieza a temblar cuando el ser tropical comienza a inspeccionarla. Los ojos son dos uvas moradas; la boca, fresas partidas; sus orejas, un par de tomates verdosos intensos. Una gran sandía compone su estómago. Con aliento encebollado, el ser se presenta como la muerte.

La parca fuma tabaco en una pipa de feijoa en el mecedor de alambre, en la sala... Se mueve con un vaivén reticente, cínico. Tras una sonrisa de dientes de ajo, complaciente con los segundos, la parca espera una nueva semilla, la cual irá a su jardín, en el más allá, donde están todos los humanos que pasan su eternidad como árboles. De hecho, la figura de esta muerte está hecha con las mejores cosechas de los humanos más valiosos.

Al otro día, la mulata prepara el almuerzo para su padre, quien conversa con la muerte en la sala. Resignada, triste, la mulata se aferra a su amor de madre, para reemplazar y eliminar el cariño de hija, curándose antes de tiempo del dolor que nada entre sus lágrimas, aún inmersas en su interior. Las gotas de agua dulce surgen de los canales visuales de su hijo. Ella las toma con la huella de sus dedos y las mete en su boca, las traga, y el dulce sabor a amor sana su alma adolorida por la presencia de la muerte. El hacedor le cuenta a la mulata que la muerte advierte con su aliento: si el olor de la piel es reemplazada por la de un tóxico hedor a cebolla, es porque el alma ha dejado de suspirar. La hija comprende, parte de su vida murió cuando la muerte le habló...

La noche no se presenta. La luna se escapó con el sol, cabalgando entre las nubes, y el ocaso se extiende... El día del muerto.

Cuando la eternidad se presenta frente a una persona no hay noche ni día, sólo el ocaso del tinte exacto de la cabeza de la muerte.

Los pobladores tumban la reja donde aguarda la muerte, con la esperanza de proteger a su hacedor de milagros del aliento mortal. La mulata se aprisiona apasionadamente a las lágrimas de Ojos de miel, que llora sin detenerse sobre el mesón de la cocina, entendiéndola que el dolor de su hijo es su cura. La mujer cocina lo que será la última cena de su padre, un hígado encebollado.

La muerte reza hacia el cielo esperando el instante indicado. El hacedor de milagros no se mueve de su cuarto. Se oye un estruendo tremendo en el portón. El pueblo atraviesa las rendijas; desean matar a la muerte con antorchas y agua hirviendo.

La muerte sonrío. La mujer llega a la cocina, le ruega a Ojos de miel que no lllore por un instante, sirve el hígado con las cebollas ya quemadas... El olor la hace llorar de ardor. El padre está sentado en la cama. Su hija le da el plato. Ella baja las escaleras con afán, observa que la muerte ya no está en su lugar, pasa por la cocina. Ojos de miel no deja de sollozar. La mulata intenta detener la puerta, pero su fuerza resulta inútil. La gente entra, sube hasta el cuarto del héroe del pueblo. Ella sube tras ellos, quienes se detienen con rudeza... Su padre come tranquilo; está vivo. Ella se acerca, lo olfatea. Su olor es natural... La mulata mira abajo, a la cocina, y el evidente hedor de cebollas sale de allí. Abre sus ojos. El dolor se ha liberado. Desciende las escaleras. La muerte se ha ido, y su hijo ya no llorará nunca más... La cuna vacía y el olor a muerte saliendo de su cocina. La hija desolada se ahoga en su dolor de madre, quien apartó de su alma a su hijo, con cada gota dulce que le robaba...

La muerte, en el jardín eterno del paraíso, planta la pequeña semilla, destinada a ser un árbol con hojas de miel. ■



# Con el cambio en los bolsillos



**RAFAEL ARTURO PABÓN CORREA**  
**BARRANQUILLA**

A mis queridos padres.  
No hablaré de mí, pues, en palabras de Hipócrates, "la vida es breve, el arte es largo". Mejor hablar de arte entonces, que es hablar de existir, dar pasos a ciegas sobre las delgadas hebras de plata de la memoria.  
Mi vida es cantar un lienzo, trazar

una melodía en blanco y negro, palpar las letras de una obra maestra y saborear las formas, poco más o poco menos.

**Comunicación social y Periodismo, Universidad Autónoma del Caribe, Barranquilla, Atlántico.**

# Con el cambio en los bolsillos

RAFAEL ARTURO PABÓN CORREA

**F**ue durante el mediodía, a la luz de las sombras grises que teñían el suelo arcilloso del pueblo con ribetes nostálgicos de humedad y bruma. La percusión del maíz triturado contra la superficie plana y cilíndrica del pilón de madera hacía las veces de barítono bajo mientras se iba apagando en la humedad del aire, rodeado de pequeñas gotas que chocaban contra las casas de bahareque.

El sol no se escondió, por el contrario, la luz de sus rayos daba un toque cálido a la lluvia mientras el agua se acumulaba sobre la hierba. El vacío llenó las casas. Sobre la arena se veían las personas como hormigas en una larga procesión que busca tierras altas con televisores bajo el brazo, caminando raudos pero sin correr, guardándose el derecho a conservar su dignidad. Cuando el último pie lleno de barro pisó el cemento frío y agrietado del coliseo de la escuela, el sitio más alto del pueblo, sólo un pequeño habitante seguía en los barrios inundados, humedeciendo su encrespado cabello bajo las saetas de agua.

La imagen de los periodistas que hacía un año habían entrevistado a medio pueblo -y nunca más volvieron permanecía cincelada en los recuerdos del pequeño, o más acertadamente, permanecía el recuerdo de la cámara negra e imponente que le miraba impassible

a través de su cristal alargado, el chasquido incesante del obturador reaccionando a los suaves toques del índice del camarógrafo.

La idea le perseguía, le cazaba en sueños y le arremetía mientras paseaba distraído. Por ello, cuando encontró la cámara, tirada en una esquina junto a la casa de plástico de la abuela, comprendió que le había estado esperando desde el comienzo del mundo...

Pronto, cada rincón se llenó de sonido; los ranchos improvisados con palos y alambre de púa crujían al roce del agua, la madera sollozaba en murmullos que se repetían indefinidamente a lo largo de cada casa, los pasos del pequeño fotógrafo resonaban sobre el ritmo marcado por las gotas al estrellarse contra la arena.

De pie, sobre una piedra de un metro de alto, enterrada junto al lindero del monte con el pueblo, el muchacho de piel morena disparaba contorsionando su cuerpo, con expresión severa, esperando congelar en un instante el ciclo de vida y muerte que unía el pueblo con el arroyo de forma inexorable.

Con su labor terminada, descendió cuidadosamente de la roca, sujetando firmemente, con ambas manos, su preciado tesoro. Los pies se le hundieron en la tierra mojada; sin embargo, tensionó al máximo sus músculos y, no sin dificultad, logró dar un paso.

Poco a poco la silueta gris del coliseo fue engullendo el horizonte, hasta que el muchacho tuvo frente a sí el gran portón, formado por un par de rejas de hierro negro, con unos dos metros y medio de altura. Adentro, familiares y vecinos se apuraban a organizar colchonetas y carpas para pasar el día.

Deslizándose entre las palabras de reproche que le salían al paso, se sentó con su tesoro en las manos y los ojos perdidos, pensando qué haría con las fotos. Se imaginó presentándolas en la televisión, mientras grupos enteros de personas, atónitas ante la verdad revelada, acudían en masa para ayudar. Imaginaba todo esto, y más, hasta

que una voz apremiante lo sacó de su mundo de posibilidades.

—¡Deja de jugar con esa piedra que tienes en la mano y ayuda a tu hermano a organizar las cosas!

Alertado por la orden de su madre se escondió el mágico aparato en el pantalón y echó a correr hasta donde su hermano mayor apilaba pesadamente un par de colchonetas. Mientras la roca saltaba despreocupada en sus bolsillos, pensaba en lo que haría con las fotos si le regalasen una cámara. ■





# Fotografías



## KATHERINE AGÜERA RESTREPO BARRANQUILLA

Nací el 2 de agosto de 1993 en la ciudad de Barranquilla. Siempre curiosa, siempre ansiosa por explorar el mundo que me rodea. Desde muy corta edad encontré mi lugar en la belleza de las letras, de las palabras, en la eternidad del arte. Soy una apasionada lectora que un día se descubrió a sí misma en la enigmática y muy placentera

experiencia de escribir; desde aquel entonces, la magia que reside en mí, sólo halla su libertad plasmada en el papel. Las palabras son todo lo que tengo y todo lo que necesito. Escribir es vivir.

**Comunicación social,  
Universidad Autónoma del  
caribe, Barranquilla, Atlántico.**

# Fotografías

KATHERINE AGÜERA RESTREPO

Nadie se percataba. El viento acariciaba mi oído y una leve sensación de frío recorría todo mi cuerpo. Observaba con desdén ese ignorante mundo que se abría paso ante mi caída, mientras el negro asfalto esperaba ansiosamente por mí, de la misma forma en que una mujer embarazada espera la llegada de su primogénito. Al no poder realizar ningún movimiento, tiesa, como si estuviera parada sobre un ascensor invisible, no tuve más opción que observar detalladamente esa secuencia de fotografías que, juntas, construirían mi última percepción de la desabrida realidad.

Analizando todo, con el sello de la actitud mordaz que siempre me caracterizó, mi mirada se fijó en la habitación principal del 904. Tal vez me cautivó aquel ritmo musical lento y sensual que inundaba la sala, o el voluptuoso cuerpo de la mujer que bailaba en el tubo al compás de la melodía, imprimiendo en sus movimientos el erotismo y la concupiscencia que su oficio exigía. Demostraba una agilidad impactante, colgándose y extendiendo sus provocativas extremidades sobre el instrumento de baile, produciendo en el espectador un placer más que libidinoso. Me preguntaba si quedaba rastro alguno de aquella vecina intelectual y conservadora que hacía tan sólo meses caminaba por los pasillos, jactándose de sus múltiples logros en el campo de la investigación científica.

Varios pisos más abajo, un puñal ensangrentado y resbaladizo captó mi atención de manera repentina, no obstante, el impacto fue súbito cuando logré divisar a la persona que manipulaba el instrumento segundos antes. El ancianito adorable, amable y tierno, al que todos los propietarios del edificio saludaban y dirigían miradas de afecto, acababa de ser presa del enojo y la frustración, decidiendo poner fin a la vida de su mujer, esa aparentemente inquebrantable señora de la alta sociedad cuya reputación era tan dudosa como la de la bailarina que segundos atrás se dedicaba con entusiasmo a satisfacer el deseo de su espectador.

Pero fue esa mirada oceánica, vivaz y penetrante del joven que cargaba cajas en el 202 la que me produjo una sensación de alivio y tranquilidad, aun cuando mi cuerpo estuviera a tan sólo unos cuantos metros del asfalto. Tenía músculos vehementes y brazos torneados; su piel bronceada reflejaba la suavidad de los rayos del sol. Proyectaba cierta imagen de rigidez y superioridad, pero sus ojos eran dos náufragos en el fondo del mar, preguntándose cómo hacer para volver a emerger, tratando de buscarse, de encontrarse. En su forma de caminar había un sello personal, una imponencia cautivante; las hebras de su cabello rubio daban la impresión de fibras de oro puro que se mezclaban perfectamente con la exquisitez de sus labios carnosos, profundamente rojos, como la sangre que cubría el puñal del crimen anterior. Tenía una esencia embriagadora.

Quise observarlo y perderme en su majestuosidad, pero el choque brusco y repentino con el asfalto me hizo volver a la realidad. No estaba muerta, estaba más que viva, recordando desde mi cama aquel extraño sueño lleno de sucesos inexplicables. Con una incógnita en mi cabeza, perturbada y atónita, llamé a mi madre para contarle mi sueño. Le comenté cada uno de los sucesos, desde el sensual baile de la conservadora mujer del 904, el espantoso crimen que tuvo lugar

en la cocina de los Gutiérrez y, por supuesto, el atractivo joven cuyo rostro describí tal como un retratista dibuja el de su amada.

Al finalizar, mi madre me invitó a tomar un café para seguir charlando. Esta vez bajé en el ascensor. Me encontré en el pasillo con la mujer del 904, vestida con su elegante falda y sus estilizados lentes. No había rastro de la bailarina sensual del sueño. Divisé a lo lejos al matrimonio Gutiérrez; ese par de ancianitos adorables se amaba, así que deseché toda posibilidad de que aquel crimen se pudiera ejecutar. Pero, de repente, tropecé con una gran caja de mudanza, y detrás del camión estaba él, el hombre de mi sueño, ahora en carne y hueso, justo frente a mí... Pronto pude ver en el rostro de mi madre esa característica mirada de complicidad... ■





# Mi izquierda



**ESTEFANÍA LEÓN ORTIZ**  
**BOGOTÁ**

Este cuento se ha convertido en el primer eslabón de una infinita escalera que se pierde en lo desconocido. Ella, no obstante, apunta al vasto universo de las más profundas pasiones humanas, insólitas y fascinantes, todavía tan extrañas ante nuestros ojos. El esbozo de un par de sensaciones conocidas pero no lo suficientemente experimentadas, como el terror

y la soledad, se transforma en el marco de mi relato y actúa como cuna para esta pequeña historia. Dedicado a mis padres, por su amor y grandes ánimos, y a Miguel, mi gemelo de alma, mente y corazón.

**Estudios Literarios, Pontificia  
Universidad Javeriana,  
Bogotá, D.C.**

# Mi izquierda

ESTEFANÍA LEÓN ORTIZ

Veía el ocaso perder sus colores en el firmamento a través de una pequeña ventana sucia del bus en el que viajaba. Apartó los ojos del cielo, ahora observando a los pasajeros. Se sentía cómodo, y esa sensación aumentaba al ver el resto de la gente. Era una suerte hallar una silla vacía a esa hora, pero él la había encontrado, y se sentía afortunado y descansado. Lo único que lamentaba era el camino que tendría que recorrer para llegar a su casa. Largo, solitario y cerrado, suficiente para desanimarlo con sólo recordarlo. Cuando llegó por fin a su paradero se bajó a trompicones del bus. Abotonó su gabardina hasta el cuello. Cogió su maletín y se encaminó a casa. Vivía solo, y no quería comprar una mascota para percibir aún más su aplastante soledad. Nadie lo esperaba en casa; él no esperaba ver a nadie. La inquietud fue creciendo en su pecho a medida que avanzaba por el lúgubre barrio. Únicamente se tranquilizaría al llegar a casa, donde podría prepararse un café muy caliente y meterse en su modesta pero esponjosa cama. Escuchó unos ruidos a sus espaldas. Apretó su maletín y el cuello de su gabardina con más fuerza. Su instinto de alarma se disparó y empezó a caminar con más prisa, sin perder del todo la compostura de un transeúnte. El pánico le recorría el pecho y las piernas.

Giró en una esquina y, divisando su casa a lo lejos, se desesperó. Iba a ir más rápido, pero en tan sólo un momento algo lo agarró por el cuello y lo detuvo bruscamente. Dejó caer el maletín al suelo. Un brazo lo aprisionaba. Sentía la punta de algo afilado pinchándole la espalda. Una ráfaga de mal aliento le golpeó la nariz cuando su asaltante lo amenazó. Lo quería todo: el dinero, la ropa, las tarjetas del banco, el maletín. Le ofreció esto último. Pensaba, en lo más profundo de su mente, que podría ser un héroe, golpear a su atacante y espantarlo. Sin embargo, él no era un héroe; nunca podría hacer algo semejante.

Entonces, cuando el otro se agachaba para recoger el maletín, su mano izquierda se cerró en un puño y, acto seguido, golpeó con todas sus fuerzas al ladrón. Éste quedó sin aliento y, soltando el cuchillo, se desplomó en el suelo con una tos ahogada. Aún tenía asido el maletín cuando él le propinó una lluvia de puñetazos que le partió un diente y le reventó un ojo antes de que el ladrón se levantara y se diera a la huida, mientras pedía auxilio a gritos y dejaba caer el maletín.

Quedó estupefacto y cansado, respirando agitadamente. Examinó su mano. Tenía los nudillos ensangrentados. Asustado porque alguien hubiera alertado a la policía, recogió su maletín y trotó hasta su casa. Cerró la puerta, una vez adentro, y sacó inmediatamente de su gabardina un paquete de cigarrillos y el encendedor. Tras prender uno con manos temblorosas, se dirigió a la cocina. Preparó un poco de café, lo llevó al baño y, mientras bebía y fumaba, se lavó la sangre. Aún se preguntaba cómo había podido hacerlo, cómo había podido actuar de esa manera tan agresiva y valiente. Para no estresarse más, decidió atribuirlo a la adrenalina del momento. Pensó que sería una buena idea comprar un arma para defenderse, en caso de que se repitiera el suceso.

Efectivamente, al día siguiente fue a encargar un arma. Realizó todo el papeleo y quedó satisfecho de que se la entregaran esa misma semana. Hasta entonces, se cuidaría al máximo. Volvió a su casa más temprano de lo acostumbrado, pidió un domicilio de comida china para la cena, fumó tres cigarrillos mientras veía las noticias en la televisión y las novelas y volvió a pensar en los acontecimientos del día anterior. No lograba explicárselos del todo. Se durmió intranquilo. En sueños, tuvo la sensación de estar buscando algo entre unos matorrales.

Despertó al día siguiente con la alarma de su reloj. Lo buscó para ver la hora. Extrañado de la textura de las cosas, miró su mesita de noche para descubrir que estaba desordenada. No recordaba muy bien cómo se encontraba cuando se había dormido, pero estaba casi seguro de no presentar tanto desorden. Adormilado, le quitó importancia al asunto y se preparó para ir al trabajo.

En la tarde contestó una llamada de una anciana que estaba sumamente interesada en un kit de geles reductores de grasa. Al principio intentó mostrarse amable, pero muy pronto perdió la paciencia. Casi debía repetir a gritos lo que le había dicho, recordarle una treintena de veces el precio y confirmarle que sí reducía grasa si se usaba el kit a diario. Cuando creía que la señora lo había captado todo, volvió a preguntar algo que él le había respondido hacía veinte minutos. Empezaba a sentir unas ganas irrefrenables de colgar. Le explicaba, otra vez, que debía usar los geles en horas específicas del día, cuando la llamada se cortó. Cada vez más aliviado, insistió en decir “hola” unas cuantas veces y, sonriente, fue a colgar el auricular cuando vio su mano izquierda apretando el botón para cortar las llamadas. Una sensación de miedo y estupefacción le hirvió en el estómago y en la espalda. Con mucho cuidado, levantó su mano y dejó el auricular en su lugar.

Buscó, por la Web, casos parecidos al suyo. Encontró un síndrome en el que encajaban todos sus síntomas, pero la información era escasa. Las causas lo desorientaban. Nunca había tenido, que él supiera, epilepsia, ni aneurisma, ni ningún problema cerebral. Además, la mano actuaba de forma autónoma muy pocas veces, y podía controlarla. Creía que su mano realizaba lo que él deseaba, pero no se atrevía a hacerlo a consciencia. Era su única explicación.

Cuando volvió a casa estaba convencido de que todo era su imaginación. A lo mejor era una especie de sonámbulo, o hacía las cosas sin darse cuenta, no porque sufriera un trastorno cerebral. Más contento con esa teoría preparó un espagueti con trozos de carne molida, sacó una cerveza y se sentó a ver televisión y a comer. Luego revisó su arma y se antojó de jugar con ella. Se miró en el espejo de su alcoba; posó con el arma de diferentes maneras. Para rematar, apuntó con ella al espejo y jaló el gatillo, simulando con su boca el sonido de un disparo. Rio, la guardó y se durmió.

Se movía dormido, como si algo lo jalara con mucha fuerza hacia un lado, arrastrándolo. Creía que era sólo el sueño, porque en éste, un amigo lo jalaba del brazo. Siguió dormido hasta que le fastidió esa sensación y despertó lentamente. De inmediato se quedó quieto. Cansado, estaba por dormirse de nuevo cuando escuchó un chasquido. Asoció el sonido con su sueño todavía presente y con uno de su casa. “Quizá algo se rompió”, pensó adormilado. Otro chasquido lo sacó más de su descanso, y otro lo despertó lo suficiente para averiguar qué pasaba. Un cuarto chasquido, mucho más metálico, le indicó que provenía de un lado de su cuerpo. Giró la cabeza y vio, en medio de la oscuridad de la alcoba, el cañón de su arma apuntándole a los ojos, y su mano izquierda apretando el gatillo una y otra vez. ■



# Confites



## DAVID LANCHEROS DE LA CRUZ BARRANQUILLA

Es la primera vez que participo y es un honor ser ganador. Para mí es muy gratificante saber que el proceso creativo que desarrollé en la intimidad, ha logrado tocar la sensibilidad de muchos lectores. Julio Cortázar y Gabriel García Márquez fueron la inspiración, ellos han demostrado que la realidad cotidiana está

llena de historias asombrosas y mágicas; los dramas de la gente 'del común' son una fuente de inspiración inagotable.

**Licenciatura en Español  
y Literatura, Universidad  
del Atlántico, Barranquilla,  
Atlántico.**

# Confites

DAVID LANCHEROS DE LA CRUZ

**L**a bolsa plástica de un metro de altura está llena hasta el tope. Un rústico cartón hace de base en el fondo, donde, aglutinados entre sí, se encuentran los confites de café, envueltos cada uno en papel brillante dorado, enrollado a cada extremo como camisa de fuerza. Sujutando la bolsa se encuentra un hombre de baja estatura y facciones rígidas pero afables; en su piel morena-escarlata se halla la evidencia de mil batallas bajo el inclemente sol de la ciudad, que ahora pega de lleno sobre la bolsa, dando la impresión de contener un fulgurante tesoro. Lleva una camiseta de un rosado que fue rojo, pantalón corto de tela impermeable y sandalias de tres puntas que le resaltan callosidades agrietadas. Espera calmado. Saborea un confite luego de arrojar el papelito brillante al suelo. Junto al semáforo, mientras mira las luces, piensa que precisamente la roja es la más bella. Frente a ella se detiene un autobús de transporte público. El hombre, cual campeón de salto, aborda desde la acera.

—¡Puedo, patrón! —exclama, a modo de solicitud.

El conductor levanta el pulgar de su mano empuñada y, acto seguido, sus delgadas pero ágiles piernas le impulsan para sobrepasar el torniquete de un brinco.

Al comenzar el discurso, su rostro se contorsiona con una expresión grave y solemne:

—Damitas y caballeros, Dios les bendiga en cada una de sus labores diarias. Con el respeto que ustedes se merecen, voy a pasar por cada uno de sus puestos para entregarles esta rica golosina...

Los pasajeros de la fila del sol cubren sus rostros con carpetas, cuadernos o manos, mientras continúa el discurso:

—Mi familia y yo somos desplazados por la violencia; soy un hombre desempleado que vela por su esposa y sus siete hijos...

Un señor de camisa de mangas largas revisa su enorme reloj dorado de pulso; junto a él, un muchacho de cabello engominado y pantalones roídos balancea la cabeza, con la mirada perdida al ritmo de la música secreta que sus audífonos le proporcionan. En la otra fila, un grupo de estudiantes de medicina veterinaria se lanzan bolas de papel que han arrancado de sus cuadernos, mientras se interpelan entre sí con apodosos de animales. Tras ellos, dos religiosas, una mayor que la otra, cuentan las semillas de su camándula.

Termina su discurso con una sentencia jocosa:

—Sin más chiste y sin más cuento, uno le vale cien, dos le valen doscientos.

Pasa por los puestos entregando el producto: el señor de mangas largas lo rechaza; mirando su reloj, se da cuenta que se ha hecho tarde. Algo en él le recuerda al personaje de un cuento infantil que la niña Tere le leía de niño antes de dormir; no estaba seguro si era un conejo o un gato. A su lado, el muchacho de pelo engominado parece no ver la mano estirada, con los confites frente a sus ojos; en el siguiente puesto, una muchacha de pelo rojo lo ignora, pues sus ojos se posan sobre la pantalla de su “Blackberry” mientras sus pulgares se contorsionan cual lombrices epilépticas a lo ancho del teclado. Afortunadamente, las religiosas, unos colegiales y el grupo

de estudiantes de medicina veterinaria le reciben los confites. Al devolverse al comienzo de la fila para iniciar el recaudo, el autobús frena bruscamente, y el escuálido cuerpo del hombre va a dar contra el torniquete, produciendo un ruido seco. Guarda la esperanza de vender los que le recibieron, con eso quizá alcance para el tinto en el desayuno. Se dirige a las hermanas con una sonrisa forzada que le revela unos dientes amarillentos

—A la orden, hermanas, sólo son cien pesitos, háganlo por caridad.

—Gracias, hijo, pero no consumimos nada que contenga café: es pecado —responde la que tiene una verruga en la barbilla

—Pierdan cuidado, hermanas, es sólo un confite —dice animado—. Además, quiero que sepan que la ofrenda recaudada está destinada a una fundación de niños pobres.

—Ah, ¿sí? ¿Cuál? —replica emotiva la novicia agraciada de ojos cafés.

—Mis hijos —responde con amarga ironía.

La novicia sonrío; él también deja escapar una breve carcajada, interrumpida al observar la mano extendida de la hermana de la verruga, que se dispone a devolver los confites.

—El que esté libre de pecado que tire el primer confite —comenta con sorna, desesperada.

—Dios te bendiga y ampare a tu familia. —Hace la señal de la cruz con la mano derecha, al tiempo que con la izquierda deja caer los confites a la bolsa.

La mirada suplicante del vendedor se dirige a la novicia, que a su vez baja su hermosa vista y, un poco ruborizada, finge contar las pepitas de su camándula.

Sin pronunciar palabra, sin mirarlos, recoge mecánicamente los confites que le devuelven los colegiales; se dispone a hacer lo mis-

mo con los universitarios, hasta que la estridente voz de uno de ellos lo despierta de su letargo:

—¿A cómo?

—¿Cómo? ¿Quién? A cien cada uno.

—¿No das siete por la compra de cinco?

—Te doy seis por el precio de cinco.

—No —responde pensativo el joven—, somos ocho, y sólo tengo para cinco.

—Es muy barato, pero está bien, págame los cinco —dice mientras piensa que por lo menos alcanzará para el tinto.

Animado, saca ocho confites y los extiende hacia el estudiante, que vacila en tomarlos y dice:

—Viejo, pensándolo bien creo que me provocan más unos chicles mentolados. —Y arroja los dulces a la bolsa.

Súbitamente su rostro se torna inexpresivo, su mirada ausente. Da algunos pasos hacia la puerta trasera. Se detiene. Voltea la mirada hacia el interior del bus y se da cuenta de que el hombre de mangas largas sigue mirando su reloj; las monjas siguen rezando el rosario; el muchacho con sus audífonos, y la chica con su Blackberry; los estudiantes aún se arrojan papeles y, sin embargo, todo le parece tan lento como si el tiempo se volviera estático. Nunca había notado que el interior de los buses fuera tan quieto, mientras ante sus ojos la calle corre a un ritmo frenético. ¿Acaso es el único que lo percibe? ¿Acaso los demás no perciben su existencia? Una gota de sudor surca su frente y llega hasta su boca, donde es atrapada por la punta de su lengua. En su mirada hay una desazón, como el sabor salado del sudor. Una chispa de dignidad le golpea sus sienes con un ritmo palpitante. Su respiración es difícil. El conductor abre la puerta trasera. No quiere moverse. Siente que una ansiedad desconocida le aprisiona el pecho. Ve un reloj dora-

do, un Blackberry, una camándula. Siente vértigo, una sensación de náusea le sube desde el pecho a la garganta. Abandona la bolsa en medio de las dos hileras de asientos y, antes de tirarse a la calle, con el bus en movimiento, una sensación de bienestar, un orgasmo liberador invade al hombre luego de gritarles a los pasajeros:

—¡Hijueputas, me va a tocar robar!

Los pasajeros se miran con indignación mientras disertan sobre la falta de cultura ciudadana de los vendedores ambulantes. Los confites desaparecen entre el cúmulo de manos que despojan a la bolsa de su tesoro. Sólo queda un empaque plástico enrollado sobre un rústico cartón. ■





# Maruja



## LUIS ENRIQUE LAMBIS BENÍTEZ SINCELEJO

Nací en el 89. En la versión corta me gustan los paréntesis y los puntos suspensivos. Escribir para destapar caminos. Destapar caminos para encontrar uno que me regrese a casa. Regresar a casa para caerme de la cama. Caerme de la cama para escribir. Escribir para destapar

otro camino. Destapar caminos para respirar. A la sabana. A los momentos. A las posibilidades.

**Ingeniería Química,  
Universidad Industrial de  
Santander, Sincelejo, Sucre.**

# Maruja

LUIS ENRIQUE LAMBIS BENÍTEZ

Soy mudo, pero si imagino y soplo, Maruja despierta a mi susurro; con un vacío en la barriga me apoyo en la cerca y empiezo a tocar. Del otro lado, María escucha; necesito un aguacero.

Todos los días, a eso de las cinco de la tarde, me pongo bonito para ir a verla sin que me vea. María llegó a Ovejas hace tres semanas, y desde entonces no tengo bajo el pellejo una cosa distinta a sus sonidos. Se teje una trenza larga y se sienta a tocar la gaita bajo el totumo. Le saca notas tristes pero bonitas a la gaita macho. A veces parece que la tarde se apaga al compás que ella le marca cuando acaricia el largo tallo de cardón. Desde pelaíto toco la gaita macho, y les juro que nunca me ha sonado así.

Me sudan las manos, pero ya no hay miedo. Maruja palpita en la yema de mis dedos, y casi puedo sentir cómo invoca el aguacero. Recién por el huequito pude ver a María ponerse de pie y sonreír al escuchar mi música. Cierro los ojos e imagino, luego soplo; María baila porro en mitad del monte. Es noche cerrada y sin luna, pero ella me guía el rumbo entre los matorrales, con la luz de las velas y de las luciérnagas, que parecen responder a sus caderas. Me asomo de nuevo y veo a María caminar hacia la cerca, con su gaita en las manos.

Vivimos patio con patio, y cuando me asomo por el huequito, lo único que hay entre María y yo es la cerca de tablas, que me deja verla y me esconde al mismo tiempo. Porque una vaina es estar enamorado y otra muy distinta es querer decirlo... y no poder. Nunca me jodió el silencio, pero con ella las palabras bonitas, que se me atorán en el pescuezo, duelen. Como si un animal vivo luchara por salirme de adentro.

María toca su gaita y Maruja se derrama entre los dos patios. Nos moja mientras, a contrapunto, las notas de María nos calientan desde adentro. Las gaitas hablan y se retan. La cerca sigue ahí, pero a estas alturas de la lluvia sé que a María le llegan mis te quiero.

Antes de ayer, cuando me agaché en la cerca, sentí un pellizcón en la espalda que me subió por el espinazo como un corrientazo frío. La tarde quedó quieta y empezó a oler a lluvia. Toda esa parafernalia para asustarme no podía ser otra cosa que la abuela en su ley. Y es que era bien mala la vieja, lo sabré yo que desde bien chiquito terminé siendo más su cura que su nieto. Después del pellizcón, casi pude verla sentada en el taburete, con Maruja entre las piernas, contándome sus maldades a gritos roncós, una por una. Se ponía colorá, y se le abrían los ojos de la picardía, cuando me contaba, por ejemplo, cómo se escapaba por las noches a bailar porro, con el mismo obrero que después se la llevaba a dizque mirar luciérnagas al monte. “Cosas de pelá”, decía mi vieja en una carcajada. Yo me quedaba embobao, porque entre una maldad confesada y otra, la abuela me dejaba oírle tocar a Maruja, que se fundía tanto con sus historias que al final su melodía y el cuento terminaban siendo la misma cosa. Cuando me acordé de la gaita, entré corriendo al cuarto de la difunta donde, igualita a aquellos primeros años, dormía Maruja sobre el catre de la abuela. Intenté tocar a Maruja, pero fue arisca a mis susurros. Mi aire la atrave-

saba, y salía una melodía limpia y sin vida. La gaita macho es de pocas palabras, un alma vieja. En cambio Maruja -que es hembra- siempre fue lluvia en labios de la abuela. Como ella misma decía: el alma vieja renace cuando cae el aguacero; así la gaita seduce a la gaita. Quise que Maruja despertara para mojar a María, quise que me ayudara a convertir en sonidos lo que en palabras nunca pudo salir de mi garganta. Al final, Maruja me regaló un aguacero.

Ya escampa junto a la cerca. La noche se va asomando en los dos patios, y el silencio de los grillos me deja oír a María respirar del otro lado. Sabe que la amo. Sé que me siente. Sólo me falta brincar la cerca y esperar las primeras luciérnagas. ■





# Augusto



## PAULA CAMILA HERRERA GALEANO CHÍA

A Mi Madre María Inés Galeano  
"Cuando me preguntan - ¿Cómo  
escribir?- respondo: Una palabra  
a la vez" Stephen King.  
Escribirlo todo, mientras el reloj  
va matando el tiempo, es para mí  
legarle al mundo la posibilidad  
de ahogarse en historias que  
abrirán sus mentes. Escribir es el

arte de plasmar los sentimientos  
que se evocan desde el alma.  
Espero que "Augusto" sea  
para ustedes el recuerdo en la  
imposibilidad de olvidar. Gracias.

**Comunicación Social,  
Universidad de la Sabana, Chía,  
Cundinamarca.**

# Augusto

PAULA CAMILA HERRERA GALEANO

Comenzaba otoño, y para Augusto, pintor melancólico, en esa época del año los días transcurrían más lentamente que de costumbre, en su alcoba con olor a tristeza. Acomodaba todas las mañanas una silla, su compañera habitual, la cual producía, cuando Augusto se sentaba, un sonido seco, casi inaudible. Dicho sonido le recordaba el tiempo pasado, esa esencia que volvía fragmentada, nunca igual ni completa. Frente a ellos, silla y pintor, un lienzo de gran tamaño que representaba para él la única entrada al mundo real, ese mundo avasallador, simbolizado por una ventana que estaba detrás del lienzo. “¿Qué pintar cuando ya todo ha sido pintado?”, pensaba Augusto. La realidad, esa ventana, ya estaba completa, no había nada que se pudiera agregar; mirar a la calle era mirar la obra de Dios consumada en seis días, donde no faltaba una sola cosa.

Adentro, en la alcoba, tampoco faltaba nada; es más, sobran cosas: un gancho de ropa que Augusto no recuerda haber usado nunca, una carta sin abrir que no había recibido, una boca, la de él, que ya no usaba desde largo tiempo atrás. Lo único realmente necesario eran los lienzos, la ventana que daba a la realidad, los pinceles y brochas, la silla; ni él mismo se creía necesario para completar la solemnidad de la alcoba.

Era jueves, quizá, cuando por primera vez escuchó de afuera, de la ventana, de la realidad, una voz. La voz más bella que jamás se había escuchado en la Tierra o en el Cielo, una voz que era casi imposible olvidar. Augusto tomó fuerzas de lo subterráneo de sus pies, se alzó de la silla y caminó, si a eso podía decirse caminar, hasta la ventana. Era la voz de una mujer, cautivadora, dueña de sí misma, vestida de blanco, no podía ser de otra manera, cabello castaño y piel perfecta. “¿Quién es?”, pensó el pintor. Nunca la había visto en su vida. “No importa, debo pintarla”, prosiguió el pensamiento. Augusto se sentó, tomó un lápiz que encontró en el suelo y comenzó el boceto. La mujer estaba inmóvil. “Espera a alguien”, intuyó él. Eso no importaba, lo que importaba era el dibujo, lo único que Augusto podía legar al mundo.

Cayó la noche, como si cayera una manta sobre un niño que duerme dulcemente. La mujer ya no estaba, y Augusto se sintió demasiado cansado para continuar. Durmió, si a eso podía decirse dormir, del lado derecho de una cama que, a su parecer, era demasiado grande para una persona tan solitaria como él.

Al día siguiente, ¿viernes?, Augusto despertó, esperando sólo una cosa, y ahí estaba la mujer en el mismo lugar, esperando, otra vez, el encuentro con alguien. El pintor continuó su obra, detallándola cada vez más, tratando de acercarse a la perfección que esa mujer representaba, pero sabiendo que nunca llegaría a retratar la belleza y la sublimidad de esa figura celestial, ni pintando mil lienzos con mil colores diferentes. Volvió a llegar la noche, y la mujer volvió a desaparecer. Augusto volvió a dormir, si a eso podía decirse dormir, esperando que al día siguiente la misma mujer se presentara triunfalmente a la espera de alguien que no llegaba.

El ritual se repitió exactamente los días siguientes: voz angelical, ventana, Augusto pintando, el manto de la noche, dormir, despertar, y así sucesivamente. Augusto se sintió excesivamente

excitado por la oportunidad que le daba esa mujer de aguardar ahí todo el día, todos los días, hasta que la noche los cubriera.

Un día, mientras pintaba a la mujer, un recuerdo asaltó a Augusto, igual que un depredador asalta a su presa después de una larga espera de vigilancia. Ahora lograba rememorar parte de algo que el olvido, la obstinación, la soledad y la falta de llanto lograron nublar. Ese gancho era de su esposa, la carta era un obituario que un amigo le escribió dándole el pésame a Augusto, el olor a tristeza de la alcoba era característico de ella, la cama donde él dormía era de ambos. “Mi esposa murió en un otoño que parece muy lejano ya”, se percató. La incertidumbre se apoderó de él: ¿la mujer sería ella? ¿El recuerdo inventa a esta mujer, o la mujer trae el recuerdo a la mente del pintor? Seguir recordando significaba, en ese momento, armar un rompecabezas en el cual, indudablemente, faltaban piezas. Miró debajo de la cama, si a eso podía decirse mirar, sabiendo que iba a encontrar pinturas de la misma mujer, en la misma posición, con el mismo vestido blanco y las mismas flores azules, pinturas que cada otoño Augusto hacía, estando a merced de una memoria rebelde que, a pesar de que el pintor obstinado quería arrancar, se negaba a morir.

Bajó las escaleras rápidamente, si a eso podía decirse bajar rápidamente, en busca de la mujer, sabiendo que no iba a encontrar a nadie que cumpliera esas características. Ya de vuelta arriba, resignado, se sentó y volvió a escucharse el sonido seco de su silla. Tomó el pincel y comenzó a pintar, con la certeza de que mientras durara el otoño, la mujer iba a aparecer todos los días, acompañada de esa voz angelical, y que el primer día de invierno iba a desaparecer, junto con sus recuerdos, ambos esperando el próximo otoño para presentarse por la ventana de Augusto hasta que él se cansara de pintar y fuera a acompañarla. ■



# 4

CATEGORÍA

BUCARAMANGA  
JESÚS ANTONIO  
ÁLVAREZ FLÓREZ  
Los falsificadores  
211



MONTERÍA  
JOHEMIR PÉREZ PERTUZ  
El hueco de la maestra Sarita  
205

## DOCENTES

### ZAPATOCA

HERNÁN VARGASCARREÑO

Morir un poco

225



### CALI

GILMA ALICIA

BETANCOURT MARADIAGA

Pulgarcita

219

### CARTAGENA

JOAQUÍN ROBLES ZABALA

Una flor para Virginia

231



# El hueco de la maestra Sarita



**JOHEMIR PÉREZ PERTUZ**  
**MONTERÍA**

Nací el 7 de Agosto de 1984 en Montería Córdoba, pero desde los 7 años viví en el municipio de Apartadó, Antioquía. Comunicador Social con maestría en Educación. "Sabiamente, Henry James siempre les advertía a los escritores que no debían poner a un loco como personaje

central de una narración, sobre la base de que no ser el loco moralmente responsable, no habría verdadera historia que contar" Gore Vidal.

**Gimnasio Académico Regional,  
Bogotá, D.C.**

# El hueco de la maestra Sarita

JOHEMIR PÉREZ PERTUZ

**L**a maestra Sarita vivía en una humilde casa de caña bahareque, revocada con boñiga de vaca y techo de palma, en la plaza central del viejo pueblo de Santa Isabel, ubicado a hora y media de la capital de Córdoba. El moho y el tiempo -o tal vez la propia maestra Sarita- abrieron un hueco en la pretérita cocina de leña que daba justo a la batea y al pozo de agua de la casa contigua, también muy pobre. Allí, a falta de baños con duchas, solía bañarse el guapo Felipe Mejía, un joven viudo que vivía solo.

La profesora Sarita lo espío por primera vez el 26 de mayo de 1984, cuando inició la alborada que abría las festividades del pueblo. Siendo una mujer virgen y solitaria, el cuerpo jabonoso de Felipe, sumergido en sus totumadas de agua, la perturbó rotundamente. Nunca antes había visto a un hombre desnudo.

Al día siguiente faltó a la escuela en donde enseñaba a niños de segundo grado. Temía no poder resistir el deseo de contar lo que había visto a las demás profesoras, con las que nunca había tenido ninguna clase de amistad debido a su carácter fuerte y con las que no había lugar a confidencias. Con la mayor delicadeza, realizó mejoras en el hueco: lo cubrió con tela de lona bañada en almidón para hacerla rígida, y la pintó del mismo color de la pared; de esta mane-

ra evitaría que la luz y el humo de su cocina se filtraran en el lugar de baño de Felipe y denunciaran la existencia de aquella hendidura.

Le causó bastante dificultad efectuar el segundo avistamiento. Durante la semana de festividades del pueblo, el pozo le pareció siempre solitario. Sarita llegó a pensar que el joven no se bañaba casi nunca, o que cumplía sus duchas precisamente en las horas de su ausencia. Descuidando sus deberes, la profesora organizó un perpetuo horario de guardia con el ojo derecho pegado a la hendidura. Finalmente, ciertas regularidades se le hicieron patentes y no tardó en organizar su vida alrededor de los baños de Felipe. Cambió su jornada laboral en la escuela y renunció a la preparación y asadero de galletas de limón que hacía para que la gente del pueblo comiera con café en las horas de la tarde. Empezó a amar el verano cuando advirtió que, en los días más calientes y sudorosos, Felipe se bañaba tres veces al día.

Al comienzo de la Semana Santa se hizo el propósito de acercarse al viudo y emprender una cautelosa maniobra de coqueteo. Estaba enamorada. Pero su natural timidez le agregó un sentimiento de culpa que le impedía sostener la mirada de Felipe. Cuando ella lo saludaba, creía notar en su voz un tono de regaño. Cualquier palabra le parecía una alusión a su bochornosa condición de fisgona. A veces sentía la tentación de confesárselo todo, de pedirle perdón y de redimirse en el ejercicio de una amistad casta, pero tenía miedo de las consecuencias escandalosas que acarrearían los comentarios de los padres de sus alumnos y de las autoridades del pueblo.

Algunas veces, mientras lo espiaba, imaginó el efecto de una palabra, de un susurro a través del hueco en la pared.

—Felipe, Felipe, Felipe, soy yo... la señora del lado.

Era inútil. No había forma de continuar hablando sin pasar por el ridículo de la humillación. Transcurrieron diez años. La profe-

sora Sarita nunca se casó ni tuvo novios; su único amor era Felipe. Durante muchísimo tiempo escribió y corrigió interminablemente un pergamino para él. Un día de 1994 llegó a envolverlo en un pedazo de seda que había bordado especialmente, y después lo guardó en el baúl que había heredado de la abuela.

Él tampoco tuvo amores. Apenas una pasajera aventura pasional en la navidad de 1996 con Ramona, la tendera del pueblo, quien le fiaba el mercado. Sarita lo escuchaba a través de los muros delgados de caña-flecha. Pero aquello terminó pronto ya que Ramona era una mujer casada.

El agujero resistió las incursiones de los años y de pintores. La maestra llegó a sospechar que el viudo conocía, toleraba y disfrutaba de aquellas discreciones. En ocasiones le parecía que él miraba fijamente al agujero. Su corazón latía y sentía la inminencia de un diálogo que nunca sucedió.

Los dos fueron envejeciendo en una soledad absoluta. Con los años, Felipe vio que sus encantos se estaban desapareciendo, lo mismo que la frecuencia de sus inmersiones, pero la profesora Sarita se mantuvo constante. Era muy difícil que se perdiera una de esas duchas fatigantes y sensuales. En verdad, más que el goce, la sostenía la insensata esperanza de que algo extraordinario ocurriera.

Vieja ya, Sarita encontraba estímulos para sus días calurosos en aquellos ratitos de menesterosa intimidad. Después de tanto tiempo, ya estaba decidido que nadie iba a enterarse jamás de su amor platónico. Por otra parte, había atravesado la vida entera sin haber hecho una sola amistad con los vecinos. Pasaban días sin escuchar su propia voz.

Un día de 2003, la profesora Sarita salió al portón de madera que daba a la calle principal del pueblo y encontró el carro de Eduardo, el encargado de sacar a la gente en las mañanas a la ciudad de Mon-

tería. Unas urgentes averiguaciones la pusieron al corriente de su desventura: Felipe se iba. Sin perder un minuto, corrió a la cocina, destapó el hueco y se puso a espiar para ver si su vecino decidía un último desnudo. Clausuradas sus esperanzas, regresó de nuevo al portón. El camión ya se había marchado. Él no se despidió. La anciana profesora se sentó durante largas horas en el columpio que estaba guindado en el árbol de laurel que tenía al frente de su casa.

Unos meses después, una pareja de recién casados pasó a ocupar la vivienda de Felipe. El chico era bastante guapo, pero Sarita no volvió al hueco de la cocina. Una mañana, sin siquiera echar una última mirada al otro lado, selló el hueco con boñiga de vaca. En las horas de la tarde murió tomándose una taza de café en su mecedora. ■





# Los falsificadores



## JESÚS ANTONIO ÁLVAREZ FLÓREZ BUCARAMANGA

Magíster en Literatura de la Universidad de los Andes. 1° lugar en el I concurso regional de cuento Érase una vez Casabe, en Yondó; 1° lugar en el II concurso internacional de cuento breve Tu cuento vale, en Barcelona; 1° lugar en el I concurso nacional de cuento organizado por el Ministerio de Cultura y la Red Nacional de Talleres Literarios RELATA, en Bogotá; 1° lugar en el XXII concurso internacional de relato breve Pedro de Atarrabia, en Navarra, España; y ganador

del I concurso hispanoamericano de cuento organizado por Latin Heritage Foundation, en Washington, Estados Unidos. Sus cuentos han aparecido en las antologías Demasiado jóvenes para morir, Líneas de sombra, Suenan voces, Antología de cuentos, Los ojos de la virgen y Ruidos en el techo. Es autor de El libro de las ausencias.

**Fundación Universitaria  
Konrad Lorenz, Bogotá, D.C.**

# Los falsificadores

JESÚS ANTONIO ÁLVAREZ FLÓREZ

**N**unca pensé que me convertiría en ladrón de obras de arte. Los policías que me trajeron a la estación hace unas horas fueron quienes me acusaron de ese delito. Estaba en mi casa cuando entraron armados y con una orden de arresto en mi contra.

—¿Dónde escondió “la obra”? — dijo uno de ellos, apuntándome con su revólver.

Los demás se esparcieron por la casa, revolcándolo todo.

—Perdón. No sé a qué se refiere.

—Sabemos muy bien que usted robó una obra de arte.

—Se equivocan, señores. Yo no he robado a nadie.

—Usted robó al panadero, ya nos lo dijo su esposa.

—¿El panadero? ¿El que se murió esta mañana?

—Sí, el mismo.

—No creo que sea un artista.

—Pues sí lo era. Esta mañana usted se llevó de la panadería el mejor bizcocho que ese hombre había preparado en toda su vida. Así se lo dijo a su esposa. Su bizcocho es ahora parte del patrimonio artístico de nuestro país.

—¿Qué?

—¿Dónde tiene el bizcocho? —intervino uno de los policías, el más feo de todos.

—Podríamos acusarlo de secuestro simple —dijo el primero.

—Miren, señores: yo le pedí al panadero un bizcocho, es cierto; pero se lo pagué.

—La viuda no dice lo mismo. Además, ella menciona que el difunto estuvo feliz esta mañana luego de hornearlo. A sus hijos les dijo que era su obra maestra, que en toda su vida nunca había horneado un bizcocho así.

—Pero yo se lo compré.

—Sí, pero lo que pagó no es nada comparado con lo que ahora vale.

—¿Dónde tiene el bizcocho? —dijo de nuevo el otro policía.

Está en la cocina —dije, algo asustado.

Los hombres fueron hasta allí e inspeccionaron cada rincón. Oí el ruido de sus manos al tocar las bolsas de plástico que hay en la alacena. Movieron los tarros de café y de los condimentos. Al final, uno de ellos gritó: “Lo encontré”.

Los demás fueron hasta allí y descubrieron algo que aún no les había dicho.

—Así que eso es lo que hace usted con las obras de arte —protestó uno de los policías.

—Es sólo un pedazo de pan.

—Imbécil. Esta obra vale millones en el mercado culinario.

En eso tocaron a la puerta. El policía que me apuntó al principio abrió y saludó a un hombre vestido de saco y boina. Traía una lupa y un grueso libro debajo del brazo.

—Maestro, ahí está la obra. Pero no creo que pueda recuperarse. Este *man* la mordió.

El hombre me miró con asco. Abrió su libro y observó con su lupa el pedazo de bizcocho que había sobre la servilleta. Aún olía a bocadillo.

—¿No pueden darme un pedacito? —dije, suplicante.

Uno de los policías me golpeó.

Ellos seguían atentos a lo que hacía el tipo del saco, quien comparaba las fotos de su libro con los restos de mi desayuno.

—Señores, me temo que éste no es un González original —dijo mientras se secaba el sudor de la frente.

—¿Qué? —preguntó el policía.

—Sí, se trata de una falsificación.

—¡Cómo así!

—Verá: González, el panadero, desistió del bocadillo en sus últimas obras, y optó por el arequipe. Al parecer, los falsificadores olvidaron ese detalle de su producción. Este tipo no es el ladrón, pero podemos acusarlo por imitar obras clásicas.

—Conque pirata —dijo el policía—. ¿Dónde tiene el bocadillo?

—Y la harina —preguntó el feo. —Y el horno —remató el tipo del saco.

—No sé a qué se refieren, señores. Yo salí esta mañana a comprar el pan, y luego vine a mi casa.

—¿Quién lo atendió?

—Uno de los panaderos, ni siquiera sé cómo se llama.

—¿Cómo es?, descríballo.

—Bueno: es moreno, crespo, ojos cafés...

—Vamos por él —dijo el policía—. Estamos detrás de toda la banda.

—¿Me puedo comer el bizcocho falso? —pregunté.

Volvíeron a golpearme.

Me metieron en la patrulla, con las manos esposadas. Oí claramente cuando interrogaron a gritos al joven que me atendió. Luego abrieron la puerta, lo empujaron y lo sentaron junto a mí.

—Su cómplice ya lo delató, prepárese para el juicio —le dijeron antes de llevarnos a la estación.

—¿Qué está pasando? —me preguntó.

—No lo sé, pero espero que salgamos pronto de ésta.

El juicio fue implacable. Los detectives que llevaron el caso encontraron en mi casa un libro de postres que había heredado de mi madre, y lo presentaron como prueba contundente en mi contra. Cada vez que el abogado acusador enseñaba una foto del libro, la sala, escandalizada, se convencía de mi marcada inclinación por comprar falsificaciones, al tiempo que consolaba a la viuda del señor González, quien lloró durante toda la audiencia. Uno de mis vecinos testificó bajo juramento. Dijo que me veía a diario en la panadería, preguntando precios, manoseando los sacos de harina y hablando íntimamente con el ayudante del panadero. Dijo incluso que había visto mi mirada morbosa cada vez que éste acomodaba los roscones en el mostrador. Eso fue suficiente para que el juez me llevara a prisión.

Al otro detenido le fue peor. Lo acusaron de falsificación del Patrimonio Artístico y Culinario de la Nación, y lo enviaron a una cárcel de máxima seguridad. El jurado tuvo en cuenta el testimonio de un vendedor de electrodomésticos del centro de la ciudad, quien aseguró que el joven estaba pagando una hornilla a cuotas. En su casa encontraron galletas similares a las que hacía el panadero muerto y, según la policía, el detenido las vendía a menor precio en el mercado negro.

Los dos ahora estamos en prisión, repudiados por los guardias y los asesinos del penal, quienes nos juzgan como criminales de la peor calaña y ni siquiera nos dirigen la palabra. La ciudad, mien-

tras tanto, prepara un desfile militar en honor a González, uno de los artistas más grandes que ha dado nuestro país. Los presos más antiguos harán una coreografía y se disfrazarán de panes y ponqués para el deleite de las autoridades carcelarias, y los nuevos leerán poemas y odas a la harina y el trigo. Yo imaginaré la ceremonia cuando escuche sus gritos a lo lejos, pues por órdenes del gobierno tengo prohibido mirar por la ventana. ■





# Pulgarcita



**GILMA ALICIA BETANCOURT MARADIAGA**  
**CALI**

Vivo en las palabras que me habitan, ellas me han nombrado e inventado, ellas han sido camino abierto a la existencia. Palabras hechas vida en boca de mi madre, vueltas saber en los labios de quienes me forjaron con amor. Por eso hoy les hago

eco, para decirle a todas nuestras PULGARCITAS que bien vale la pena el reto de ocupar el propio espacio y permitirse desde él, simplemente SER.

**Liceo Benalcázar, Cali,**  
**Valle del Cauca.**

# Pulgarcita

GILMA ALICIA BETANCOURT MARADIAGA

Comenzó a alarmarse cuando ya no pudo alcanzar el mesón de la cocina para arreglar los platos. Hacía tiempo que venía percibiendo su transformación. Al principio fueron simples signos, algunos casi imperceptibles: un vestido que comenzaba a quedarle largo, sin que se le hubiese soltado el dobladillo, los zapatos cada vez más grandes y más anchos, la dificultad para coger algunos objetos que antes estaban al alcance de la mano, el incremento paulatino de los espacios y los muebles que hacían que ahora los pies quedasen colgando del asiento y le fuera cada vez más difícil desplazarse.

La verdad era que aunque los cambios, en principio, la habían tomado por sorpresa, no habían dejado en cierta forma de agradaarle. Siempre quiso ser pequeña, le parecía algo ventajoso y favorable, especialmente para una mujer que estaba casada con un hombre de regular tamaño. Y en efecto, no podía dejar de admirar lo bien que se veía ahora su marido a su lado, más alto, más robusto y significativo, casi imponente y dominante.

En las fotos, lograban un contraste encantador: ella, frágil, menuda, leve; él, alto, fuerte, desbordante de virilidad. Lo mejor era saber que esta comparación tan favorecedora para Enrique, a ella en nada la disminuía o afectaba, al contrario, la enaltecía y exaltaba,

la constituía en el prototipo de mujer ideal, ésa que apenas si ocupa algún espacio, invisible, delicada, mínima. Menos la sorprendió el que su voz se fuera haciendo igualmente pequeña, hasta llegar a ser prácticamente inaudible. Era natural, se dijo, a menor talla, menor volumen, y volvió a sonreír complacida al darse cuenta de que por fin lograba llenar el estereotipo tan querido por su madre y sus abuelas, quienes no dudaban en afirmar que no había nada que hiciera más feliz a un verdadero hombre que contar con una mujer muda y complaciente, invisible ante el mundo y totalmente circunscrita a él, pues es claro que los maridos lo último que quieren es escuchar las quejas y los reclamos de sus mujeres, no, las esposas no están para que se las escuche, sólo para que se las guíe y proteja del mundo y todo lo que éste encierra. Así que no pudo más que sentirse verdaderamente plena, ahora vería a su hermana Susana -quien tantas veces le recriminara por su tendencia a tener una opinión personal de todas las cosas-, lo que era ser una verdadera y real mujer, una de las de antes. Ahora sería ella la preferida de todas y todos, especialmente de su mamá, y de Enrique, claro.

La sonrisa que se dibujara entonces en sus labios no habría de durar, más bien comenzó a borrarse casi de inmediato cuando se vio impedida para alcanzar sus libros de la repisa, subirse a la cama o vestirse, sobre todo esto último; vestirse se le convirtió en un agudo dolor. Tuvo que renunciar a todo su guardarropa, prenda a prenda, pues se perdía en ellas. Ya ni siquiera las más pequeñas le venían bien, así que debió reemplazarlas por las de sus muñecas de infancia. Además, estaba la dependencia abrumadora de su esposo, quien para su seguridad y consuelo le construyó una casa de juguete, al tiempo que entre susurros y de un modo admonitorio le decía que de ahora en adelante él se encargaría de todo: pagaría las cuentas, haría las compras, atendería los asuntos importantes,

tomaría las decisiones que hubiese que tomar, de manera que ella y su ahora pequeñísimo cerebro no tuviesen que preocuparse por nada. Afortunadamente, él estaría allí para cuidarla, recalaba, de manera que ella bien podía dedicarse de ahora en más a descansar y adornar su existencia, como él siempre había soñado que hiciera.

Lo vio tan tierno y solícito que no pudo más que estar agradecida, hasta que sin proponérselo reparó en el dejo de complacencia y placer que acompañaba cada una de sus palabras. Sin embargo, sólo comenzó a sospechar de Enrique cuando, al preguntarle ella a través del estetoscopio que ahora usaban para comunicarse, si no le disgustaba esta nueva situación, él dijera: “¡Por supuesto que no! Adoro poder llevarte a todas partes metida en mi bolsillo, como un souvenir, y tenerte de este modo siempre junto a mí”.

Luego vino la época en que todas sus sospechas fueron confirmadas. Él ya no disimulaba su satisfacción, llegando incluso a llamarla públicamente Pulgarcita, en lugar de Mari Luz. Cada día más pequeña y sola, empezó a planear su huida. Al principio le dio susto aquello del tamaño, pero luego pensó que cualquier riesgo valdría la pena con tal de volver a sentirse ella misma. Salir de casa no sería problema -se dijo-. Hacía tiempo que Enrique había empezado a volverse descuidado, así que ya ni siquiera cerraba con llave. Lo verdaderamente difícil sería alcanzar el suelo, tendría que descolgarse por el cable de la lámpara cuando él estuviese dormido, luego debería correr, haciendo acopio de todas sus fuerzas, hasta atravesar la habitación para llegar a la sala, y desde ésta hasta el pasillo. Ante el temor de que él pudiese despertarse en medio de su fuga, se dijo que no le sería difícil ocultarse bajo la alfombra, además, antes del descenso ocultaría las gafas de su marido, de manera que él no pudiera distinguir entre su frágil cuerpo y las almohadas que ahora lo simularían.

Esa noche controló sus nervios y se lanzó a la fuga, apenas sin mirar atrás. Para su sorpresa, alcanzó el suelo mucho más rápido de lo previsto. Le costó más trabajo del imaginado pasar bajo el quicio de la puerta, y llegó bastante pronto al comedor. Entonces lo supo, crecía, era increíble pero lo hacía rápidamente; salió a la calle y pudo verse reflejada en las vitrinas del centro comercial. Las ropas aún le venían grandes, pero sin duda eran las suyas. Respiró aliviada y pensó que pronto volvería a llenarlas. Tomó aire de nuevo y arrancó a correr, ahora sin mirar atrás, sabiendo que no iba a detenerse. Atrás quedaban su pasado, Enrique y Pulgarcita; adelante, todo un futuro por estrenar. ■





# Morir un poco



## HERNÁN VARGASCARREÑO ZAPATOCA

Zapatoaca, (1960). Docente de Literatura egresado de la Universidad Industrial de Santander. Poeta, traductor y editor. Autor de los libros de poesía: País íntimo (2003), Piedra a piedra (2010) y El viaje (2013) y de sus traducciones al español en ediciones bilingüe: Almenas del tiempo (2012) de Edgar Lee Masters y ¿Quién mora en estas oscuridades? (2007) de Emily

Dickinson. Coautor del libro de cuentos para niños: Cuentos de la escuela (2010). Su trabajo literario ha merecido varios premios nacionales y parte de su obra poética ha sido traducida al inglés y al portugués y publicada en el exterior.

**Institución Educativa Jorge Soto del Corral de Bogotá, Bogotá, D.C.**

# Morir un poco

HERNÁN VARGASCARREÑO

A María Mercedes Carranza

“**C**reo que ahora tendré que pedir permiso para morir un poco. Con permiso, ¿eh? No tardo. Gracias”<sup>1</sup>... Pero David no entendió el sentido de sus palabras, pues no solía ser una frase que saliera de sus labios; dio la vuelta en la cama y siguió en esa especie de ensoñación en que lo había sumido la tarde rojiza que se coló por la ventana, como un recuerdo impreciso después del amor.

Matilde pensó que sería digno ducharse antes de morir, echarse su mejor perfume y poner un poco de jazz, a volumen bajo, para que su amante no fuera a despertar en el momento en que ella lo requería totalmente dormido. Bajo el agua fría, con la que prefirió ducharse, no sólo bajaba el sudor normal que producen dos cuerpos al amarse, también sintió que sus recuerdos, uno a uno, iban bajando y la iban abandonando para que su entrada al acto final estuviese completamente despejada de cualquier dolor. Es mejor desnudarme también por dentro, pensó mientras pasaba una esponja suave sobre sus senos. Se tocó el ombligo y se acordó de su madre; se distrajo un poco en las hendiduras de sus orejas, siguió

---

1 Clarice Lispector, del libro Agua Viva.

las curvas de su torso hasta las nalgas y, de pronto, experimentó un temblor al sentir que sus fuerzas podrían faltarle ahora que tanto las necesitaba. Secándose frente al espejo de cuerpo entero, miró por última vez toda su desnudez, susurró unos versos de Kavafis, seguidos de otros suyos, de aquel libro que le diera renombre nacional. Pensó en el hijo que no le pudo dar a David, y se lo imaginó adolescente, muy parecido a su padre. Dio gracias a los dioses por no haberlo traído al mundo, y procedió a maquillarse suavemente.

El jazz estaba sonando con varias voces femeninas; el vino tinto ya hacía su oficio deleitando el paladar de Matilde, suave, tiernamente, como si comprendiera que esta mujer también se estaba despidiendo de sus texturas. La noche, sosegada en su punto de entrada, vino a ser la cómplice perfecta para que David cayera en el profundo sueño y Matilde iniciara su ritual.

Morir un poco había sido sólo el primer deseo, pero ahora, más consciente de sus fortalezas, no le bastaría sólo con un poco, eso lo hacía todos los días, desde hacía años, no como un simple juego, sino como una profunda convicción. Morir completamente para dejar de morir todos los días, para no alargar más ese encuentro con la nada, para convertirse en el último verso de sus poemas... Esos pensamientos se apoderaron completamente de ella mientras el vino, el jazz, el sueño de David y la noche hacían de las suyas para que todo encajara. Sólo faltaba un cigarro, pero hacía varios meses había dejado de fumar; sin embargo, bien valía la pena sacar un buen cigarro marroquí y aspirarlo lentamente hasta último momento.

Se acomodó en su sillón preferido, encendió el cigarro casi religiosamente y, en penumbras, observó toda su gran habitación, mientras el hombre dormía desnudo, bocabajo, dejando escuchar su plácida respiración. Los aromas de algunos árboles se colaban por la ventana mientras ella escribía un Te quiero y un Sabrás per-

donarme, para que mañana él los leyera, cuando ya se viera destinado a amarla más en su ausencia.

Sacó de su inmensa biblioteca la *Iliada*, puso el libro bajo una tenue lámpara de mesa, fue al canto XVI y vio morir a Patroclo; luego saltó a la playa para ver al jefe de los mirmidones mesándose sus cabellos, y de ahí prefirió acompañar a Héctor, en su agonía, cuando la furia de Aquiles cobró su venganza final. Se sintió mejor despidiéndose con Homero.

Con el frasco de pastillas en la mano, decidió que se tomaría una por cada año vivido de su vida. A cada pastilla le seguía una copa de vino... cuarenta y dos, cuarenta y tres, cuarenta y cuatro... que los cumpliría mañana, en pleno funeral. Todos los preparativos que David había hecho para mañana en su fiesta de cumpleaños, la veintena de amigos que vendría, la charla en torno a libros, la propuesta reciente del nombre de Matilde para el Premio Nacional de Literatura, sus dos ex-amantes escritores invitados también a la cena, el viaje en tres días a las islas del Caribe, y muchas cosas más, habría que cancelarlas definitivamente, menos el rumbo de la noche que continuaba, menos el amanecer casi otoñal de estos días, menos los cantos de los pájaros empujando la mañana, menos el mundo dando vueltas y haciendo sus preparativos para que seis mil millones de personas sigan soñando con morir sólo un poco.

La noche profunda, que entraba por las cortinas entreabiertas de los grandes ventanales, se coló definitivamente en la mirada de Matilde, se instaló en ella y se sintió cómoda dentro de su ser tranquilo, y se acoplaron a la perfección, como el cara y sello de una moneda, mientras ella, con su última mirada, se llevaba en penumbras la silueta desnuda de su amante, quien, profundamente dormido, se ocupaba en morir un poco. ■





# Una flor para Virginia



**JOAQUÍN ROBLES ZABALA**  
**CARTAGENA**

Nació en Cartagena de Indias. Es profesor de comunicación y literatura de la Universidad Tecnológica de Bolívar. Ha escrito para los diarios El Espectador, El Tiempo, El Heraldo y El Universal. Así mismo, para las revistas Con-textos de la Universidad de Medellín, Semana y Transformación. En 2008 obtuvo el primer premio del Concurso

de Ensayos sobre la Masacre de las Bananeras, organizado por la Fundación Carolina Colombia, el periódico El Universal y la revista Semana. Tiene inédito un libro de relatos y en preparación una novela.

**Universidad tecnológica de Bolívar, Cartagena, Bolívar.**

# Una flor para Virginia

JOAQUÍN ROBLES ZABALA

**D**esde mucho antes de que nacieran las niñas, mi madre ya trabajaba para la familia de sir Leslie Stephen. Y antes de mi madre, la abuela Sofía Isabel se encargaba del cuidado de la casa. De eso hace más de medio siglo. Cuando sir Stephen murió, en 1905, la familia se fragmentó, y Adeline se fue a vivir con su hermana Vanessa a Bloomsbury, donde ésta se había residenciado con su esposo, el señor Clive Bell. La señorita Vanessa me pidió entonces, por solicitud de Adeline, que me quedara con ellas. En el fondo, me dijo, eres un miembro más de la familia. Desde que nacieron, tengo que admitirlo, había sentido por las niñas Stephen un gran afecto. Ellas me trataron siempre como una madre, y yo les daba el mismo cariño que sin duda le profesaba su progenitora.

El día en que nació la señorita Adeline, cayó sobre Londres una lluvia copiosa, y la temperatura bajó considerablemente. Recuerdo esa tarde porque el señor me pidió que le llevara unos documentos a la oficina. El parto de la señora Julia Prinsep Stephen se produjo de repente, cosa extraña porque no hubo dolores previos, como es natural en todo indicio de alumbramiento. La señora abandonaba el cuarto de baño cuando rompió fuente, y hubo que llamar de urgencia al doctor Forster, que vivía a pocas cuadras de la casa.

Desde su nacimiento, Adeline demostró que sería un ser especial, pues nació con los ojos abiertos, y no lloró cuando el doctor Forster le dio la primera palmadita en su trasero gordito y rozagante. De los cuatro hermanos, dos varones y dos hembras, la niña Adeline fue quizá la menos extrovertida. La joven Vanessa, por el contrario, era una mujer alegre, que reía con todo el cuerpo y que atraía a los chicos como la miel atrae a las moscas. Adeline fue una chica propensa a la soledad. Podría decirse que un tanto asocial, que cuando creció y se convirtió en una mujercita espigada y desaliñada, solía aprovechar las ausencias de sir Stephen para encerrarse en la biblioteca a leer aquellos libros que leía su padre. Quizá fue allí donde empezó su interés por escribir esas historias que luego me leía en voz alta durante las largas horas de la tarde.

Yo nunca había leído un libro completo, ni tampoco me interesé en hacerlo, ya que leer me había producido siempre sueño. De manera que en las noches en que por cualquier razón no podía dormir, abría un libro y me sentaba a leerlo hasta cuando el sueño llegaba y el libro terminaba en el piso. Nunca me explicó la señorita las razones por las cuales quería que yo escuchara sus historias, pues la verdad, debo confesarlo, casi nunca las entendía, ni estaba segura de qué trataban.

No recuerdo con exactitud cuándo fue que mi adorada Adeline empezó a abrir las alas e inició a hacer amigos, pero si la memoria no me falla fue por la época en que el joven Thoby Stephen ingresó en el Trinity College, en Cambridge. Lo recuerdo ahora porque los fines de semana llegaba a casa acompañado por un grupo de chicos con los que se sentaba en el jardín a tomar licor y fumar unos largos cigarrillos cuyo olor me daba náuseas. Desde entonces, Adeline dejó de leerme sus escritos y empezó a hacer las tertulias con los amigos de su hermano, quienes la escuchaban, admirados de su gran capacidad para la fabulación.

Cuando sir Stephen murió, cinco años después, mi pequeña era ya una joven distinguida que salía a la calle en la mañana y regresaba a casa en las horas de la tarde. Cuando nos trasladamos a Bloomsbury, aquel grupo de chicos aumentó considerablemente, pues pasó de cinco miembros a un poco más de diez. Fue allí, sin duda, donde Adeline conoció Leonard Woolf, aquel joven apuesto y emprendedor, de origen judío, que años más tarde se convertiría en su esposo y que escribía también unos libros que, tengo entendido, se vendían en los almacenes de Londres y del Reino Unido.

Todo lo anterior me ha venido a la cabeza porque he encontrado en el matutino de hoy una noticia que me ha devastado: en la portada se puede leer, en letras grandes y negras, el titular que anuncia la muerte de mi adorada Adeline. La noticia me partió el alma, y me he ido al cuarto a llorar como una niña. Allí me he arrodillado frente a la cruz que cuelga en una de las paredes y le he pedido a Dios que la perdone, que tenga piedad de su alma atormentada, ya que ella no era culpable de haber heredado la enfermedad de su madre, aquella que la llevó a ser recluida en un psiquiátrico porque intentó suicidarse en varias oportunidades.

Como no puedo ver las letras pequeñas, he llamado a una de mis nietas para que me leyera los detalles. El río que atraviesa Lewes, en el Este de Sussex, lo conozco como la palma de mi mano. Adeline y yo solíamos recorrerlo en las tarde de verano, cuando los médicos que la atendían en Londres le recomendaron reposo absoluto. La veo caminando por la orilla, entristecida, sin duda, por las voces que murmuran y le dicen lo que debe hacer. Toda la vida se ha considerado una fracasada porque sus libros no lograron lo que ella siempre quiso, y tampoco cree ser la gran escritora a la que un día aspiró.

Mientras mi nieta lee, me imagino a mi amada Adeline entrando al río, llevando sobre sus hombros un abrigo negro, el mismo que

le regaló Leonard Woolf el último invierno en que la acompañé. Las voces seguramente repican en su cabeza como las campanas de la catedral de San Pablo llamando a misa. La acosan. Ella se agacha y recoge algo que luego guarda en los bolsillos del abrigo. Cuando vuelve a caminar, ya no veo a la mujer adulta, sino aquella niña de cinco años que me obligaba a seguirla por el jardín para meterla en la bañera. La observo desde la parte alta del puente donde nos sentábamos a ver pasar la corriente. Se detiene y vuelve su rostro hacia mí. Me dice adiós con la mano. Luego desaparece entre las aguas turbulentas. Mi adorada Adeline, o Virginia Woolf, como la llamaban sus amigos, se ha ido para siempre. Y esa verdad me resulta difícil de asimilar. ■



# Acta del jurado

SEXTO CONCURSO NACIONAL DE CUENTO  
RCN-MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL

**D**urante varios meses, semanas y en algunos casos, días, miles de estudiantes y docentes de la totalidad del territorio colombiano, se dieron a la tarea de pensar un relato, de reflexionar e investigar sobre diversos temas, de jugarse la voluntad y la imaginación en pequeños universos de palabras y responder a la convocatoria abierta por RCN y el Ministerio de Educación Nacional. En esta sexta edición, se inscribieron 33.899 cuentos. No cabe duda de que esta significativa participación refleja un ejercicio intelectual creciente que se está llevando a cabo en la comunidad escolar colombiana, tanto a nivel individual como colectivo.

Esta invitación del CNC a narrar historias, verterlas en el exigente género del cuento e inscribirlas en un formidable receptáculo literario –al que llegan más de 30.000 propuestas cada año– arroja las felices consecuencias de liberar imaginarios particulares, regionales y nacionales; de sustituir silencios muchas veces cargados de violencia y resentimiento, y de reparar, a través del lenguaje y sus posibilidades creativas, la intimidad personal y las relaciones con los otros.

En la primera categoría, el Jurado Internacional, constituido por Carolina Sanín, Eduardo Sacheri, José María Plaza, Miguel Torres y William Ospina, encontró en los cuentos finalistas personajes encarnados en leones, conejos, tigres, serpientes, arañas y cuer-

vos; peripecias enriquecidas mediante metáforas, alegorías, fábulas, anécdotas, paradojas, desastres apocalípticos y encantamientos; espacios inimaginados y diálogos sugerentes, que permitieron a sus creadores visibilizar lo invisible, posibilitar lo imposible y transformar el horror en belleza. En esta categoría, la predilección por la fábula y lo fantástico fue común entre los niños y niñas escritores del Concurso Nacional de Cuento, muestra del importante influjo que tiene todavía, por fortuna, la literatura infantil en su experiencia creativa.

En la segunda categoría, los adolescentes trasladan en sus relatos la mirada del sueño a la pesadilla. Aparece aquí la preocupación por el conflicto armado, ecológico y social, la guerra y sus consecuencias, los mundos donde es posible sobrevivir sin el agua, la súbita aparición de fantasmas y extraterrestres en historias que nos remiten a acontecimientos del pasado o nos llevan de la mano a explorar mundos escenificados en las catástrofes que nos puede deparar un futuro no muy lejano. Al contrario de lo que se piensa, los jóvenes sí encaran, desde su particular visión, la complejidad de su entorno.

En la tercera categoría, encontramos voces y propuestas narrativas que juegan con las técnicas literarias. Surge el personaje del escritor y con él los entramados metaficcionales. Desfilan por este cuerpo narrativo objetos y personas percibidas como manchas y colores, manos que obran por cuenta propia, libros que huyen de bibliotecas, muertos que narran, pintores que pintan fantasmas, bebés inconformes con su cotidianidad, actores que apuñalan mujeres en escena, dementes, asesinos y personajes alucinados; todo una amalgama de invenciones que hacen visible una marcha firme por el camino de la escritura en estos jóvenes narradores.

En la cuarta categoría, los cuentos de los docentes revelan varias bondades y pericias narrativas. Los autores saben muy bien lo que

están contando y conservan esa sabiduría durante todo el relato. Hallamos aquí un panorama de situaciones, inquietante y diverso, en el que se recrean, con la misma intensidad, homenajes a escritores, anhelos frustrados, humor e ironía acerca de lo que podría ser una obra de arte, el empequeñecimiento fantástico de una mujer y la visita paulatina de la muerte. Indicios que dan cuenta de la suscitadora presencia de quien reúne la doble condición de escritor y maestro.

Las obras ganadoras en el 6to Concurso Nacional de Cuento constituyen una muestra de la narrativa nacional contemporánea; muestra que recoge cuentos escritos por niños de edades bien tempranas, hasta aquellos concebidos desde la experiencia y la madurez de los narradores de oficio. Un fresco multicolor y variopinto que revela las geografías internas y externas de nuestra sociedad. No fue fácil elegir entre las 33.899 obras participantes a las 35 que hoy, 25 de enero de 2013, reciben el reconocimiento a sus calidades literarias. Esperamos que dichos atributos se consoliden y permanezcan como fuerza esperanzadora de la narrativa colombiana.

FIRMADA EN LA CIUDAD DE CARTAGENA DE INDIAS, COLOMBIA, EL 25 DE ENERO DE 2013 POR LOS ESCRITORES:  
WILLIAM OSPINA, CAROLINA SANÍN, JOSÉ MARÍA PLAZA,  
MIGUEL TORRES, EDUARDO SACHERI



SEXTO CONCURSO NACIONAL DE CUENTO  
RCN-MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL,  
HOMENAJE A RAFAEL POMBO



CUENTOS  
GANADORES  
2012